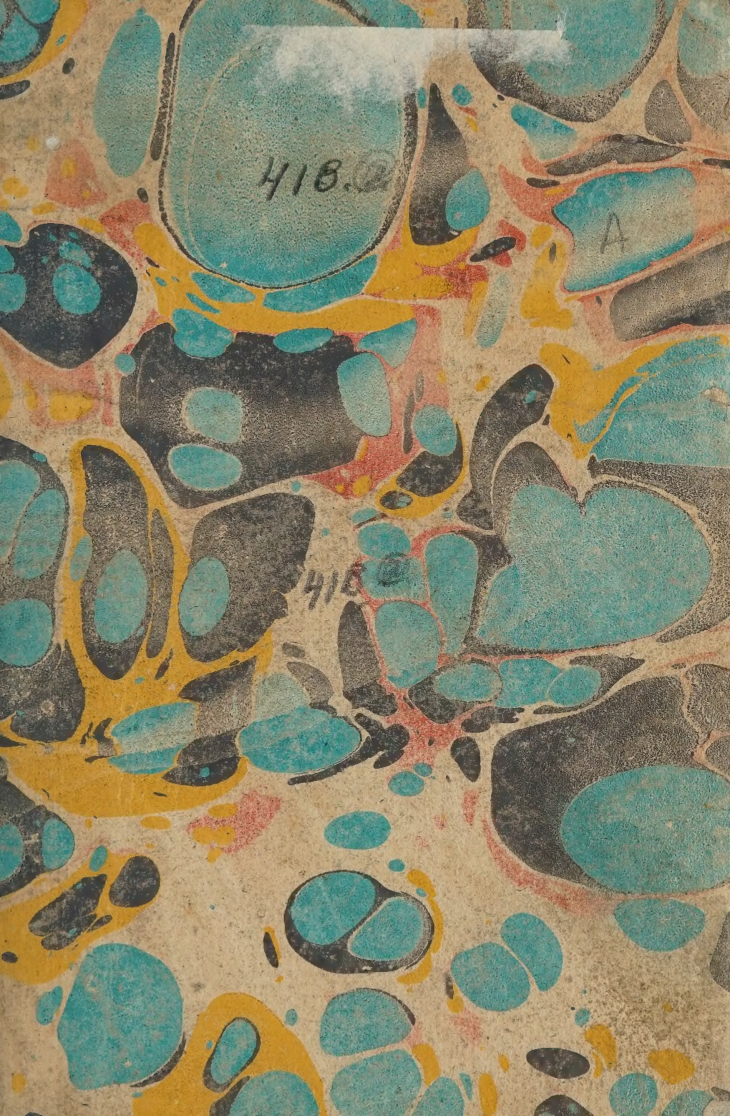



UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO



El Mundo

TAL COMO ES,

Ó TODOS LOCOS.

Por Don Pedro

Martinez Lopez.

N. I.º

POR LA HIJA DE D. FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,
Impresor de Cámara de S. M.
1828.

ADVERTENCIA.

Prologo ni proemio no tiene V. que esperarle esta semana, porque á un feliz descubrimiento de mi incomparable ingenio y travesura se deberá la moda de publicar el Pro-Logo despues que se hayan vendido todos los ejemplares del último número que escriba, y... mire V. que han de ser muchos!..

por ahora conténtese V. con leer esta Advertencia para que no le coja de susto, y si no quiere, dejarlo.

EL MUNDO TAL COMO ES,

ó TODOS LOCOS.

Si por un aborto
De naturaleza
No está tu cabeza
Demente; te advierto,
Que mis invectivas
No cuentan contigo;
Y que soy tu amigo
Puedes estar cierto.

¿En qué quedamos señor don Tiburcio? Ya V. ve que nuestra empresa es árdua, que nos ha de grangear muchos, muchísimos enemigos; mire V. que hay duendes, hay correcciones fraternas, hay observadores, hay analíticos, hay... Ni el mismis-

mo demonio sabe lo que hay en esta santa Córte. V. me dirá que nada importa, como que no es de aquellos que se ahogan en poca agua; pero de aquí para ante la cara de Dios le protexto, que como se descuelgue algun malandrin con intento de zurrarnos la badana, no solo he de hacer una retirada falsa, sí que dejaremos de ser amigos, *per in sæcula sæculorum.* ¿Está V.? Pues adelante.

Una advertencia muy esencial tengo que hacer á V., y es la siguiente: que atendiendo á que vamos á tratar con locos, cuya demencia les impide el conocimiento de frases sublimes, he determinado seguir en la relacion un estilo comun, mas que V. diga que es porque yo no entiendo otro: pues á mí me queda el derecho de decir con aquel amigo nuestro.

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio, para darle gusto.

Se acordará V. que por aquel espíritu de contradiccion, que felizmente reina entre nosotros, me opuse al dictámen de escribir todo aquello que no sea asunto del dia, fundado en que de este modo no teniamos que faldear libros que ya no se usan, ni menos citar autores, cuyas cenizas se encuentran en quieta y pacífica posesion de nuestra madre comun. Por otra parte, como el principal asunto de nuestra obra se reduce á probar y patentizar que todos ó casí todos los hombres están locos:::: (De esta regla se excluye la personita de don Tiburcio y la mia), ¿qué quiere V.? no hay regla sin escepcion. Para salir, pues, con nuestro empeño, no tenemos necesidad de la autenticidad y dictámen de los difuntos. Así que, si á V. le parece, voy á empezar á referirle los motivos que tengo para hacer esta justicia al género humano,

Permítame V. que contemple al

hombre desde la edad de diez y ocho años poco mas ó menos, para que no le sirva de pretexto ese epitetillo de *muchachadas* con que se caracterizan todas sus operaciones ya sean buenas, medianas ó perversas; y quiero, sujetándome á la comun opinion, conceptuarle hasta la edad indicada, como una máquina desorganizada que va y viene á casa del artífice, sin poderse hallar en ella el verdadero registro que acertára á hacerle sentar el paso. Permítame V. tambien que desde diez y ocho años en adelante, ya en aquella razon que tanto decantan los sábios... ¿quiere V. que lo llamemos juicio? Bueno. Pues como digo de mi cuento; siendo ya sus principales agentes y directores el juicio, la reflexion, el deseo de entrar en nuevas y distintas obligaciones, la aprension de hacer un papel brillante en el gran mundo; y sobre todo el cuidado que debe ponerse en

granjear de sus semejantes una buena opinion; todo, todito parece que nos convida á no perderle de vista desde dicha edad, para que nos cercioremos si efectivamente es un loco rematado ó un cuerdo, no obstante estar á caballo con espuelas botas y... y... y... Perdone V. que no haya hablado en plural, porque se me olvidó esta vez.

Vamos analizando primero esos terminillos ó especie de ripios en que creemos que ha de afianzarse todo fiel cristiano despues que alcanzó los diez y ocho años, porque tenemos mala vecindad, y aun cuando el edificio no amenace una pronta ruina, estamos expuestos á que nos le denuncien. Si mal no me acuerdo la razon fué la primera prenda que colgamos al señorito....

Si. ¡Razon! Raciocinio, raciocinar, razonamiento, y todos sus derivados, ni V., ni yo, ni aquel, podemos dudar de su existencia, y si no véase el

Diccionario de Valbuena y otros; que en mil parages les hallaremos como lechuguinos de molde. Pero... ¡querer que estén estas cosi cosas puestas en rigorosa ejecucion entre los tristes mortales! niego. Oiga V. los innumerables gritos que se repiten cada momento. ¿Por qué razon me lleva V. á la cárcel? Porque quiero. ¿Por qué razon me exige V. tal multa? Porque me dá la gana. ¿Por qué razon no me paga V. aquella deuda? Porque no me acomoda. ¿Por qué razon no se separa V. de vicios y malas compañías? Porque cada uno se entiende. ¿Por qué razon no se confiesa V.? Porque no me gusta. Por qué, por qué, por qué.... Déjeme V. en paz, y sobre todo en mí nadie manda. Qué tal, don Tiburcio, ¿me negará V. que este es el estilo corriente, desde el rico al pobre, el empleado al comerciante, el grande al lacayo, el general al soldado, el cura al

sacristan, el fraile al donado, el sábio al ignorante y... el gato al perro, como dice aquel juego de prendas que V. puso la otra noche? Y al cabo hago mucho favor en responder tan categóricamente, que no todos usan un castellano tan neto y terminante. Hay mil y mil gandules que en circunstancias semejantes, si acaso no insultan al demandante, como sucede muchas veces, contestan con preambulos insignificantes hijos de la arbitrariedad unos, otros del engaño y de la imprudencia ó defachated los mas; pero de cualquier modo siempre en contradiccion con la razon. Luego, ¿qué es *razon*? Una palabra insignificante, nula, de ningun valor ni efecto en la sociedad. Pues fuera con ella.

¡Juicio!... juicioso, &c. &c. Casi estaba por coger el tintero y tirarle con cincuenta mil y mas. ¡Lo qué es el parar un poco la atencion!...

Ya se ve, qué han de hacer los hombres sino ser locos (ya dije que V. y yo no estamos comprendidos don Tiburcio) si por fuerza tenemos que partir la palabra juicio, aplicando la mitad á las faldas de sensatez, prudencia, honradez, &c. &c. y llevar la otra mitad á aquellos pecadillos que cometen los hombres, por los que debe imponerseles el condigno castigo en::: *Juicio.* ¡Qué terminacion tan elegante para la poesía si hacemos larga la última sílaba! Verá V. qué consonantes tiene. = Mio = uno, = fio = dos, = rio = tres, = y á fé que este es excelente, = pio = cuatro, y todo lo que acabe en ío, como judío. ¿Está V.? Pues al caso.

Tomada la palabra juicio en su sentido recto, no existe entre los hombres. El juicio exige constancia, buena fé, delicadeza, honor, y una infinidad de rarezas, que no están aclimatadas en la Europa, pues clara-

mente vemos que los que la habitan en defecto de aquellas cualidades ejercen la intriga, obran con muy mala fé, protegen la infamia, y persiguen á los pocos vichos vivientes, que se inclinan un tantito á lo que vulgarmente se llama hombría de bien. Pero amigo mio, si el mismo juicio le llevamos á lo que se llama enjuiciar; va á tirar el diablo de la manta, y se descubrió el pastel. ¡Qué de cosi-cosas nos ha de ofrecer un campo tan espacioso, si ponemos á estilo de los jurisconsultos un, *salvo la venia*, por delante y un, *es justicia*, por conclusion! Sí, señor; yo tengo sobrados motivos para saber como anda el tejemaneje entre los curiales, porque he querido ser individuo nato de esta sociedad ambulante, y por un tris me quedé tocando tabletas; y como digo... ¡Ah! Tiene V. razon don Tiburcio; muchas gracias... ¡Canario para el pícaro que se entrometiera á

reprender lo que fué, es y será, mientras ha habido, hay y haya hasta la conclusion de los siglos? No, señor, no; yo lo mas que pienso hacer es no pedir ni demandar en juicio ni fuera de él, aunque se unda el mundo; y si por una casualidad quiere el diablo que me las haya alguna vez con la vindicta pública; esto es, ella conmigo, yo tendré buen cuidado de contar con la huespeda, y veremos si algunos medallones de oro, aunque sean muy antiguos, ó un par de ojos expresivos, pueden blandear un poco el corazon del encargado de la fé pública; que entonces ya sabré safarme de las miras que sobre mi delito pudieran concebir los ministros de Astrea. ¿Qué se escandaliza V.? vaya, pues, no sabe una palabra. Qué duda tiene. ¿Han ahorcado jamas á cien doblones? está en los principios de buena educacion desairar á una señorita? Se conoce que ha nacido V.

en una pocilga, y de aquí viene el que ignore la condescendia que se debe á ciertos artículos de consumo. Y cuidado que en esta clase de juicio, tampoco hace papel la *razon*, porque ya la desterramos. Con que podremos suspender el *juicio* hasta el fin del mundo; ¿no es esto?

¡Reflexion! reflexivo, reflexionar. ¡Alto! que estas voces se usan todavía aunque no sea con aquel aparato y brillantez que merece su verdadera definicion. Convengo señor don Tiburcio y casi me atrevo á apostar á que entran en el cálculo de los mas ignorantes... Es claro. No está V. viendo diariamente mil cojos con pata de palo? ¿por qué? porque desde luego que la casualidad les hizo perder uno de los documentos mas útiles para rodar por el mundo, se vieron en la necesidad de recurrir á la reflexion, y pedirla consejos acerca del modo y forma que debian emprender para su-

plir en el modo posible, y sin tanto trabajo una falta demasiado esencial y notable. Y al cabo, aquí se hizo un uso de la voz reflexion, recto, útil y conveniente; pero fuera de este caso y otros del mismo género ¿en quién se encuentra propiamente hablando la palabra reflexion? En ninguno, como no se quiera aplicar á casos y hechos opuestos á los dos desertores anteriores, la *razon* y el *juicio*. Repare V. en el jóven, el anciano, el pobre, el mediano, el rico, el sacerdote, el noble, el plebeyo, el comerciante, el militar, el empleado, el jornalero, el artesano, el letrado, el médico, el:::: el diablo, que no es el que tiene la menor parte en nuestras locuras (las de aquellos señor don Tiburcio), y verá que todos reflexionan, sí, pero para engañar, para cometer maldades, para vivir á costa agena, para salir del dia, para alimentar vicios, para... Pues paremos, si

V. se incomoda; mas no me diga en mis vigotes que la verdadera reflexion, la que debe inspirarnos acciones virtuosas, y la que puesta por guia de todas nuestras empresas haria la felicidad del género humano, existe en ninguno de los animalitos que andan en dos pies. Es mentira, y á su tiempo se lo he de probar á V. Con que punto y aparte.

¡Deseo! desear, &c. &c. ¡Qué palabras santo Dios! Pues bonito es Madrid para que estuviera sin deseos; habrá hombre que por no tener que desear, desee calenturas, y aun la muerte si me apura V. un poco. Vaya V., vaya V. á la Puerta del Sol á las dos de la tarde, y pida V. deseos por arrobas que no le faltarán. Y en honor de la verdad sea dicho que les ha de hallar muy parecidos á los melones, es decir, de invierno para colgar, y de verano para gasto del dia. El rico desea ser mas, el capitan desea ser co-

ronel, el general príncipe, el cura canónigo, el fraile guardian, el intendente ministro, el oficial secretario, el abogado consejero, la soltera casada, la casada viuda, el escribiente escribano, y en fin mil y mil deseos mas segun la clase, circunstancias, edad y posibilidad del individuo. Pero deseos puros, religiosos y sensatos, fundados en el bien general, é hijos del acendrado interés que debemos tener en el alivio y prosperidad de nuestros prógimos, ¿dónde se venden? En el país de Lilliput. Si todos los deseos fueran como los nuestros, don Tiburcio, ¡qué deseos! estos sí que son deseos, y no los de los otros hombres: pero ya se ve, ¿V. me entiende? El no-ve no-no de-se-ar, cante V. conmigo que me atraganto.=¡Qué encuentro tan feliz! señor don Tiburcio y... vamos, es uno de los documentos mas justificativos en abono de mi fundada decla-

macion contra la locura humana. Me parece que todavía le zumbarán á V. los oidos desde el otro dia que nos hallamos en la calle de Carretas con aquel avejorro que iba entonando una aria del memorable... Si lo diré... pues acaba en ini::: no me acuerdo como se llamaba; pero sea lo que quiera, el resultado es que ya no puede V. salir de su casa si no se pone unos algodoncitos en los oidos, porque á cada paso se tropieza V. con un Mercadante, que embebido en la armonía disonante de su tono becerril, y sin reparar si es de dia ó de noche, si llueve ó hace sol, quiera V. ó no quiera se ha de tirar al coleto su cachito de *laron lon-lon-lon-on-toriro-ro-ti-roro-o-o-o-o.* ¡Qué asco ¿Es posible don Tiburcio que hayamos llegado á tal extremo? Repare V. que esto ya pasa de locura, porque el hombre que discurre, el que raciocina, el que sabe lo que

debe á la sociedad, y en fin el que está dotado de aquella mitad de juicio que le correspondió en el repartimiento, es materialmente imposible que se entregue á un afeminamiento tan escandaloso. V. me dirá que para todo hay tiempo, y que la distraccion es necesaria. Está bien, señor, pero que berreen en sus casas, y que tengan presente que en la calle se debe aparentar gravedad, circunspeccion, compostura, amabilidad, prudencia, juicio, talento, humildad, y sobre todo educacion, que bien poco la demuestran semejantes titeres. Ni yo sé por qué en esta parte se mantiene tan pasiva la Compañía de Opera Italiana; pues ¡qué se descuide! puede que antes de un año, como no ande lista, no encuentre quien la dé un cuarto; y bien tonto seria el que quisiera ir al Teatro, cuando estoy viendo que ha de haber tantos como tabernas, y todavía nos han de dar de corretaje sus

buenos retacitos de las mejores operas en la Puerta del Sol. Mas dejémoslo andar, que como Dios nos tenga de su mano, y el tintero no nos deje, valiente somanta hemos de sacudir á nuestra bendita especie.

¡Aprension! aprensivo, &c. &c. Estas palabritas las hemos de tomar en el mismo sentido que se encuentra en aquella comedia titulada el Enfermo de Aprension. ¿Está V.? Miradas bajo este punto de vista, casi ván á ingerirse en un documento meritorio para todos los pretensos papelones. Exámine V. con cuidado el modo con que se conducen los sábios, los ignorantes, los fanáticos, los hipócritas y los genios desenfrenados, verá V. que todo lo hacen por aprension, como si dijeramos, por seguir la moda, la costumbre, ó por ir con el mundo; y si no, ¿por qué á cualquiera cosita nos empujan sanguijuelas? por aprension. Dirán los

médicos que me particularizo, tengan paciencia, que no está mi cabeza para laberintos; que se contenten con creer de buena fé que así su facultad como todas las demas, están en mantillas y pendientes en gran parte de lo que llaman aprension de mollera.

¡Opinion! opinar, &c. &c. ¡Ahora escampa! estas voces sí que tienen proselitos. Toma, y::: ¡podrian no tenerlas! si al cabo son ellas la causa de nuestros desórdenes (de los de aquellos don Tiburcio), y vamos poco á poco. Tantas opiniones hay como individuos, y de tantas clases, cuantas son las atenciones que conceptuamos necesarias para sostener el entero brillo de las pasiones. En placeres opiniones encontradas, en modas opiniones diferentes, en facultades divergencia de opiniones, en costumbres, en religion, en gobierno, en educacion, en artes, en fin

hasta para el modo y forma de asar un cabrito varian las opiniones. ¿Hay en esto algo de locura, señor don Tiburcio? Alguísimo, y es lo mas malo que este género de enfermedad, causa unos estragos irreparables á la sociedad entera, y no son menores los que atrae á cada individuo en particular. Aseguro á V. que si nos viesemos V. emperador y yo su privado, dabamos al momento en tierra con la actual generacion, quemabâmos las bibliotecas, destinabamos las escuelas para nidos de abestruces, y solo dejabamos un ejemplar del reglamento que V. me vió formar dias pasados con aquel articulillo que impone pena capital al primero que se atreva á imprimirlo. ¡Imprentas! ni pensarlo. Este sí que es proyecto don Tiburcio, esto sí que se llama discurrir y no como hacen hoy cuatro abladorcillos: bien que mi talento::: ¡es mucho talento! Á fé que V. lo sabe.

Veria V. qué hombres sacabamos, ¡completísimos! Pero hoy, ande V. que apenas le dió á V. la gana de sacar la cabeza por cualquier resquicio, cuando ya sea por aches, ó sea por erres, se encajan encima, y zás; con cuatro citas del Corregidor muerto, una sentencia de Seneca y su poquito de refran de los que prodigaba Sancho Panza, le ponen á V. que no hay por donde cogerle. Lo que yo digo; quien quita la ocasion quita el peligro; no teniendo libros, ni imprentas, ni hombres, ni cosa que lo valga, por fuerza habiamos de acabar con esa maldita opinion que tanto nos da que hacer, y diriamos unánimemente ¿qué nos importa? ¿vivir? pues á vivir, y punto concluido. Y así, no señor, el uno quiere ser protestante, otro calvinista, otro luterano, otro de la secta de Alí, otro de la de Omar, otro cristiano, otro judío, otro republicano, otro realista,

otro mason; otro comunero, otro anarquista, otro quiere ser.... y en siendo ya quiere otra cosa, porque la opinion nunca se vé contenta con su suerte. Qué tal ¿hay sobrado y sobradísimo motivo para quejarnos? Pues bien, espere V. que eche un cigarro y corte la pluma, verá V. como de todas estas cositas vamos deduciendo cosas, ¡pero qué cosas! que harán temblar á los muertos.

Ahora querrá V. señor don Tiburcio que nos volvamos á los diez y ocho años, y vayamos calculando el género de demencia con que está iniciada la especie humana, porque cada cosa en su tiempo y nabos en adviento, ¿no es esto? pues coriente.

Figúrese V. que en llegando el hombre á la edad de diez y ocho años, sin que sea visto dejar á su antojo la interpretacion de las palabras razon, juicio y siguientes, queda por ellas mismas sujeto á

pensar con delicadeza y honradez, á obrar de buena fé en relacion con sus semejantes, y á premeditar para lo sucesivo el medio que contemple mas propio, si ha de atender á las serias y graves obligaciones, en que forzosamente le envuelve el interés social. Yo le quisiera enteramente exento de los infinitos vicios que adulan las pasiones, pero sobre todo que abomine la intriga, la embidia, la emulacion, el engaño, la mentira, esa maldita hipocresía que tantos partidarios tiene, y la deboradora ambicion de mandar, que tan señora es ya del corazon humano. Démele V. dócil, obediente, amante y fiel observador de las leyes divina y humana, compasivo, generoso, ingenuo, y dispuesto á sacrificar su existencia propia cuando la patria reclame su auxilio; y verá V. qué arina tan blanca nos dá el trigo. ¡Caramba! ¿para qué queriamos mas dia

de fiesta que ver como un jóven en medio del fuego abrasador que le presta la primavera de sus dias, camina con paso seguro y sin que le arredren los peligros, por entre los imperceptibles lazos que le presenta á cada instante este mundo engañoso? Sería buen hijo, buen esposo, buen padre y buen vasallo; haria las delicias de su familia, y su vida correria en un tegido de placeres excesivos. Desempeñaría los oficios de república con aquella integridad y pureza que se requiere. El Rey hallaria en este hombre un vasallo fiel y celoso por el honor de su patria, y últimamente la masa entera de la nacion, disfrutaria con placer las ventajas que debia prometerse de tales virtudes. No me negará V. don Tiburcio que cualquier entecillo revestido de estas sutilezas, seria un dije precioso que todo el mundo querria apropiarsele. Porque desengañémonos, á todos nos

gusta lo bueno, sí bien que cada uno dé por sí pone de su parte los medios necesarios para pasar sobre los límites de lo malo. ¿Se acuerda V. cuando con cara de perro decia á sus hijos á cualquier cosilla. *¿Haz lo que te mando, y no hagas lo que yo hago?* Pues mire V. parecerá mentira; pero como somos por desgracia unos animalitos de hábito, y nos gusta sobremanera la imitacion; ya se ve despreciamos (digo desprecian) aquellos preceptillos, y aunque sea á sombra de tejado ponen un especial cuidado en todo aquello que los mayores por una parte les prohiben, y por otra les invitan á que lo hagan con su ejemplo. ¿Digo algo? ó me rompo la cabeza.

Conozco muy bien que V. puede decir, no sin fundamento, nada es nuevo; el mundo siempre fué el mismo; así le hallamos, y así le tenemos que dejar; y sobre todo ya estamos fasti-

diádos con tantos papelotes como han sacado á relucir este mismo asunto en todas épocas y circunstancias. Y tiene V. razon; pero yo tambien la tengo para repetir lo que otros hayan dicho, con la diferencia que aquellos comieron diciendo, y yo comeré repitiendo. ¿Se vé otra cosa por ventura hoy dia? Los primeros labradores abrieron la tierra para depositar en ella el fruto que esperaban con justo motivo ver centiplicado y con este trabajillo llenaban la gandola. ¿Hacen mas ni menos nuestros contemporaneos? No señor. Pues aplique V. el cuento á todas las demas clases del estado, solo que antiguamente eran los hombres mas afectos al trabajo, menos petimetres, y no habia ni la centesima parte de vagámundos. ¿Esta V.? Por lo mismo decia yo bien, cuando dije que.... bueno; pues al caso.

No señor, no crea V. que me ol-

vido del principal punto en cuestion. Una cosa es que *alicuando* se le vaya á uno la mula, y otra el que no se quede sin ventilar nuestro argumento.

Tendrá V. presente la clase de hombre que formamos á la espalda, y la edad en que le contemplamos ¿no es esto? Pues ahora bien: vaya V. á San Isidro en su dia, recorra V. Vista Alegre, el Prado, las Delicias, San Antonio de la Florida, la Vírgen del Puerto, los Tejares, el Retiro, plazuela del Oriente, Puerta del Sol, cafes y villares; colegios, casas de educacion, fondas, teatros, en fin toda la Córte de alto á bajo, y de uno á otro extremo, que como V. encuentre un modelo semejante á nuestro Figurin, consiento que me le claven en la frente. Pero ¿cómo? si es tal la depravacion de costumbres, tales y tan distintos los vicios en la juventud, y tan notorio el general aban-

dono en las familias, que si nos extendiesemos en una pintura exacta sobre las operaciones humanas á cada paso hallariamos un tropiezo... ¿Los padres dice V.? Ese es otro punto que trataremos mas adelante, pues no está fino abochornarles sin tiempo. Estamos en la edad de diez y ocho años, y no hemos de salir de ella hasta la semana que viene. Siga V. por gusto cualquier dia los pasos á uno, dos, ó tres jóvenes de aquellos que conozca V. mas arregladitos al parecer. Verá V. que por la mañana con el pretexto de asistir á cátedra, academia ó cualquier otro, se dirijen pian piano á algun villar oculto, agarran el taco, y ya tenemos á periquito hecho fraile hasta la hora de consigna, y gracias si hay esta virtud, que no todos la tienen. Por la tarde hay tambien mil medios para buscársela, y mientras que ellos se escurren la escalera abajo al favor de un *luego*

vuelo, procure V. tomarles las vueltas y revueltas, que como sea tarde de truenos, les ha de pescar infaliblemente en algun cuarto bajo con reja á la calle. ¿Me esplico? Es que desde allí le vuelven á llevar á V. al villar, porque seria un escandalo irse á la cama sin que quede el taco caliente. Vamos don Tiburcio, no llame V. á esto niñerías, que como dijo el otro, cada cosa tiene su aquel, y por algo se empieza. En ese caso tampoco llevará V. á mal los medios rateros de que se valen para sostener los vicios; pues mire V., faltando lo principal se destruye lo accesorio. Yo bien sé que si los hombres no fumáran pocas estanqueras se harian ricas: es una desvergüenza el ver como los jóvenes atropellan la amistad, engañan la inocencia, cometen mil raterías, comprometen las familias, se hacen falsos, embusteros, malignos, desobedientes, soberbios, indomitos y al-

taneros. Y luego. ¡Ah luego! luego es otra cosa, la edad les enseña con el tiempo á ser prudentes: será en concepto de V., señor don Tiburcio, que el mio no se las traga tan gordas. De mala sangre nunca salen buenas morcillas; y la escuela del libertinage, amigo mio, deja siempre unos resabios condenadísimos. Ya sabe V. que nadie como nuestro don Quijote para enderezar tuertos, porque era un primor el verle atropellar y vencer imposibles; pero tuertos de esta naturaleza, no les endereza ni la madre que les parió. Es verdad que todos hemos sido muchachos, pero como nosotros ninguno. ¡Oh! eran otros tiempos. ¡Qué almas tan cándidas las del siglo pasado! ¿No es verdad don Tiburcio? Y ¿qué quiere V.? eso va en genios. Me acuerdo que siempre estaba mi abuelo, que en paz descanse, regañando al tio *Tocino*, por el mal ejemplo y peor educacion que

daba á sus hijos; y cuántas veces, frunciendo las cejas, que las tenia bien largas, le espetaba aquel proverbio tan verdadero, *regis ad exemplum totus componitur orbis.* Sabia muchos latines mi abuelo, ¡qué abuelo me llevó Dios! yo no entiendo latin, pero me acuerdo haber visto en yo no se qué librote la traduccion del anterior, y decia *si el abad juega á los naipes qué harán los frailes.* No, y en parte tenia razon, porque siendo los mayores en edad, dignidad y gobierno los únicos modelos de que se sirven los jóvenes en todas sus operaciones, quiere decir, que ó si las de aquellos fueran virtuosas, precisamente lo serian las de éstos, que al que anda entre miel algo se le pega, y sobre todo perdiz ó no comerla, ó malos á sangre fria, ó buenos á cara descubierta.

Dale con que las costumbres de ogaño no son como las de antaño,

y dale con que son tantas las atenciones de los jóvenes si han de llegar á aquel grado de perfeccion que prescribe el gran tono, que es preciso falten á las buenas obras á veces por no incurrir en la nota de groseros ó preocupados. Mejor será tomarlo á risa don Tiburcio, ó ¿lo hace V. por incomodarme? y qué chasco se lleva si así lo cree. No, señor, no; esos son pretextos: se puede atender á muchas mas cosas, sin necesidad de descuidar las principales y mas interesantes. Ya, si V. llama completo á un jóven, porque bayle á lo extrangero, cante á lo italiano, y sepa despedirse á lo matemático, corriente. Yo ya sé que esta es la *derniere*; pero dejémoslo andar que verá V. lo que va descubriendo el tiempo y la edad.

Yo por de contado no he notado todavía en los hombres una sola accion que me estimule á quererlos de aquella manera que nos lo enseña

la doctrina cristiana. ¿No alaba V. la franqueza con que confieso mis culpas? Pues mire V. que la verdad anda cara, porque desde que se la incluyó entre los géneros de ilícito comercio ni por un ojo se encuentra en ninguna parte::: Espere V. que no soy costal, y á ninguno se le debe condenar sin oirle antes. Ó ¿se le figura á V. que ya no me ocurre mas que decir? ¡frescos estamos! pues tenga V. entendido que no he hecho mas que empezar á dar algunas pinceladas en el vastísimo cuadro que ofrezco presentar, que es como si dijeramos abrir los cimientos del gran edificio que nos ha de emplear desde el año diez y ocho que se puso la primera piedra hasta el de ochenta, por lo menos, recorriendo las mas principales funciones y vicisitudes de la vida humana, á ver si por trancas ó barrancas damos con ella en el hospital de Zaragoza, del que Dios por,

su infinita misericordia nos libre á V. y á mí, señor don Tiburcio. ¿Estamos? Pues cuidado con interrumpirme, y sobre todo le encargo muy particularmente el secreto, no sea el diablo que alguno quisiera entrar en dimes y diretes, y yo soy enemiguísimo de que me roan los zancajos.

V. no repare el que me desentienda en la presente semana de pruebas y argumentos que han de servir en su lugar correspondiente de un apoyo considerable para que podamos formar un alegato en regla, pidiendo en él, sobre justicia, costas y perjuicios causados y que se causen hasta la conclusion del proceso. Nada, deje V. que crezca el muchacho, que él mismo ya que no esté confeso, ha de quedar convicto, mal que le pese. A mas de que, mas vale llegar á tiempo que rondar un año; y es mucho mas acertado irle llevando por sus pasos contados, que no meterlo á ba-

rato. ¡Qué tiene qué hacer! Y lo que digo; si alguno le pregunta á V. que quien diablos le metió en la mollera el proyecto de reformador, respóndale con descaro que el ejemplo. Sí señor; porque en gracia de Dios diariamente estaban viendo el ningun trabajo que cuesta reprender vicios agenos.

Ea, hasta la semana que viene don Tiburcio; y crea que le estima su paisano,

P. M. L.

El Mundo

TAL COMO ES,

Ó TODOS LOCOS.

Por Don Pedro

Martinez Lopez.

N. II.

POR LA HIJA DE D. FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA.
Impresor de Cámara de S. M.
1829.

EL MUNDO TAL COMO ES,

Ó TODOS LOCOS.

Pasa con cuidado
por este rastrojo,
porque algun despojo
te se habrá quedado.
Si con confusion
parece me esplico,
mira que te aplico
tu buena porcion.

No podia yo creer, señor don Tiburcio, que fuese V. tan inconsecuente. ¿Es posible, qué en desprecio de mis advertencias y encargos, y lo que es mas cruel abusando de la mutúa amistad que nos profesamos despues de tantos años, haya te-

nido la osadía de hacer sudar la prensa con aquellos defectillos que ibamos recopilando y tachando á la especie humana? ¿Es posible que no sea Vd. capáz de guardar un secreto, sobre encargársele una, dos y tres veces? ¿Es posible que un hombre como V., de pelo en pecho, incurra tambien en las mismas debilidades y flaquezas que queremos reprender á nuestros semejantes? ¡Ah! don Tiburcio: si yo no fuera tan generoso con los amigos, y tan:: qué se yo que me diga, no dude V. que tenia ya un motivo muy poderoso para no volver á darle la palabra en todos los dias de mi vida.... Es que no solamente me ha comprometido Vd. con el público exponiéndome á una censura severa, que es lo que menos siento, sino que por hablar con mugeres de un asunto que por ahora nada les interesa, me ha puesto V. con la mia en unos términos

poco matrimoniales. No ignora V. que la chismografía siempre trae muy malas consecuencias, y al que por ignorancia ó por malicia se entromete á revolver las familias y caldos que no le importan, se le debia clavar por la espalda el tridente de Neptuno para que muriese á lo traidor.

Es preciso que haya hecho Vd. á mi pobre muger una pintura muy extraña respecto á mis ideas, porque desde que V. habló con ella la otra tarde no la he visto una cara buena, nada de cuanto hago la gusta, y aun se atrevió á decirme ayer en mis hocicos, que no tenia rato mas plancentero que aquel que faltaba yo de casa; ¡cuándo antes queria que siempre estuviera encima!... Vea V. las resultas de un amigo hablador::::!!! Ca, no señor, no hay otro motivo, ¡sí, qué no se yo quien es ella! ¡Ojála que hubiera muchas mugeres tan virtuo-

sas! Pero ya está hecho, y como dijo el otro, á lo hecho pecho. Yo discurriré un medio de conciliacion entrambas partes, porque siempre fuí muy amante de la paz, y sé que mi muger es acreedora á cualquier sacrificio.

Vamos; vengo con intento de que prosigamos la cuestion empezada en órden á la locura humana: ¿qué quiere V.? en algo hemos de pasar el rato; á mas de que yo nunca guardo rencor con nadie; pero hombre, que se quede *inter nos* todo cuanto hablemos, y deje V. que se descuerne quien quiera. ¿No conoce V. santo varon, que tanto á V. como á mí nos han de tener por misantropos, si sigue dando publicidad á nuestros entretenimientos? ¡Ola! y si solo paráramos en aquella cofradía, nos podíamos dar con un canto en las narices; pues yo acá para mí estoy receloso de que no ha de faltar quien

nos empuje el connotado de *antropófagos*; y en verdad que nos venia como de molde, porque segun mi juicio, el alimentarse á costa del sudor ageno, puede pasar por un equivalente algo mas ajustado á la palabra antropófago, que lo que está el brazo de las señoritas de nuestra España á la descomunal manga que le cubre.

¿Qué trabajo cuesta el callar? ninguno. Pues bueno, cumpla V. con este precepto que es muy sagrado en ciertas ocasiones, y verá V. como así me separo yo de reprensiones poco conformes con nuestros principios; y sobre todo impropias entre dos que son, han sido y serán uña y carne hasta la muerte. Con que al caso, don Tiburcio.

En los pocos dias que han mediado desde nuestra primer sesion, he descubierto tela para vestir un regimiento entero, si despues de ha-

berla trazado fiel y exactamente en el papel, quisieramos hacer de ella los uniformes. Oiga V. los consejos que un pobre anciano daba la otra noche en una tertulia, y las observaciones que en seguida le hacian una docena de monicacos que estaban á su lado: (y mire V. que ya pasaban de los 18). Pues como iba diciendo, el pobre viejo se empeñaba en hacerles ver clarito como el sol de medio dia, que todos los jóvenes son unos tarambanas, atolondrados, sin educacion, sin carácter, sin virtud, sin religion, sin honor, sin vergüenza, y otra abundancia de *sines* que prometo decirseles á V. cuando se me antoje: y ellos así como en tono despreciativo, ademas de asegurar que no tenian ninguna necesidad de semejantes vagatelas fabulosas, le acometian con que todo lo que reprendia tan severamente, no era nacido de un convencimiento práctico y teóri-

co de los males que presumia consiguientes á la insensata juventud, sí sólo de una refinada envidia que le causaba el ver ejecutar y gozar lo que estaba tan fuera del poder del costal de años que tenia sobre su alma. ¿No se admira V. de una respuesta tan escandalosa? Ya se vé, yo me rendia de risa por una parte; y por otra me estaba llevando Satanás. Me echaba mis cuentas tan bien como pudiera hacerlo cualquier hijo de vecino: queria haber apoyado las razones del viejo con aquella fuerza mucho mas propia y persuasiva en mi edad, porque ya V. ve que yo no peino canas; y me temia que saliendo á la palestra, puede que su merced me dejase en las astas del toro, y esto hubiera sido para mí un golpe mortal: porque V. no dude que hay viejos muy taimados, y muy amigos de encender la tea de la discordia, so color de una aparente virtud.

En fin, me mantuve en mis trece, y no quise tomar otra parte en la cuestion que la que prescribe el silencio, y la atencion á lo que se trataba: á bien que ya sabrá V. el desenlace de aquella disputa dentro de un ratito, porque ahora es primero el analisis de aquellos cuantos *sines* que dejamos colgados arriba.... Si no me engaño es el primer *sin*:::

¡*Educacion*! educar y sus parientes, &c. Crianza buena ó mala, segun el tesauro de la paletería. Desde luego convendremos, don Tiburcio, en que estas voces admiten un sentido opuesto, con solo la añadidura de los adjetivos, *buena*, *mala*, ¿Estamos? Pues bien. En el primer caso es una fruta que suele hallarse comunmente cubierta con pergamino, que es como diz que se libra de la polilla; y aun hay malas lenguas que creen que se embutió allí por evadirse de las incomodidades y malos

tratamientos con que la amenazaba la curiosidad de unos insectillos que cria el globo terráqueo para honra y gloria de Dios.

Hago esta advertencia con el objeto solamente de que si la necesita V. un dia para obsequiar á cualquier convidado, se dirija á alguna biblioteca ó librería que no dejará de hallarla sin estrenar. Pero en el segundo es otra cosa muy diferente: no tiene V. que hacer mas que entrarse por el portillo de Valencia, se sube derechito por el Avapies, atraviesa V. la calle de Atocha, la del Príncipe, Carrera de San Gerónimo, Puerta del Sol, calle de Alcalá; ó si no, se va V. por la calle de la Montera, sin dejar callejuella ni rincon, hasta ponerse del otro lado de las Maravillas, y pida V. en cualquier parte mala educacion, que no faltará quien le despache aunque sea por quintales. ¡Á fé que de muy pocas cosas se en-

cuentra la Córte tan surtida! Mire V. se me cae la baba cada vez que veo el desparpajo con que esos mozalvetes de 18 arriba se burlan de las madres ainda de desobedecerlas. ¿Y por qué? Porque se han provisto de su cachito de mala educacion. Y no crea V. que en esta regla se comprenden solamente los mequetrefes de chaquetilla y palo; no señor, no; que sobre cuarta mas ó menos lo mismo hacen esos figuritas de movimiento, que se distinguen por el traje, con el nombre de Señoritos. Por fin que á éstos, don Tiburcio, es preciso disimularles alguna falta, porque al cabo son caballeros, y siempre conviene distinguir de clases: á mas de que no les es de tanta importancia la buena educacion como á los otros, porque en caso de un deslíz, se agarran corriendo á la voz de soy *un caballero*, y á buen seguro que nadie alce los ojos; un palo por casualidad

pudiera muy bien suceder, y ya creo que ha habido ejemplares; pero qué remedio tiene, *alicuando dormitat Homerus*: ¿está V.? Y no se apure V. que en cuanto á la palabra educacion (entendámosla lisa y llana), la verá ya tan generalizada en toda clase de gentes, que á la menor cosita que se note en ojo ageno, al momento se la cuelgan como si fuera escapulario, y si V. entra en contestaciones, solo le responden. ¿Qué quiere V.? es un grosero: un hombre sin educacion, ¿qué fruto puede dar? ninguno. ¡Válate Dios por hombres! y válate Dios por educacion. En mi concepto ha de ser muy útil, que allá á las próximas ferias pongamos al público esta clase de muebles viejos y sin uso; por si hay algun tonto que quiera cargar con ellos; en cuyo caso no tenemos mas que hacer, que pasar una nómina á la Academia literaria para que le sirva de

descargo, ó lo que es lo mismo de data; porque precisamente son géneros inventariados, y en cuentas de menores claridad, don Tiburcio. ¿No le parece á V. bien mi dictámen? ¿Sí? pues quedamos en eso, y vamos á otro *sin.*

¡*Carácter*! caracterizar, &c. &c. ¿En qué sentido quiere V. que tomemos esta produccion de la lengua castellana? Á mi modo de entender solo debemos limitar nuestro exámen á eso que llaman entereza de ánimo, constancia en las promesas, teson y firmeza en las resoluciones cuando sean justas; y una oposicion terminante y decisiva á cuantas acciones se encuentren fuera de los límites que prescribía la *razon* antes de desertarse: y es lo mejor, porque así agarramos tambien el verbo y vamos caracterizando el sustantivo. Conviene V. en ello ¿Eh? Pues adelante.

Á eleccion de V. dejo todas las

operaciones humanas, desde que Dios por su infinita misericordia se dignó formar de la nada á nuestro primer padre, y cíteme V. la que mejor le parezca, sea del tiempo de entonces, ó sea del de ahora á ver si podemos darla un pasavolante característico. Mire V. que hay donde escoger, y há habido hombres; pero.... ¡vaya qué hombres!.... No; tenga V. paciencia, no confundamos la especie; porque V. ya iba á salir con que si por ser vieja no se coció. Ahora no juzgamos por apariencias, ni viene al caso el que tal cual accion de un hombre solo, ó muchos reunidos, haya llamado un tantico la atencion de los demas: hemos de concretarnos solamente á la observacion individual, respecto á sus propias operaciones: y perdone V. que le haya interrumpido.

Aquí donde V. me ve, ando en busca de un cuarteron de carácter de lo selecto, porque me han dicho que

es un excelente específico para el que padezca de cálculos, enfermedad que sufre mi tio hace muchos meses; y maldito si le hallo en ninguna parte, por mas que ofrezco pagarle con exceso. Encuentro sí, muchísimos chalanes que me ponderan la buena calidad del suyo; pero yo sé que si no me metian gato por liebre; á lo menos á imitacion de nuestros boticarios me darian el *quid pro quo*. V. me dirá que soy demasiado rígido, pero amigo mio, la felicidad pública, el interés social, la quietud de las familias, y sobre todo la tranquilidad de conciencia, y la estrecha cuenta que debemos dar al Sér Supremo de nuestras culpas y pecados, me invitan á declamar contra la inconstancia y veleidad de los mortales. Hoy ofrece un hombre cosa que mañana niega: mañana compromete su palabra y crédito, y pasado se arrepiente y se llama antaña; ahora intercede por un

semejante desgraciado y dentro de pocos momentos le calumnia ó le labra su ruina perpetua. Llega el caso de formar un proyecto del cual se vendrian á seguir ventajas conocidas, tanto públicas como privadas; pero sobre la marcha desiste de su empeño; y acordándose de aquel dicho vulgar, *el que venga á atrás que arree*, se mete en su choza como el caracol, y á Dios mi dinero. Esto ¿es tener carácter, señor mio? Ni con una legua:: Ya, ya estamos en que hay ciertos entes adornados de un carácter estupendo; pero ¿para qué? para estafar, para arruinar familias, para ser el azote del género humano, para alzarse á cuenta de raterías, para darse mas importancia que la que han menester, para causar mil vejaciones irreparables, y para cuantos *paras* quepan en una imaginacion tan fecunda como la de V., señor don Tiburcio: y sepa V. que este es única-

mente el carácter, caletre ó caricatura general: con que así cuidado con que incurra en la locura de comprarle aunque se lo dén de valde.

¡*Virtud*! ¡virtuoso!.... Por Dios que vé uno cosas capaces de sacarle de sus casillas. Estas voces, mi señor don Tiburcio, son semejantes al oropel, ostentan mucho aparato, y si nos detenemos á examinar su verdadero mérito segun y como lo exige el estilo del dia, habremos de declararlas por falsas, y por consiguiente despreciables. Diré mas: la voz *virtud* no ha logrado una exacta difinicion, ni es susceptible de ella segun las tantas y tan diferentes aplicaciones que la dán los hombres, quienes mas de cuatro veces han querido confundirla con lo que todos entendemos por vicio. Esta manía que hay de interpretar el sentido recto de varias voces es causa de que muchos hagan las cosas al

revés, y si no me engaño en ésta sucede con frecuencia. *Virtud* es una cosi cosa compuesta de muchos arambeles y retazos de diferentes colores; pero todos descendientes de la legalidad, honradéz, probidad y justicia. Ella tiene que hacer con el sastre. con el zapatero, con el médico y sus compuestos, con el cura, con el fraile, con el alguacil, con el escribano, con el ministro, con el empleado, con el labrador, con el comerciante, con el criado, con el amo, con el general, con el soldado, con el abogado, con el procurador, con el duque, con el marqués, y con el Con=de tambien, que ya se me ácababa el aliento; y mire V. á pesar de todo no tiene que hacer con nadie, porque como es doncella honesta, nadie tiene que hacer con ella.

Bien conozco que si los hombres se hubieran encerrado dentro de los estrechos límites, que prescribian los

ásperos é indigestos preceptos de nuestros antepasados, no habrian adquirido las ciencias ninguna mejora, los idiomas seguirian siendo pobres, y todos nosotros reducidos al colmo de la ignorancia y::: yá se vé; á lo que los Padres de la Iglesia bautizaron con el nombre de virtud, porque no hallaron otro, arrimaron nuestros dicionaristas el apellido *depravacion*, y quedó como nuevo. ¡Santa María! ¿Pues qué cosa mas grande puede darse que el feliz descubrimiento de los sinónimos y equivalentes? No por mucho pan mal año; y sobre todo, el que está bien provisto de camisas, se muda á menudo, y queda libre de andar con apuros el dia de fiesta, engañando al público con un cuello de papel marquilla como si fuera de la mas rica holanda. Pero::: no, con formalidad, don Tiburcio, ¿cree V. de buena fé que hay virtud en los hombres? pues amigo, se equi-

voca de medio á medio; porque si tal fuese no gemiria una parte de la especie humana bajo el yugo que la otra mitad le sopla hoy por fás, y mañana por nefas. Mire V. que yo he corrido mucho mundo con el pensamiento; y en el país donde encontré tal cual bien quista la virtud, no habia pleitos, intrigas, venganzas, rencores, robos, asesinatos, insultos, desprecios, mala fé, engaños, sofismas, raterías, ni nada de lo que acaba en *ias*, como picardías, &c. Al contrario; ví mucho amor al prógimo, entusiasmo por socorrer al indigente, quietud general, sinceridad en los convenios, puntualidad, exactitud en el cumplimiento de las obligaciones individuales, honor, delicadeza, integridad y una pureza de costumbres, que todo cuanto hacian y decian los dichosos habitantes de aquel paisito, era nacido del mas puro candor que conocieron los dis-

cípulos del siglo de oro.

Á fé que voy á hacer en esta parte un elogio de la franqueza con que confiesan los hombres la falta de virtud. Observe V. cuando llegue un caso de reconvencion amistosa, y verá como despues de que el oyente se enteró de los cargos, contesta de buenas á primeras; amigo *yo no tengo tanta virtud, eso es imposible*, y otras respuestas de la misma categoría, porque en caso de un apuro si interceptan la escalera, no hay como arrojarse por la ventana, y hacen bien; que quien las sabe las tañe. Con que ¿dónde damos con la virtud? en el Hospital?.... en la Cárcel?.... pues á la disposicion de V. la dejo y vamos á otro *sin*:::

¡*Religion*!..... Este es caso serio, señor don Tiburcio: es asunto que solo corresponde á los señores teólogos: ¿está V.? y nosotros no debemos meternos en dibujos. Nada, nada; creo

y confieso todo lo que nuestra madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, es la razon que sobre esta materia me oirán decir siempre; sí Señor. No por eso se crea que me faltarian medios de apoyo para exponer y probar evidentemente que nuestra Santa Religion, única, verdadera y segura para alcanzar la bienaventuranza, ha sufrido tambien ciertos descalabros bien sensibles al género humano; pero como establecida por el verdadero Dios, sin el socorro de nuestras débiles fuerzas será siempre la señora principal del universo, quieran ó no los satélites que la ultrajen. ¡Ojalá que todos los hombres pensasen unánimemente en materia de religion, que no sufriria la especie tantos transtornos! Pero : : :

Pasar de largo es cordu... *Cervantes.*

¡Honor! honra, honrado, &c. primo hermano de reputacion, bue-

na fama, probidad, excelente opinion que adquiere un sugeto por sus buenas obras. Vaya V. á la parroquia donde se bautizó el honor, y encargue V. al sacristan le saque el árbol geneálogico, y se convencerá del parentesco. ¡Toma!..... pues si sé yo que no se podrian casar sin dispensa, aun contando con el grado que rebaja la iglesia. ¡Oh amigo! Este muchacho desciende de una familia muy ilustre, y tan conocida que hasta los cantos de la calle han oido hablar de ella. Y mire V. con todo y con eso, con eso y con todo se encuentra el pobrecillo huérfano de padre y madre, abandonado de todos, y ni si quiera le quieren ceder unas tristes pajas en cualquier basurero para que descansára las noches de invierno. ¡Crueles! ¿Es posible qué tan poca compasion reine en el mundo cristiano, y que asi se desprecie la suerte de un jóven que los sábios de antaño

pintaban tan amable? ¿Es posible que haya tantos cuartos desalquilados, ya que nadie le admita en su compañía, y que por misericordia no se le cedan las llaves de uno? Casi me atrevia á apostar que ni aun está empadronado; y::: ya vé V. otro mal sobre los muchos que le cercan, porque el rato menos pensado le declaran por prófugo, le forman causa, le soplan en Ceuta, y á Dios honor::: ¡Ah! eso quisieran algunos; pero sí que le cojan. No se hizo la miel para la boca del asno. Puede que á esta fecha esté ya el dichoso *honor* doscientas mil leguas de aquí. Dónde parará á punto fijo no lo sé, pero en la última carta que me dirigió por el correo, decia que estaba para salir con direccion al trópico de Cáncer, y que luego pensaba establecerse en los cuernos de la Luna, donde indudablemente le darian un buen destino... Bien sabe Dios que me alegraré de

su bien, porque le aprecio. Y vea V.; por ahí anda un pasante de abogado que se quiere hacer de la misma familia. ¿Sabe V. cómo se llama? *Honorario*; pues le detesto por ser un estafador; ello es que á todo el que le busque, sea con razon ó sin ella, me le saca las liendres divinamente; y no tiene otro Dios, ni otra ley que el embrollo, que es quien le sostiene. ¡Oh! si en mí consistiera ya le pondriamos las peras á cuarto, pero deje V. que no se ganó Zamora en una hora::: Con que como ya dejo dicho, es infructuoso todo el tiempo que gastemos en busca del honor, porque á menos de que no emprendamos un viage al mundo lunático, nadie nos dará razon de su existencia, y podemos pasar á analizar el último *sín*.

¡Vergüenza! Esta es palabra mayor. ¡Vergüenza dijo! al demonio se le ocurre avergonzarse por tan poca

cosa; ¡pues no faltaba otro dolor de muelas! No hay en todo el mundo una prenda mejor que no tener vergüenza. ¡No! y con todo hay quien tache esta faltilla. Á cualquier anédocta que se cuente de un sugeto ausente sea de la clase ó condicion que quiera, verá V. que no falta un chis garavis que se apea con la siguiente botargada: ¡vá! si es un hombre sin vergüenza, si no he visto muger de menos vergüenza, ¡Vaya por vergüenza desvergonzado! Pues dime ¿no sabes que es una virtud el callar los defectos del prógimo? ¿No sabes que estás oyendo, á quien acaso se valdrá de mil imposturas por desacreditar á otro, que estando ausente no puede rebatir las infamias que le suponen, y que es aventurado cualquier juicio que formes de una tal relacion, faltando tú por lo mismo á las leyes de la sana razon? ¿No sabes?::: perdone V. que yo soy quien

no sé una palabra, porque le iba haciendo la guerra con armas que se usaron en tiempos de Noë, pero que ya no se usan en los nuestros. Mas le juro á V. que esto no ha de quedar así, porque hemos de formar una lista alfabética de todas las voces que vayamos arrinconando, y á la pastelería con ellas, mas que la Academia se queje. Mire V. un servicio que no sabrán agradecernos los literatos, despues que uno se está hilando los sesos por separar la gazofia, y darselo cocido y guisado, como quien no dice nada.

Pues, si señor, como iba diciendo de nuestra vergüenza, á muy poca costa se puede convencer de que no existe, no debe ni puede existir. La razon es muy sencilla: figúrese V. un hombre con vergüenza, pero falto de medios con que subsistir. Es muerto en cuarenta y ocho horas, porque la misma mismisma vergüen-

za le asesina infaliblemente. Dirá V. y ¿por qué? Respondo, porque sus hermanos los poderosos son miserables, inhumanos, díscolos, soberbios, avaros é incapaces de socorrer una necesidad urgente, y la misma necesidad hace perder la vergüenza. Viceversa.... ¡Canario! que pronto dió V. en el hito de la dificultad. Y ¡cómo me gusta ver una imaginacion despejada! Amigo V. es hombre que lo entiende: ya, ya lo sé, pero al caso: Por fortuna conocemos un remedio contra esta especie de pasion de ánimo, en mi concepto bastante acreditado y no cuesta dinero, señor mio; pues solo consiste en que la muger se pase la mano por la cara, y el hombre se sacuda la capa, y sin necesidad de otros enjuagues huirá de ellos la vergüenza como el Diablo de la Cruz: pero demos por concluido este asunto, y continuemos la relacion de lo ocurrido en aquella no-

che que dije á V. con el buen viejo.

Ya me parece que estaremos conformes en que su merced tenia sobradísimo motivo para vómitar aquellos tantos *sines* que hemos ido escarmenando por su órden correspondiente, porque conviniendo en que no existen, como no se puede menos de convenir, es cuestion sin réplica. Pues me hubiera alegrado ver á V. en aquella tertulia la tal noche, para que hubiera oido la defensa de los señoritos. ¡Con qué desfachated insultaban al anciano! ¡Qué desacato manifestaban como queriendo atropellarle, sin miramiento á las respetables canas que le asomaban por debajo del gorro! ¡Qué de burla y chocarrería de su declinante persona! ¡Qué de citas y recuerdos sobre los rastros y reliquias de su vida pasada!... Contemple V. como andaria el ajo, cuando el que yo juzgaba por mas comedido le espetó en sus barbas un

¿V. está loco? mas grande que la Moncloa... ¡Caspita con los muchachos! ¿y qué haya quien llame todavía á estas desvergüenzas *niñerías*? Señor, toda mi vida he oido decir que por la puerta se sale á la calle, que es como si dijeramos por las obras se han de juzgar las personas. ¿Á quién llamamos loco? A todo hombre que marcha sin ningun concierto en sus operaciones, porque falto ya de la razon que debiera servirle de norte, se confunde, se alucina con alguna idea predominante, y de una ú otra manera, no hace mas que dar por las paredes como los borrachos. *Ergo*... ¿podremos llamar locos tambien á los que llevados de la idea de preferencia que dán á la vida licenciosa, siguen como caballos desenfrenados las mismas huellas que dejó tan marcadas el inventor de los enemigos irreconciliables á aquellos sobre *sines* que con tanta razon cacareaba nues-

tro venerable Saturno? V. vé que en las contestaciones de los señoritos no hay embozamiento, antes sí mucha claridad, porque esto es lo bueno que tiene nuestro idioma, si á uno se le ofrece dar una respuesta imprudente, viene corriendo un *quiero*, ó *no me dá la gana*, y otras veces un *es mi gusto* que le dejan al pobre reprensor mas frio que la nieve.

No crea V. que presumo encerrar en una jaula á los hombres, sin que antes se les haya declarado por peritos inteligentes locos y muy locos cada uno por su estilo: no señor, mi objeto es dar tiempo á que se evacuen los traslados correspondientes, y se acusen las rebeldías; y despues que se reciba la causa á prueba, empujo como quien no llega á ello un interrogatorio de ochenta preguntas para que tengamos una por cada año, presento doce testigos intachables, y veremos si entonces, aunque sea el juez de pa-

lo, me condena ó me salva: bien que si sucediese lo primero, que no es de temer, veria V. con qué disimulo apelaba yo á la sala de las ochenta mil y pico, que allí tengo algunos amigos de conocida trapisonda, y no me dejarian feo.

Sí, señor don Tiburcio: V. no dude que en un asunto de tanta gravedad como es éste, no cabe ningun género de transacion; y solo admitiré ésta siendo decorosa, y si la veo garantizada de una manera estable. Ofrezcanme los hombres un entero arrepentimiento de sus desaciertos, cumplan exactamente las obligaciones en que están constituidos, háganse amables y sinceros, sean generosos y compasivos, premien los talentos y servicios prestados á la masa general de la Nacion, trabajen con mas ahinco é interés en la pronta decision de la suerte de esos desgraciados y afligidos enfermos políticos, que llo-

ran en las cárceles, delincuentes unos, é inocentes muchos, dispensen gracias notorias á los que se hagan dignos de ellas para que sirvan de estímulo á los desaplicados, viciosos y holgazanes, quienes cifran su suerte en adulaciones y bajezas::: ¡No son pocos los que aciertan la construccion!: finalmente emprendan una vida inocente, frugal y moderada, separándose de modas, juegos y desórdenes; que si así lo hiciesen yo les juro por lo mas sagrado deponer en el instante el derecho que me asiste para quejarme del violento é infame despojo que sufrieron mis clientes, muchos años hace, de las preeminencias, y propiedades que con tan justo título adquirieron de sus mayores: haré mas, ni aun reclamaré las costas causadas hasta el dia, para que vean que soy generoso.

Pero::: ¡Ay! amigo: ¿si será enfermedad contagiosa la locura, y

la habré yo adquirido como por via de traspaso? Dígolo, porque seguramente son síntomas de una aparente y próxima locura el querer que los hombres se hagan en un quítame allá esas pajas unos Catones lisos y morondos. No, y en verdad que todas las cosas tienen su escala correspondiente: vamos subiendo por grados al edificio, porque si no todo sería proyectos, planes, lamentos, gritos, juramentos, maldiciones y quejas contra el inventor de él. Dígame V., de una reforma tan repentina, ¿qué gesto esperaba V. ver en los comerciantes, abaniqueros, manguiteros, sombrereros, y todo lo que acaba en *eros*? ¿Qué geta le parece á V. que pondrian los sectarios de Cupido, los bigamos y poligamos, los genios especulativos, los músicos, los discípulos de::: Luci (*),

(*) Afan por el bayle como objeto de primera educacion: afan por imitar en todo al extrangero, teniendo á menos el nombre

y otra infinidad de *los* y *las*, que no quiero citar por no ser molesto?

español; y últimamente afan por hablar el idioma francés sin entender todavía el nuestro. ¡Qué bien podemos decir con aquel sabio español!

Admiróse un Portugués
De ver que en su tierna infancia
Todos los niños en Francia
Supiesen hablar francés:
Arte diabolica es,
Dijo, torciendo el mostacho,
Que para hablar en gabacho
Un fidalgo en Portugal
Llega á viejo, y lo habla mal;
Y aquí lo parla un muchacho.

No se crea por esto que yo pretendo ridiculizar á los que se entregan al estudio de este y otros idomas estrangeros, antes bien les contemplo dignos del mayor elogio; pero me dirijo contra esa turba de mentecatos que en paseos, calles y tertulias, y sin saber los primeros rudimentos de la gramática de *Chantreau*, quieren ostentar erudicion ante quien no les entiende, y por remate de fiesta quedan ellos mismos sin entenderse mutuamente ¿Somos españoles? pues bien, entre españoles llamemos pan al pan, y si algun dia vamos á París entonces le llamaremos *pain*.

No nos faltarian caras avinagradas, y casi, casi con justicia; porque como dijo el otro no hay cosa como dar tiempo al tiempo. Esperemos que cada cual arregle sus cosas como corresponde, y despues yo le prometo á V. que hemos de proporcionar á todos una vejez menos incómoda y mas agradable que la que gozó el virtuoso Isocrates, por mas que Ciceron nos le ponga por modelo.

¡Cuánto trabajaron los antiguos! don Tiburcio: ¡es que se han escrito cosas magníficas! Verdad es que no por eso hemos mejorado de suerte, pero::: ¿sabe V. en qué consiste? Se lo diré en dos palabras. Vemos en letras de molde mucho malo y mucho bueno: lo que yo tengo por bueno, porque lo es en realidad, despide un tufillo á rancio que el diablo que lo aguante; y consiste en el descuido de los administradores á cuyo cargo está el despacho, venta y conservacion del

género, que no han mirado mas que por su propio interés: y aun hay quien se atreve á decir, que algunos de ellos le han desacreditado. Lo que llamamos malo, sea que esté al alcance de todos la infame calidad, ó sea que ninguno le distinga, como á mas de una cuidadosa introduccion á precios convencionales reune en sí la circunstancia de que sus espendedores lo acepillan, lo perfuman y lo envuelven con una porcion de ingredientes de un atractivo mas agradable que el de la esencia de rosa, resulta que acuden todos al olorcillo y::: cate V. la epidemia encima.

Si así no fuera, ¿cómo veriamos entre nosotros perdido el respeto, burlada la inocencia, abatido el honor, perseguida la virtud, despreciado el carácter, escondida la educacion, enferma la razon, dividido el juicio, insultada la religion, discorde la opinion; y para colmo de nuestra

miseria dejando á la santa aprension el dominio directo é indirecto de todos nuestros sentidos? El hombre es capáz de todo género de estravíos cuando la razon no le conduce. Sí, don Tiburcio: y como yo no puedo menos de contemplarle falto de ella, le hemos de meter precisamente en el templo de la locura que es su forzoso paradero.

Yo, sin embargo, trataré de hacer por cargar al jóven con nuevas obligaciones, á ver si por arte de virlo virloque le podemos presentar en la escena un poco mas círcunspecto, qne lo dudo; pero esta diligencia la suspendo hasta la semana que viene porque habrá que mudar de trages, y ya se vá haciendo hora de retirarnos.

Ahora vaya V. á vomitar otra vez nuestra conversacion si me quiere ver baylar. ¡No faltaba otra cosa! entonces sí que dejabamos de ser amigos, y en lo sucesivo no me fiaba ni aun

de la camisa que llevo puesta. Silencio, silencio don Tiburcio, y hasta la primera.

El Mundo

TAL COMO ES,

Ó TODOS LOCOS.

Por Don Pedro

Martinez Lopez.

N. III.

MADRID:
POR LA HIJA DE D. FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,
Impresor de Cámara de S. M.
1829.

EL MUNDO TAL COMO ES,

ó TODOS LOCOS.

Si reprendo vicios,
Personas no toco;
Y así no habrá loco
Tan necio ó furioso
Que de mí quejoso
Me llame á juicio:
Solo indico el mal
Sin dar el remedio,
Porque cada cual
Puede á sí curarse,
Con solo aplicarse
Parches de moral.

¡Si señor!::: ¿No quiere V. que esté resentido? ¿Le parece á V., don Tiburcio ó don demonio, que yo deba llevar á bien ese prurito tan repren-

sible, que ha manifestado en sacar á relucir mis cosas en letras de molde? ¡Y qué letras, santo Dios! Solamente las cinco que componen la palabra *mundo* son mas grandes que las cinco partes en que nosotros le hemos dividido porque nos dió la gana. ¡Y me asombraba yo de las letras del anuncio que empezaba *ya no habrá ciegos*! á fé que el de V. no le queda en zaga. Pero::: á proposito de ciegos oiga V., entre parentesis, lo que cantaba el otro dia mi doncella mientras estaba haciendo la cama.

Ya no habrá ciegos,
locos tampoco....

Al acabar el segundo verso, me miró con una risita irónica como quien dice contigo hablo, y yo aunque nunca estuve en relacion con las musas, siguiendo el mismo tono que el que ella emprendió, la contesté de repente

Poquito á poco,
que aun faltan pliegos.

Con esto quise darla á entender que mi plan no se parecia en nada al del autor del primero; pues yo no prometí concluir con los locos; al contrario, probar evidentemente que todos los hombres lo eran; pero que aun me faltaban que tocar muchos palillos para llegar al fin propuesto::: Mire V. probada la verdad del proverbio que dice: *Por un ladron pierden ciento en un meson....* A buen seguro que si nuestro Galeno no hubiera puesto el primer pie, ningun *Poe-trasto* se habría acordado de componer tales tonterias.

De aquí infiero que hay escondido un gato muy grande en la letrilla anterior, y que algun truan quiso por este medio poner en ridículo el *super natural-físico-proyectazo de mi compadre el* señor doctor y el

nuestro, Don Tiburcio. Pero sientese V. ya que ha venido á mi casa, que aun cuando habia hecho voto de no volverle á saludar, como se lo dije la semana pasada; echemos pelillos á la mar, y vamos discurriendo sobre el misterio de esa indigestible letrilla que tanto miedo me impuso.

Diciendo yo á mi doncella que me explicase el sentido del primer verso, palabra mas ó menos me contestó lo siguiente:

Señor; yo soy un cero á la izquierda; pero segun mi modo de analizar, entiendo que el venerable Carmona se quiere meter en laberintos superiores á sus fuerzas; porque eso de pretender acabar con los ciegos en un decir Jesus me huele á una de estas dos cosas, ó á que el doctor es un asesino *in utroque jure*, ó un pelele que no sabe lo que trae entre manos. El demonio::: el::: se::: ñor. ¿Si se le figurará que el hablar de las

enfermedades de los ojos:::, ¡pero de qué ojos, de los ciegos! es lo mismo que si dijeramos, vamos á contar los pliegues del hopo?... Lo mas chocante está en que invita con su cura gratuita y prodigiosa ainda de pobres y comunidades, ó casas de beneficencia, al respetable cuerpo de Voluntarios Realistas. ¡Si será hebreo este zangano! Pues venga V. acá, le diria yo, seo levita; ¿ha creido V. acaso que las filas Realistas se componen de ciegos para ofrecerles sus medicinas sin que ellos se las pidan? Espere V. no tenga cada voluntario cuatro ojos para inspeccionar las operaciones de este saltimbanquis, y posea ademas el secreto de batir las cataratas que tienen él y otros muchos que pensaban ser linces. Aseguro que el señor doctor, con perdon de los presentes, debe ser un loco de los diablos::: ¡Alto ahí! la dije yo á lo ladron; mereces mis elogios muchacha por un juicio tan acer-

tado: sí, loco en efecto será, un loco como lo son todos los hombres; pero::: A eso voy á explicarle á V. el segundo verso. Hemos visto dias atrás otro cartapacio que dice: *el mundo tal como es, ó todos locos*, y aquí entre nosotros sea dicho, encuentro no menos dificil la cura de esta enfermedad que la que el otro ofrece á los ciegos, porque no dude V. que el mundo siempre fué mundo, y por mas que cuatro tontos se empeñen en declamar contra las costumbres del presente siglo, no adelantarán una J: ¿Sabe V. lo que hacen con eso? perder el concepto y no tener entrada en una sociedad brillante y::: por último, mas sabe el necio en su casa que el cuerdo en la agena. Así que, para mí el gigantesco proyecto de acabar con los ciegos es tan disparatado, como el de desterrar las locuras, que segun mi juicio, son solamente consecuencias de la edad en

que se contemplan. Bien es verdad que ambos señores pueden conservar su buena fama, el primero con un *no ha concurrido V. á tiempo*, que es frase muy usada entre los discípulos de Hipocrates; y el segundo con decir que desprecian sus consejos y::: que le entren moscas...

Ello es que los ciegos, ciegos se están y se estarán hasta que Dios quiera, y las locuras humanas no las ha de ver concluidas ni el mismo Judío Errante.

Aquí llegabamos, cuando mi señora muger hizo que la doncella se fuera á calentar la cena, y yo me quedé como el que vé visiones. ¿Quién habia de creer que la muchacha era tan despejada? Don Tiburcio: cada dia la quiero mas, porque es muy interesante el talento en una muger.... Qué ¿no le parece á V. lo mismo? creí que iba V. á contradecirme.

Ahora bien, si así opina mi cria-

da ¿qué harán los eruditos? Distante yo de aquel orgullo ó vanidad que resalta en la mayor parte de los hombres, he resistido cuanto me ha sido posible á permitir que mis ideas, tales como se encuentran en la tienda, saliesen anunciadas en las esquinas; no porque no me gustaria corregir deleitando, si el genio me lo permitiera; sino porque me parece que esto es ponerse un hombre en berlina. Dios por su infinita misericordia no ha querido que me hayan armado ya una de San Quintin por los dos números anteriores; pero si por ahí un dia sale el diablo de trás la puerta, bien puede mirar como anda, don Tiburcio, que no se la perdono; porque nadie sino V. será la causa de mis sustos y temores y del daño que me resulte. Ya, pues, que no hay mas remedio que echar el pecho al agua, y puesto que ha venido V. á hacerme compañía en ocasion

que no me aguijan demasiado mis quehaceres, apovecharemos el rato continuando el escrutinio de las acciones ordinarias de la vida humana.

La leccion de hoy debe llamar mucho la atencion, porque como ya V. sabe se extendió la noticia de que se iba á publicar la órden para el reemplazo del ejército; y generalmente los padres de familia miran esta carrera con el mayor aborrecimiento, por causas que ellos saben y á mí no se me ocultan: se han atropellado, y en menos de cuarenta y ocho horas han casado sus hijos con la primera que se les ha puesto por delante. Esta determinacion mirada por encima parecerá laudable, porque cuantos mas matrimonios mas pecheros, y al cabo todo es ayuda de costa y siempre quedarán mozos para completar el cupo como dicen en mi lugar. Pero si se mira por abajo es mala, perversa, detestable, antipolítica

y loca. Ya se acuerda V., don Tiburcio, lo que trabajamos la semana pasada con el objeto de ir preparando á los barbilampiños para que á su tiempo pudieran llevar el pesado y casi inevitable yugo del matrimonio, y el fin de que fueran útiles al estado. Pero, amigo, como han dado un salto tan intempestivo, es menester que no perdamos tiempo en darles los consejos que necesitan en el estado en que ya se hallan; y cuidado que estos deben ser mas eficáces, por lo mismo que no nos han dado lugar para prepararlos.

Yo habia puesto mi atencion en la juventud, porque hallándose tiranizada por una infinidad de pasiones violentas, tiene necesidad de que se inclinen sus disposiciones hácia la virtud; proyecto que acaso podrá lograrse si hacemos que ésta reciba una honesta educacion, y que se penetre de

máximas y sentimientos generosos. Despues habia pensado prescribir una clase de ejercicio correspondiente á las facultades de cada individuo, destinando unos á la agricultura, otros al comercio, algunos á las ciencias y los restantes á las artes, convencido de que la ociosidad fomenta los deseos, las necesidades, y los vicios. Pero la órden del reemplazo trastornó mi plan; y solo nos queda el recurso de dirigir nuestras miras hácia los huesos de los recien casados, porque pronto caerán en las locuras propias de su nuevo estado.

Si se debiera juzgar por apariencias, la entrada en éste presenta un aspecto demasiado favorable á la especie humana. Habrá V. notado estos dias que en casi todas las familias ha reinado el regocijo, la abundancia y el lujo; todo ha sido bailes y juegos, todo alegría y algazara, sin que en parte alguna se haya oido un quita-

me allá esas pajas; pero es muy pronto para que los señores novios empiezen á hacer los panes tuertos. La experiencia le habrá hecho ver á V. que el estado del matrimonio, ademas de exigir amor, fidelidad, prudencia, sabiduría, constancia, conformidad, sufrimiento y otra multitud de zarandajas poco conocidas en nuestro suelo; quiere tambien ir revestido del bendito desinterés. Mas cuando los hombres se encajan encima este sacramento con tanta precipitacion, no tienen tiempo para proveerse de todas estas prendas, siguiéndose de aquí perjuicios muy trascendentales al mundo entero. Y::: ¿cómo? tenga V. un poquito de paciencia mientras hacemos el inventario de las alhajas que regalamos al matrimonio, y despues verá V. como me explico.

Primero, ¡*Amor*! amar, amante, &c. &c. ¡Qué voces tan gachonas, don Tiburcio! Me dá gana de chu-

parme los dedos... ¡Gracias á Dios que dimos con la liebre en la cama! Es que hay mas; el verbo, el sustantivo, y el participio tienen tanto divino poder que han taladrado hasta los corazones de bronce. ¡Ya tiene pelos él cuento! *Amor*, como quien no dice nada, *es bocato di Cardinalo:* él se las entiende con toda clase de personas, pero mas particularmente con el dinero ¡oh! es muy interesado, sí señor, pero::: ¡qué chascos dá, don Tiburcio! Mire V. ahí donde V. lo vé tan dulce, tan sabroso y remilgado, es un picarillo de cuatro suelas. Su principal placer le cifra en el engaño, y despues que ha conseguido su intento::: Dios guarde á V. muchos años. Pregunte V. sobre este particular á quien quiera, y verá V. que no le pongo nada de mas. Á fé que se habrá burlado de pocos el caballero; mas familias ha arruinado, mas muertes y desgracias ha causado, y mas

estragos ha hecho en el mundo que los ejércitos de Jerjes. ¿Sabe V. lo que es? un hipócrita de los diablos, capaz por sus graciosidades, embelecos y muecas de meterse por el ojo de una aguja, y despues que ya hizo la eme, como se suele decir, pregunte V. por un estudiante vestido de negro. Yo propuse una vez á los hombres otra clase de amor que me vino entre una porcion de generos ultramarinos, que aun cuando viste mas á la antigua española, tengo para mí que promete mayores ventajas, porque solo quiere rozarse con las letras, con el trabajo, con la virtud, con la justicia, con la templanza, y con el gefe y autoridades de la nacion: últimamente es el que en mi concepto merece el nombre de amor: pues, como digo, á pesar de la notable diferéncia que hay entre los dos, pensé permutar el mio por el de ellos, persuadido de que en muy pocos años

se penetrarian de las ventajas de este cambio, y me darian las gracias, única recompensa que yo les exigia: pero ande V.::: sin mas que porque dicen que el mio no está ya muy en uso, no hay diablos que les haga abandonar su amor propio, y eso que conocen los perjuicios que éste les ocasiona: hay mas, que ofrecí darles dinero encima, y ni por esas. Cate V. aquí la razon porque solo se conoce el amor falso en todas las personas, y segun voy viendo no podré yo dar salida al mio aunque me vuelva mico. ¡Vea V. si está bien clara y conocida la locura humana! Ni V. ni nadie puede negarme que la mayor parte de los hombres prefieren gastar mil duros en género extrangero, antes que mil ochavos en el nacional; no porque la calidad de aquel tenga mas mérito, sino porque la costumbre del dia exige que honremos y hagamos ricos á los estrangeros, al paso que desacredi-

tamos y reducimos á la indigencia á nuestros paisanos; pues á pesar de esta circunstancia, al parecer favorable para mí, porque todo mi comercio le saco de estrangia como V. sabe; no hay quien les acarree á mi tienda. Bien dicen, don Tiburcio, que el que ha de cegar por los ojos ha de empezar y::: vamos á otra cosa.

Fidelidad, fiel::: de fechos ó fechurias. Fielmente, &c. &c. Si por algo me incomoda la abundancia y riqueza de nuestro idioma es por los equívocos, don Tiburcio. Ahí vé V. la palabra fiel, y yo no conozco entre todo lo criado nada que se le parezca, sino una especie de clavo que sale de la mitad de la barra de un peso ó romana, concluye en punta aguda, y si se iguala el remo del un lado con el del otro se queda el dicho fiel alineando con dos figurantes que tiene, uno á cada costado; y si no es igual se inclina hácia la parte que

le llama con mas fuerza. Á lo menos fiel llaman en mi tierra á este clavo que he figurado á V.... ¿En la suya lo mismo? Pues bueno. Ahora ¿qué otra aplicacion quiere V. que le demos así como á sus derivados? Yo quisiera poderles relacionar en casa de la *lealtad*, pero es esta una señorita muy descuidada, y puede que el dia menos pensado nos tuvieramos que arrepentir de semejante pensamiento; porque en arca abierta el justo peca, aunque nada aventuraremos con decir que tambien en la cerrada. Hacerles *respetar* á doña *inviolable fe conyugal*, bien vé V. que es un desatino no menos peligroso que el anterior; porque aun cuando los antiguos decian que *cada oveja con su pareja*, las costumbres de este siglo de ilustracion no convienen con las antiguallas insignificantes, y en lugar de aquella sentencia, gracias á los sábios del dia, han sustituido ellos ésta: *ca-*

da lobo por su senda y todos al monte. Con que ya vé V. que es un apuro de mil santos el que nos presentan las voces *fiel* y sus compuestos. Y si bien se reflexiona no debe extrañarse, porque son voces por una parte ásperas é indigestas como que huelen á hierro; y por otra amargas como demonios solo con mudar la F... en H... Como yo viera que habia algunos apasionados á cumplir fielmente los juramentos y promesas que se exijen á quien se vá á revestir de un nuevo cargo público ó privado, trataria de sentar sus nombres y apellidos para cuando llegue el caso de repartir destinos no equivocarme en la eleccion de sugetos; y formaria tambien por separado otra lista de los pretendientes en regla, si les consideraba capaces de guardar fidelidad; haciendo que los de esta clase sufriesen con anticipacion un examen extenso y rigoroso sobre la inteligencia

de los fines que se propusieron para quererse empeñar en tan serias obligaciones. Mas como la experiencia me ha hecho conocer el ningun apego que tienen los hombres á la práctica de semejantes preceptos, es preciso que demos con los *Fieles* en cualquier casa de reclusion, á lo menos por el resto del presente siglo.

Prudencia, prudente, &c. &c. Digimos que una de las prendas matrimoniales debia ser la *prudencia*; porque siendo por excelencia el sexo femenino caprichoso, insultante y hablador, si faltase en el masculino aquella circunstancia, cada momento habria que estar como perros y gatos. Todo hombre prudente es sufrido; y aun cuando su muger se empeñe en que han de ser tigeretas; toma por buen partido el callar y tener paciencia á que pase la basca; ó si lo vé en mal estado; agarra la capa por lo mas estrecho y échele V. un gal-

go, que dos no riñen si el uno no quiere. No por eso me separo yo de que no sea necesaria la prudencia en las demas clases del Estado, porque bien sé que á cada cual le tiene que llegar su Sambenito, pero es lo malo que ni en unas ni en otros existe, y por lo mismo nos vemos tambien en la necesidad de arrinconarla como cosa perdida.

Sabiduría, saber, sábio, &c. &c. Si nos permitieran poner á la entrada del sustantivo la sílaba *Re*, ó llámese signo de música, de buena gana entraria yo en contestaciones; pero sin aquel remiendo, me atrevia á apostar algo bueno á que nadie le saca á la calle. Por sábio entiendo á un hombre que guiado de la luz de la razon, y constante en los principios de la equidad y de la justicia, ciñe todas sus obras á las leyes del deber sin dejarse llevar del favor ni del interés; y que sin descuidar las

obligaciones familiares en que está constituido, llena tambien las que le pertenecen en obsequio de la sociedad á que corresponde. Y creo que mas propiamente se le podrá llamar sábio á un tal hombre, que no á otro que si bien le veiamos perfectamente instruido en tantas cuantas facultades ó ciencias se conocen, no hallabamos en él una sola accion digna de veneracion y respeto por ir todas opuestas á lo que prescribe la virtud. Así que, don Tiburcio, si V. me presentára un sábio de los que entran en mi cuenta le casaba al momento con una de mis hijas, y veria V. que matrimonio tan perfecto ¿Qué duda tiene? ocupado él solamente del cuidado de su casa y familia, entretenido en la esmerada educacion que los hijos necesitan, si los padres quieren que sean el báculo en que se apoye su vejéz, estimulado de la virtud á prodigar segun se lo permitiesen sus fuer-

zas, el socorro que de él necesitase el pobre, obediente á las leyes, y celoso defensor de su pátria, no podia menos de hacer un matrimonio dichoso: pero como sé que es bastante dificil este hallazgo, no tengo la mayor inclinacion á que las muchachas se metan en quebraderos de cabeza. Bien que tampoco ellas son aptas para el caso porque carecen de las habilidades mas principales para agradar. No saben bailar un rigodon ni la gabota, no tocan el piano ni la guitarra, ni son filarmónicas, ni tararean una sinfonía de la Italiana en Argél ó de la de Elisa y Claudio (*),

(*) Dios me lo perdone, don Tiburcio, pero crea V. que es muy hermoso el ver a una señorita (española se supone) hacer mil gorgoritos en aquello de....

Lento, lento.... in ogni vena....
Sento il sangue.... à circolar.

Verdad es que muy pocas entienden lo que quiere decir, pero al cabo siempre es cantar en italiano y seguir la corriente. Esta manía poco conforme con el gusto de los

ni cosa que lo valga; ni hay quien las entre en que pongan los brazos en figura de vigornia, y cate V. que sin estos requisitos mis pobres niñas y sus penas serán eternas. Preocupa-

que todo lo quieren á la antigua española, me trae á la memoria otra no menos chocante que se notó en una señora Burgalesa pocos años hace. Deseosa de hacer creer que poseía con toda perfeccion el idioma latino, y persuadida que nadie sino ella podria ser la autora ó compositora de voces hispano-latinas, dió en la extravagancia de formar una algaravia de términos insignificantes, y que ninguno podia entender. Así es que un dia hallándose sentada al balcon en ocasion que pasaba por la calle un leñador con dos ó tres cargas de cepos de raíz de encina, y antojándosele que aquel hombre podría, acaso, ser un Horacio disfrazado en trage montaraz, le dijo: OigaV. señor *Legnifero*, ¿cuánto, me llevará V. por un *fasciculo ignicolar*?... pero con la condicion de que me lo ha de *ascender* hasta el último *emisferio* de mi *domo*.. ¿Puede hacer mas el mismo demonio, don Tiburcio? pues, amigo construya V. si quiere, que yo harto haré en llorar mi descuido por no haber sacado á mis hijas de la ignorancia en que yacen. ¡Hijas de mi alma!....

das en antigüedades, no han pensado mas que en perfeccionarse en el aseo de la casa, labores de cocina, plancha y bordado, que para estas tonterías se pintan solas, y todo lo demas no solo lo miran como superfluo, sino que tanto las dá patas arriba como patas abajo; y ya V. vé que en el caso no pueden ser mugeres de salida, como no se decuelgue por ahí cualquier motril de pajera. Qué les hemos de hacer. ¿Quiere V. que las mate?.... Yo las dejo á la buena de Dios, y hasta ahora no estoy descontento con ellas, porque gracias á su índole ni menos que se acuerdan de andar en picos pardos; y::: ¿sabe V. lo que me responden, si alguna vez las digo que por qué nó salen un rato con sus amigas á dar un paseo? Déjenos V. padre (porque son muy ordinarias y nunca dicen papá) nosotras nos hallamos bien con esta vida. Pues adelante cada uno se entiende

y baila solo. Con que, don Tiburcio, baste de saber.

Constancia, constante y sus compuestos, deberiamos reclamarles en justicia al señor cura párroco del pueblo de aquel famoso caballero de la mancha que V. sabe; porque desde que á instancias suyas y de su ama abandonó el difunto que Dios haya la gloriosa y descomunal empresa que concibió en sus mientes, maldito si ha vuelto á verse entre los hombres esta virtud ni su compañera la fortaleza. Así es que nada hay estable en el mundo desde entonces, y en cuanto á mí confieso ingenuamente que me guardaré muy bien de creer en semejante palabra que ya hace siglos se la llevó el viento; ni quiera Dios que vuelva por acá, porque entonces nos quedabamos sin novedades ni novelerías, que son el alimento y el brillante distintivo de nuestro siglo. Yo solo conozco á una hija bastarda

suya que quedó en el mundo para acompañar constantemente á los hombres en la ambicion, avaricia y otras pasiones de esta especie, y si no, observe V. á todos los que dicen á cada paso: *yo soy muy constante en mis cosas*, y verá V. como no tienen constancia sino para los dichos vicios, pero para lo demas, en logrando lo que desean, si te he visto no me acuerdo, y no saludan siquiera á madama Constancia. Con que, don Tiburcio, para qué quiere V. molestarse; encage V. un *in* en la cabeza de su *constancia*, y con este disfraz ya puede ir segura por el mundo esta señora.

¡Conformidad! Esta es otra cosa mas conforme á justicia que pido. Hay conformidad forzosa, que es la que mas se estila, y puede haberla voluntaria. Si vá V. preguntando á los pobres, á los enfermos, á los presos y á los perseguidos por la justicia que si están conformes

con su suerte, apuesto cualquier cosa á que le espetan un *No* como una casa. Ni puede esperarse otra cosa, porque aunque un grano no hace granero siempre ayuda al compañero: como estamos convencidos que no hay en los hombres virtudes, y la tia *Conformidad* es hija natural de ellas, está tan resentida su merce por la mala acogida que la hicimos á la madre, que parece que la deben y no la pagan. Ahora; en la voluntaria no me meto, y en honor de la verdad sea dicho todavía hay quien la tenga para el gasto diario de su casa. No crea V. que la encontraremos en los que de mas fueron á menos, porque estos tienen sus razones por las cuales se contemplan agraviados; pero sí se hallará en los que de la nada se fueron á mas de lo que podian esperar y merecian: ¿qué quiere V.? lo que no es bueno para faldas, sirve para mangas, y al cabo puede la *con-*

formidad gloriarse todavía de que tiene algunos pupilos bajo su inspeccion y vigilancia.

Con quien creo yo que no hace buenas migas es con los casados. Yo no sé si acertaré, pero::: ¡quién sabe! Veo unas figuras matrimoniales tan::: así tan asustadizas y tan indigestas, que si no me engaña la idea parece que anuncian pesadumbre, arrepentimiento, cansancio, dejadéz, tristeza y::: oiga V. lo que dicen muchos y muchas. ¡*Si las cosas pasarán dos veces*! ¡pues ya tiene partido la frase esta, don Tiburcio! que me emplumen si no la repiten con mas frecuencia que el Padre nuestro. Pero vámonos con tiento no espantemos la caza que tambien á veces amarga la verdad.

Sufrimiento, sufrido, &c. &c. Sí: pues bonito es el chico para sufrir ancas: no señor; no tan calvo que se le vean los sesos; el que ha

de sufrir semejantes cosas necesitaba tener la paciencia de un cabron, y yo por la misericordia de Dios no soy tal. Si mi muger cumpliera con las obligaciones propias de su estado, y supiera que aquí no hay mas amo que yo, veria V. como no habia necesidad de dar que decir; pero no señor, me retiro á mi casa á la una ó las dos de la mañana lo mas tarde, y dale con que me ha de dejar la llave debajo de la puerta, la cena en el fogon, la luz apagada, y ella roncando á mas y mejor en la cama. ¿Le parece á V. que esto es regular? Espere á que yo venga de tertulia, sírvame como corresponde, y despues la queda lugar de tender la bartola hasta la hora de entrarme el desayuno; y si no era para casada que hubiera hablado á tiempo, porque como se suele decir por mi dinero::: ¿Qué tal? don Tibucio: ¿es sufrido el mozo ó no? Pues mire V. mal si le dicen

que no es sufrido, y mal si le llaman sufrido; y todavía se agraviaría mas si le dijesemos V. es un *Juan Lanas*. ¡Adónde ibamos á parar! No, señor, no; sepa V. que el que menos tiene su alma en su almario. ¿Queria V. que todos siguiesemos el ejemplo de Jesucristo? pues yo no le mando dar una bofetada como la que á él le dieron, nada de eso: sí solo amague V. á cualquiera con los cinco, y no necesita mas recomendacion para ir sembrando tripas por la calle. Con que aplique V. el cuento que en todas las cosas sucede lo mismo, y sufra, que no tardará en cansarse.

Desinterés, desinteresado, &c. Siempre oí decir que lo que sobra se corta, y aquí, si no me engaño, venia un *des*::: corte como pedrada en ojo de boticario. Ya V. vé que así podiamos presentar el género sin miedo de que nos le comisáran; y de la otra manera temo que ha de caer en

manos del resguardo; porque hoy está muy delicado este ramo. Sí señor: permítaseme por ahora que abandone el *des* y luego entraremos en cuentas. Seria una viña esto de no reparar en interés si por casualidad fuera tal la generosidad de los hombres; pero, amigo mio, no se menea la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios, y el que algo quiera algo le ha de costar. Comparo yo el mundo á una cadena compuesta de muchos eslabones engarzados todos con tal arte que ninguno puede pasar por ella sin dejar de pagar el portazgo. V. observe el giro de todas las cosas, y notará que aun para las mas tribiales han de hocicar los hombres unos con otros, sin que este choque les haga mas moderados, ni les enseñe á seguir aquella máxima que encierra, *hoy por tí y mañana por mí.* No señor; como no han llegado á conocer la obligacion precisa que tienen de

servirse mutuamente, se tiran al degüello sin compasion. V. tendrá servicios contrahidos, pedirá V. con justicia, será V. capáz para el desempeño de cualquier destino que se le confie, habrá dado pruebas de su probidad y.... todo lo que V. quiera: pero si quitamos el *des*... hablaremos, y sino no venga V. con impertinencias. Cuántos he visto yo, y hombres muy regulares, que confiados en la justicia de sus reclamaciones, sin decir oste ni moste se han presentado á los *Brobdingnagneses* y con el sombrero en la mano les decian *señor esto, señor lo otro.* ¿Ha oido V. la contestacion?.... yo tampoco, ¿ha visto V. el resultado?... yo tampoco. Sabe V. que se me figura este modo de obrar?.... ¿No? Pues se lo diré. Cuando va por las calles un mastin suele ser acometido por perritos falderos, que casi á sombra de tejado, ó validos de aquel poquito de fuero que les dá la pre-

sencia de su amo, se ponen muy roscados á ladrar como si fueran capaces de poder disputar el paso al que no le cuesta mas que abrir la boca y tragarse doce á un tiempo: pero el orgulloso mastin les dirije una mirada llena de desprecio, *alza la pata, se mèa; y prosigue su camino*::: ¡cuántos hombres mastines, don Tiburcio! Así desengañémonos, la palabra *desinterés* es tambien de las proscriptas por mas que V. lo niegue; y cosa en que no intervenga su contrario está espuesta á morir de repente, ó cuando menos á que la acometa un sueño mas profundo que el de los siete dormientes. Ni seria el *desinterés* muy conveniente en los matrimonios, como haremos ver á su debido tiempo, porque esto de mantener hijos de otro no sabe bien á las gentes honradas. ¿Quién vive? don dinero: abance el comandante y rinda santo y seña::: separémonos cuan-

to antes de aquí porque este gefe trae la comision para prender al *desinterés*, y si nos descuidamos un poco es facil que dé con él en el vivac.

¿Estamos ya seguros?::: Corriente: pues como quien no llega á ello voy á decirle los perjuicios que yo contemplo consiguientes á los matrimonios que se hacen con tanta precipitacion. En la actualidad cualquiera opinion en esta parte puede tener mucho de arriesgada, porque no hay un motivo para quejarnos de los nuevos esposos, peró quien no se aventura no pasa la mar; y últimamente se permite decir los vicios de la doncella, ocultando quien es ella. Esa bárbara aprension que tienen los padres de querer, como ellos dicen, ver á sus hijos en las andas antes que con el fusil al hombro, solamente debe sacar su orígen de una crasa ignorancia; porque ademas de ser una carrera gloriosa la de las armas ten-

go para mí que hace volar al hombre al inmortal templo de la fama con mas rapidéz que otra ninguna, efecto sin duda de la conjuncion que forman el taco y la pólvora. Verdad es que á veces, aunque raras, se ponen los sesos á pública subasta, y en recompensa suele presentarse un cuarto de hora favorable y::: cate V. que dé un triste ranchero pasa corriendo á ponerse sobre los hombros un par de charreteras tan grandes como dos quesos manchegos. Tiene tambien sus quiebras la carrera militar; pero::: ¿hay alguna que no les tenga? y sobre todo donde las dán las toman. Bien quisieran todos los hombres tener quien se oponga á las incursiones de los enemigos, quien les conserve sus propiedades, quien les extermine los malhechores y quien les afiance la seguridad individual; pero que sus hijos se han de emplear en tales mecanicas, eso á la otra puer-

ta. Bueno que haya ejército, bueno que pasen trabajos los individuos que le componen, pero que yo sea uno de tantos, *nequaquam*. Es decir, lo angosto para tí y lo ancho para mí: ¿Conoce V. esta ley, don Tiburcio? pues está vigente y::: al caso.

Opuestos los padres, como ya dijimos, á que sus hijos sigan la carrera de las armas, tan pronto como olfatean la disposicion de un reemplazo, y sin esperar á que los muchachos compren aquellas prendas de que ha de revestirse el señor matrimonio segun nuestro inventario, les precisan á que tome aquel estado, porque su voluntad ha de ser sagrada é inviolable. En los primeros dias no se echa de ver el engaño, como que la señora *discordia* nunca declara la guerra á nadie mientras no esté provista primero de todas las armas y pertrechos seguros para el triunfo: por esta razon no debemos extrañar que en

tan poco tiempo solo se adviertan apariencias de una paz *octaviana.* Mas yo le aseguro á V. que no será siempre lo mismo; á lo mas obscuro amanece Dios, y verá como se vuelve la tortilla el rato menos pensado y se arde Troya. Los padres nos han privado de una multitud de jóvenes muy propios para la carrera de las armas, en la que habrian hallado una escuela de obediencia, respeto, constancia en las fatigas y trabajos que lleva consigo; y que al cabo de seis ú ocho años habriamos visto con gusto hombres ya formados,, curtidos en las desgracias y vicisitudes humanas, y predispuestos á compadecerse de sus semejantes, porque nadie dá tanto valor á los infortunios como aquel que les ha experimentado en su pellejo. Pero en cambio de estas ventajas han habilitado un número considerable de *entecillos* para que puedan pulular y contribuir á las diferentes y pesadas

atenciones que cargan sobre el Estado. Esta mira algo tiene de buena si siguiese siéndolo, porque el aumento de poblacion es muy interesante, y como se suele decir cuantos mas moros mas ganancias.

¿No le parece á V. lo mismo, don Tiburcio? Ahí se está V. como un camastron sin decir oste ni moste, y yo gusto que me contradigan cuando hay razones con que hacerlo::: Estamos en que hasta ahora voy fundado, pero::: siga V., siga, que es muy dueño de hacer cuantas observaciones quiera::: ¡ah! ¿y es bastante razon el que los padres caminen siempre en busca de la felicidad que desean á sus hijos, y que solo el verla en su imaginacion sobra para que, haya oposicion ó no, se sigan sus preceptos ciegamente? ¡Eh! ¡Vitor, señor don Tiburcio! ¡Quién fuera ahora preceptor de latinidad para darle á V. un *parce*!::: ¿De dónde saca se-

mejante doctrina? Casi no me atreveré yo á fijar un caso en que se deba faltar á la obediencia de los padres; pero, señor mio, en la eleccion de estado, quiero que me les deje V. el título de consejeros y nada mas: porque eso de que el hombre ha de contraer un empeño vitalicio en los términos y con las condiciones que á otro le dé la gana imponerle, sin mas salida ni razon que la de *soy tu padre*, ya vé V. que salta á los ojos; y por último lo que ellos no han de comer, que lo dejen cocer:::: ya sé yo que á todos nos gusta mandar: esta es nuestra desgracia, pero verá V. en qué vienen á parar mandatos de tal naturaleza: seguro estoy que han de levantar un cisco de mil diablos y no ha de quedar en casa silla ni taburete que no vaya rodando trás de la novia, ó vice versa pues tambien hay heroinas que se las apuestan á cualquiera:::

¿Se marcha V. ya eh? lo siento porque ahora iba yo entrando en lo mas sabroso, pero ¿qué remedio tiene? ya volverá V. por ahí otro dia y renovaremos la escena: ¿no es esto? adelante. No señor: ya nada me importa que lo diga V. ó lo calle, porque perdido por mil, perdido por mil y quinientos: yo tengo un pronto como cualquier otro, pero al momento se me pasa y tan amigos como de *antes*....

Memorias en casa, don Tiburcio.

El Mundo

TAL COMO ES,

Ó TODOS LOCOS.

Por Don Pedro

Martinez Lopez.

N. IV.

MADRID:
POR LA HIJA DE D. FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,
Impresor de Cámara de S. M.
1829.

Véndese con los anteriores en las librerías de *Novillo*, calle de la Concepcion Gerónima, de *Perez*, en la de Carretas, y de *Amposta*, calle del Príncipe números 5 y 6, á dos reales cada uno.

EL MUNDO TAL COMO ES,

ó TODOS LOCOS.

No me vengais á decir
Que entre marido y muger
Nadie se puede meter,
Porque no os ha de servir--
¡Que el muchacho es hombre ya!
¡Qué está ya casado!-- ¿Y qué?
Por lo mismo: ¿Ha hecho por qué?
Mayor zurra llevará.

Cabalmente no podia V. haber llegado á mejor hora, don Tiburcio, porque ya estaba yo esperando con ansia viniese por ahí cualquier amigo para que me informára por extenso de ese *run run* que dice mi muger corre por el pueblo sobre las jaranas y marimorenas que andan entre los nuevos matri-

monios verificados en esta temporada. Yo no he podido salir de casa en todos estos dias pasados, porque estas malditas tripas, Dios me perdone, me han dado tanta guerra, que ya creí que no me dejarian mover::: Por fin ya gracias á Dios estoy fuera de peligro, nada me duele, tengo buen apetito: y sobre todo una ansia de charlar que me debora. Por mas que he querido meter por el aro á mi muger, nada; ni siquiera se ha sabido explicar: todo lo confunde, dá una en el clavo y ciento en la herradura y... amigo esto es cruel para quien como yo desea dar en el hito de la dificultad, porque bien sabe V. que al momento me pongo en el alma del negocio; pero ¿qué quiere V.? son mugeres, y como se suele decir *quien de mugeres se fia, pierde el pan y pierde el perro*::: Con que así empiece V. á echar por esa boca todo cuanto sepa en el asunto y... Vamos: á otro perro con ese hueso; á mí no

se me comulga con ruedas de molino. Es bueno que mi muger... ¿quiere V. que la llame?... Es que yo no he de decir una cosa por otra, porque no entiendo de metamorfóseos: el pan pan y el vino vino como Castellano Viejo, y estamos fuera del dia. Pues como digo, mi muger... (ayer fué por cierto) allá á su modo me empezó á referir el choque que se notaba ya en muchos de los recien casados, unos que *donde hay Patron no manda marinero*, otros *á una misa nos casamos*, muchos *tanto me soy yo como tú*, algunos *para lo que tú tragiste*, y no falta quien dice *en mi casa me estaba, gran tunante, no haberme buscado.* Con que amigo, si son ciertas estas voces ya tenemos la guerra declarada, porque para que V. lo entienda son... los itinerarios de la fatal *Discordia.* Y yo las creo á pies juntillas, sino que V. unas veces le pega por hablar de donde diere; y otras se mantiene como

un santo de palo. ¡Es muy original ese geniazo! No; bien se puede decir de V. lo que del sábio de Horacio que aunque se aplaste el universo se quedaria tan sereno entre las ruinas.... ¿Qué exageracion ni qué alforjas de camino, si estuvo á verme antes de ayer el tio Cavila y poco mas ó menos va conforme con mi muger?... Por cierto que el pobre hombre mas arrepentido está de haber entregado su hija á ese tontuelo... hombre, al muchacho de Pedrosa... mas que de haber ofendido á Dios: dice que le ha engañado como á un chino, que le pareció humilde, ingenuo, generoso, humano, compasivo é inclinado al ejercicio de obras virtuosas; pero que ni con cincuenta leguas se apróxima á ninguna de estas cosas; por manera que la pobre muchacha, segun cuenta, está aburrida y dispuesta á cometer un desatino.... ¡Qué lastima!.... Pero voy á ver si debemos recoger ó no, aque-

llos terminillos que tan equivocadamente se creyeron en la faltriquera del hijo de Pedrosa; y despues volveremos á la contienda. El primero fué...

¡Humílde! humildad, &c. &c. Vamos don Tiburcio, ¿le parece á V. que dejemos la difinicion de estas voces? yo no quiero que por una tiñería me zurren la badana, porque tantos hombres hay en el mundo, otros tantos les han declarado guerra, porque dicen que les pega mucho mejor la *soberbia*. V. ve que el que ha de ser humilde necesita saber apreciar las cosas tales como en sí se presenten, bien sea para elogiarlas, bien para compadecerlas y sentirlas si acaso salieran de los límites de la razon: necesita tambien revestirse de un poquito de resignacion, como quien no dice nada, porque fácilmente puede tropezar con un genio diametralmente opuesto, y si careciese de aquel documento no salia yo fiador suyo. Aho-

ra bien? ¿hay, acaso, quien quiera hacer hoy dia un papel tan rídiculo? Lo que es á los paseantés de Prado y Retiro, no vaya V. á hacer semejante propuesta; que yo en viendola verde y con uvas al instante digo esta es parra::: En gracia de Dios he salido algunas tardes á recorrer aquellos parages tan encantadores; con el objeto de hacer algunas observaciones *crítico-mundanas* y::: siempre hallé lo mismo, es decir: figurines muy soplados, doncellas de todos tamaños, casados pertenecientes á cuatro ó cinco establecimientos, viudas muy necesitadas, viejas con eclipse y muy semejantes á los telegrafos; muchos discípulos de Vocaj, infinidad de *matri-parisienses*, y sobre todo un gran número de *mansos*... No es eso señor don Tiburcio, porque ni con ochenta mil varas es pariente de humilde la palabra *manso*. Sí; dígame V. á mí lo que significa, pero me guardaré yo de decir-

selo á V. aunque por ello me ofreciera regalar un *cabri-olé*. Pues como digo de mi cuento en toda aquella zaragata se nota siempre una erguidéz que parece se alimenta con estacas ó asadores, y.... ¿sabe V. á qué lo atribuyo? á dos causas muy fundadas: primera á su soberbia.... bien sea orgullo, tanto vale para hacer ver á V. que allí no hay que buscar humildad; y segunda (vaya esta estocada al género masculino) á los señores corsés y á.... ¿con que no sabia V. que los señoritos, los perfectos lechuginos, y los.... los maricas, que no merecen otro título; se dejarian enterrar vivos primero que salir á la calle sin entrar antes en el cepo? ¡Ay que atrasado está V. de noticias don Ciruelo! Pues poco choca hoy un cuerpecito de esos que llaman de cintura partida y gran *trasero*..... Si es el fuerte, santo varon.....

Si se vá V. á buscar humildad entre la pobreza tambien se llevará chas-

co, porque el caracter nacional solo se aviene bien con la desabridéz y con la altaneria; así es que apenas dió V. *un Dios le socorra* á cualquiera mendigo cuando ya le empieza á rezar una letanía sin Kiries porque cuanto antes le saque el Señor de este valle de lágrimas... Pero ¿á qué molestarnos en buscar lo que no hay? Sirva de prueba, don Tiburcio, que un maldito estrangero hablando de nuestra nacion dice despues de otras tonterías: *El orgullo español es tal que ha pasado á proverbio*, y.... nos honra su merced aunque no fué tan sana su intencion.

¡*Ingenuo*! Ingenuidad, &c. &c. voy en un santiamen á descorazonar al hombre, don Tiburcio, y así precisamente aclararemos el sentido de todas esas voces tan rutinarias en el dia; porque suponiendo por un momento que el corazon habla, piensa, obra, y que finalmente está dotado de todas las facultades intelectuales, tiene

opcion á los bienes quedados por fallecimiento del *Ingenuo*; y el hombre por sí solo entrará tambien en el litis proponiendo desde luego el derecho que le asista para disputar la posesion que hasta ahora ha disfrutado sin impedimento, aunque en mi entender fraudulentamente.

Será ingenuo aquel hombre que ademas de que en todas sus operaciones marcha con sinceridad y franqueza, su lengua no pronuncia mas ni menos que lo que ejecuta, y lo mismo mismísmo que le dicta su propio corazon: me explicaré. Si yo cumplo cuanto verbalmente prometí, si separado de toda ficcion, aun contra mí mismo confieso mis propios defectos pasados y presentes; si conceptuandome incapáz de prestar un servicio que un semejante reclama de mí, en opuesta creencia, le desengaño haciéndole ver su error y mi imposibilidad; claro está que este proceder es hijo de una ver-

dadera ingenuidad. Mas si falto á mis ofertas, obro en oposicion á todo cuanto digo, y por darme importancia ó llevado del interés.... *aquí está lo que abre el ojo*, don Tiburcio, supongo valimento que no tengo; á Dios ingenuidad, se la llevó la trampa. Ahora bien: oiga V. hasta que se canse á los hombres sean de cualquier clase, edad y circunstancias, vea sus obras, y si corresponden una sola vez con las palabras le ofrezco á V. para el primer sorteo de grandes premios de la *Lotería* moderna, el *mayor* y... pero no que se volvería V. loco tambien, y tendriamos este loco mas quedándome yo solo cuerdo en el mundo.

Esto supuesto debemos convenir en que siendo el hombre el que habla, y el corazon el que convida á obrar al contrario de lo que aquel prometió, no hay ingenuidad en el primero; y en el segundo, sobre no hallarse tampoco, es digno de que se le

imponga perpetuo silencio, y se le declare sin derecho habiente á tan preciosos títulos por traidor, falso y ratero.... ¿El qué? ¿en los casados? ¡Santa Bárbara bendita! á buen cepillo fué V. á echar limosna. Pídales cuenta de sus trapisondas, y se desengañará de que el olmo no puede dar peras.

Entre marido y muger
La mentira y el engaño
Todos los dias del año
Tienen bastante que hacer.
¡Lo qué has tardado en volver!
Le dice la muy taimada...;
Muger, no me digas nada
Porque vengo tan cansado!!!!
Y... tú di::: ¿dónde has estado?
¿Yo? aquí en el sofá sentada.
Mire V. que zanganada
Don Tiburcio; pues yo sé
Que ella estuvo en un Café
Y... lindamente obsequiada.
En él hay otra embudada.

Que no es menos garrafal:
Le ví salir de un portal
Haciendo tales extremos!!!
Vaya::: un polvo, y... descansemos
Que el asunto va formal.

Hoy sopla, amigo mio; se conoce que esperan las musas percibir su cuantaque en el abintestato del difunto *ingenuo.* Ya se vé, no hay acreedores, parientes, ni herederos, ni cosa que lo valga, á mostrencos *me fecit* y.... de la agua vertida la mitad cogida: ¡en buenas manos entró el pandero! ¡pobre ingenuidad! qué mal has sabido aprovechar el tiempo. Dejémosla ya como cosa perdida, don Tiburcio, que yo no hallo medio por donde pudieran sacar la cabeza el hombre ni su corazon, *que tan bueno es Pedro como su compañero*: y vamos á otro punto.

¡Generoso! generosidad, &c. &c. Mire V. qué monas son estas voces

y::: tenga V. paciencia, don Tiburcio, que de repente se me ha puesto un dolor en la barriga, y me obliga á hacer la *rosca del galgo*::: Apuesto que están inficionadas... ay... ya se me vá pa::: san::: do::· ¡Qué diantre! con qué fuerza me acometió.

Este ha sido sin duda un castigo visible del Altísimo, porque como yo iba á negar absolutamente el valor de aquellas voces, y él se ha mostrado en todos tiempos y circunstancias tan generoso con los miserables mortales, quiso por este medio hacerme conocer el digno aprecio y veneracion debidos á su *generosidad.* Lo conozco, don Tiburcio; pero ya sabe V. que solo hablo de tejas á abajo; guardando aquel respeto y admiracion que me inspira la grandiosa extructura del Universo, y todo lo que es obra del Ser Supremo.

A esos entes que cada instante están tirándola de generosos, cuando

consentirian ir emplumados antes que invertir un cuarto en una obra laudable y piadosa. A esos entes que moririan de repente si un compromiso inevitable les precisára á sacrificar veinte reales en obsequio de la humanidad desvalida: á esos entes desnaturalizados que::: Sí don Tiburcio, á esos se dirije el registro en comision de la palabra *generoso*. El hombre que lo sea, ha de sacrificar en ocasion oportuna sus propios intereses y su vida si fuese necesario en beneficio de un amigo, de un hermano, de un pariente y de un desgraciado cuya existencia peligré entre los reveses de la fortúna ó vicisitudes de los tiempos. Socorrer las urgentes necesidades, perdonar las ofensas que nos hayan hecho, y cooperar por todos los medios á la felicidad pública ¡qué objeto tan grandioso y tan propio para manifestar la generosidad! pero::: Ya en este caso tiene V. razon. Claro está que

todos son generosos cuando se trata de dar gusto á las pasiones; y aun diré mas, habrá quien se quede sin comer mas de dos dias por no dejar de ser generoso alimentando sus vicios. Pero, amigo mio, esta generosidad échela V. en sal, que yo por mí la renuncio desde ahora.

— *¡Humano!* humanidad, &c. &c. Estas voces al oido y aun á los ojos son muy parecidas al humo, pues tambien hacen saltar las lágrimas lo mismo que éste si se fija la atencion en ellas. Apuesto, don Tiburcio, á que son de una misma casta algo degenerada: ¿no es verdad? Observe V. su categoría: el humo, por ejemplo, vá separándose poco á poco del agente que le produce, se eleva por grados, se oculta á nuestra vista y despues::: Dios guarde á V. muchos años que aquel pajaro ya voló... Y... lo que real y verdaderamente se entiende por humano ¿qué hace? lo mismito; con la dife-

rencia de que éste sale de entre los agentes que le publican con mucha velocidad, huye como azorado por los aires, y es de una constitucion tan imperceptible y desconocida entre los hombres que ni alcanzan á distinguirle por inmediata que esté á ellos la ocasion de::: verle. De aquí es que se adviertan con tanta frecuencia tropelías, atrocidades, asesinatos, castigos injustos y::: un gusto particular en ver como se dá azotes en trasero ageno, porque es cosa mas natural reirse del mal del prógimo que compadecerle cuando no se le puede dar ningun socorro. ¡Dichosa humanidad! que te hacen servir de dominguillo en desprecio de las preciosidades que te adornan. ¿Cómo quiere V., don Tiburcio, que yo crea que hay humanidad en los hombres, cuando el que menos pone de su parte cuantos esfuerzos le sugiere su detestable inclinacion por ver si consigue arruinar á

su semejante? Descuídese V. no haya algunos que quieran sorberse el mundo como si fuera un huevo, porque nadie les disputára el *señorío* ::: No; pues malo será que yo me engañe::: Sí señor; háy entes tan depravados que si les fuera posible se beberian la sangre de tres ó cuatro millones de hombres y... no por eso se les conoceria en la bárriga, porque no sé donde esconden tanta gazofía; que por mas que engullen siempre están tan escurridos como punta de tenedor::: Ande V. que como se suele decir: *No hay bien ni mal, que dure cien años*, y dejémonos de humanidad.

¡Compas-ivo! Valiente camueso seria el inventor de esta voz; no puede menos que le hirvieran los seos con tanto discurrir. Ahí donde V. la vé tan campanuda y tan peripatética es solamente un triste compuesto de la palabra *compás*, y del verbo latino *eo-is* que significa ir. ¿está V.? No, y en par-

te nó se explicó mal su merced, porque figurando las patas del hombre un compás con la pequeña añadidura del *ivo*, quiso decir que todo fiel cristiano era un compas *iente* ó ambulante para que V. no se confunda don Tiburcio, y.... ¡ya se vé! no fué viage perdido.... ¡Jesus qué desatino! ¿del verbo compadecer queria V. sacarle? Por la Vírgen Santísima buen hombre, pues si hace mas de diez y ocho siglos que ahorcaron al tal verbo... Por eso hace muy mal en replicarme sin conocimiento de antecedentes. Pues, sí señor, le ahorcaron al pobrecito, y ya se vé, todos sus descendientes por no verse cubiertos de infamia tomaron el pendingue mientras que el padre estaba en capilla, y ajuste V. la cuenta... vaya; vaya pues no queria V. darle mala etimología á nuestro *Compas-ivo*, ¡Hijo mio de mi alma! qué progenitores tan ilustres te querian aplicar. No, señor, no: lo que

no quieras para tí, no quieras para nadie; bastante contento estará cualquiera con que se le diga V. es un *compás ambulante*; que es su propia significacion; y dejemos genealogías que huelen á brageta de verdugo... ¡No faltaba mas!... Dale bola. Hombre no se cómo demonios defiende V. semejante cosa; sucede una muerte, un robo, un incendio, una desgracia en personas ó intereses, un... cualquiera cosa, que para el caso basta lo dicho; y no oye V. por todas partes mas que *me alegro = bien merecido lo tiene = mas vale que caiga ahí que en otra parte = bastante mal lo ganó = demasiado poco ha sido = el pellejo le habian de haber vuelto al revés* y::: así á este tenor. ¿Es esta compasion? ni compasivo, ni compadecer, ni... déjeme V. en paz que me salgo de mis casillas cuando el hombre no cede á la razon... Y digo bien: no señor, no por eso dejamos de ser amigos por-

que cuando moro moro, y cuando cristiano cristiano; pero convengamos en que el hombre es compás ambulante y nada mas, ¿se conforma V.? bueno.

¡Amigo! amistad, &c. &c. Buena gente lleva el Conde si no se le *es-Conde*: las voces estas no pueden ser mas dulces ni mas expresivas, y yo he de decir la verdad aunque sea contra mí mismo, don Tiburcio. O no entiendo castellano, ó en mi concepto nos vamos á ver en la precision de dar tambien un corte en la difinicion de ellas, porque hay un proverbio que dice: de *dineros y amistad, quita siempre la mitad*; pero V. repare que esto se decia *in illo tempore*, y que hoy ya debemos nosotros cercenar tambien esa mitad de amistad que dejaban los antiguos. ¿Qué duda tiene? En todas las cosas sucede lo mismo; de chupas, hemos dejado chaquetas, de levitas petis, y de camisas camisolines; porque está mas decente y es mas eco-

nómico. La verdadera amistad, si yo he cogido bien la idea de ella, es de tal naturaleza que une las almas entre sí de una manera tan estable, que ni el orígen de la mas adversa suerte, ni el brillo del mas superior ensalzamiento, pueden deshacer los sagrados nudos que ella forma: es hermana de la simpatía, prima de la condescendencia, parienta por todos cuatro costados de la sinceridad. Establecida entre dos seres, no parece sino que ella es el absoluto y principal movil de sus operaciones; tanto que para mí solo quedarán caracterizados por máquinas movibles á voluntad y merced de aquella señora, sin que jamas se note la mas leve oposicion de uno á otro... Malas propiedades son estas para el gusto del presente siglo, don Tiburcio... ¿No ha oido V. decir con mucha frecuencia que no hay mejor *amigo* que llevar un duro en el bolsillo? ¿No ha oido decir tambien

que el mejor amigo dá mayor petardo? Y no venga V. ahora con que si son estos ó dejan de ser dicharachos insignificantes, porque cuando el rio suena agua lleva: seguro estoy yo que una larga experiencia es la que aborta tales sentenciotas, que á no ser así nadie se devanaría los sesos para buscarlas. Es claro: si estamos viendo diariamente convertida la voz amistad en una conocida especulacion, y que tan luego como ésta llena sus miras, aquella se destruye, y sin llenarlas si el sugeto á quien se le vendía dá por casualidad un tropezon que baja rodando las escaleras. Yo confieso con ingenuidad que nada habria en el mundo tan interesante y útil como un amigo verdadero si se encontrára; pero con la misma franqueza aseguro que es física y moralmente imposible semejante hallazgo... ¿Por qué? ¡Rara pregunta! *¿Por qué no juega V....? porque no tengo con qué.* Que cerril es V.,

don Tiburcio; ¿no ha convenido ya en que el hombre no conserva toda esa multitud de prendas á las que hemos pasado revista y que son inseparables de la amistad? Luego mal pudiera existir ésta faltando aquellas.... Sí lo sé hombre, no se apure V., vaya que quien le oyera diria que tenia razon. Fastidiadísimo estoy de oir, fulano es amigo mio, zutano y mengano se profesan mucha amistad; pero hijo mio, esto en sustancia es... nada. Válgase V. de un tal resorte á fin de que se empeñe con el otro para cualquier negocio, y prescindiendo de que el protector de V. tome el asunto con el mismo interés que si fuese suyo, como tambien que el obstáculo que se intenta vencer esté en las atribuciones de su amigo, no solo desconfio sino que niego el buen exito, á menos que no haya aquello de *escudos.... ojos....* &c. porque ya vé V. es menester *corresponder para si se ofre-*

ce otra vez, como quien dice; *al amigo ni al caballo no cansarlo* ¡Oh! don Tiburcio; á perro viejo no hay tus tus. Por lo mismo le digo á V. que no crea en amigos, porque el mejor la pega á la sombra de un huevo; y baste de doctrina.

Volvamos ahora al tio Cavila, ya que él fué la causa de que dejáramos la conversacion de los ruidosos acontecimientos matrimoniales del dia. El creyó hallar en su yerno humildad, ingenuidad, generosidad, humanidad, compasion, y.... inclinacion á la virtud. Se equivocó de medio á medio. ¡A cuántos suegros les sucede lo mismo! ¡Desgraciada juventud! ¡Infeliz, encantadora y bella porcion del género humano! Tú que al parecer haces las delicias de nuestra vida, tú cuya dulzura y amabilidad es capáz de conmover los corazones mas insensibles, tú que eres el principal resorte que dirige nuestra máquina, ¿qué galar-

don recibes en recompensa de tan apreciables cualidades? Un yugo escandaloso y cruel, un tratamiento bárbaro, y una suerte dura y llena de insoportables desgracias, sin esperanza de que llegue el dia en que se sepa apreciar tu singular mérito ni el realce é influencia que estás dando al trato social. Veo en cada esposo, si no un verdugo, que en llamárselo a muchos no aventuriamos la idea, á lo menos un ente feroz y desagradecido que cifra su placer en atormentar á la infeliz víctima que eligió por compañera, como queriendo ser un árbitro de esta desgraciada para que se someta á todos sus caprichos, sufra, calle y obedezca cual si fuera mula de alquiler. No le basta imponer y obtener de ella un respeto y una humillacion sin límites, sino que en medio de sus continuos extrávios, entregado á todo género de vicios, dando fin del caudal en juegos y correrías, quieren que

por fuerza se muestre complaciente, y que apruebe todos sus desórdenes.... ¡Ah! ¡si con esto hubiese paz!... El bello sexo está dotado de propiedades excelentes si nosotros supieramos conducirle: él conoce, que no puede ser feliz sin ganar la voluntad del masculino, y por lo mismo se esmera en complacerle: los preceptos que éste le impone les mira como sagrados, y atento en observar el mejor medio de agradarle emplea mil graciosidades y agudezas por atraerle á su cariño, contentándose con el pequeño sacrificio de que se le dirija una mirada halagüeña. ¿Qué mas podeis exigir hombres imprudentes?... Dos hijas tengo, don Tiburcio, su voluntad en la eleccion de estado será respetada y en ninguna manera coartada por mí: pero le aseguro á V. á fé de amigo, que si se inclinan al matrimonio, el dia que reciban este sacramento, será para mí dia de luto y de dolor al considerar

su suerte futura. Ya vé V. las consecuencias de los que acaban de efectuarse....

Donde hay patron no manda marinero. Señor yerno, le diria yo, ¿se conceptua V. autorizado con esta frasecita para ingerirse en árbitro de la voluntad, bienes y vida de mi hija? ¿Sabe V. por ventura hasta qué límites se extienden sus facultades? ¿Conoce las obligaciones en que está constituido? ¿Sabe á cuánta distancia de su esposa lo colocan á V. las leyes divinas y humanas? ¿Sabe qué autoridad es la que le conceden? Pues sepa no hay mas patron ni mas marinero que la razon. Si la esposa cumple con las obligaciones que le son propias no hay necesidad de dictarla leyes que ninguna falta hacen á quien desempeña su deber. Si ella vé en V. extravios que le pueden perjudicar así como á sus hijos, está plenamente autorizada para reconvenirle, señor mio, porque

comercian Vms. á medias y no puede mirar la una parte con indiferencia, que por la mala direccion de la otra suceda una bancarrota que les dejará por puertas. La Iglesia le dá á V. una muger, no para que la trate como esclava, sino para que le sirva de compañera en el infortunio y en la felicidad; para que comparta con ella las satisfacciones y los disgustos que alternativamente y á cada paso nos presenta la vida; para que le asista en sus enfermedades como la mas interesada en la salud y conservacion de V., y para que:: pero ¡ah! demasiado esclavas son las infelices, puesto que con la mayor docilidad se someten á nuestros mandatos, y se privan de placeres y diversiones que nosotros tratamos de buscar ilicitamente con el mayor ahinco. ¡Y ¡todavia ingratos! Si, don Tiburcio. ¿Pero qué se puede esperar de locos? locuras.... ¿Qué las defiendo? es claro; ¿y qué me quiere V. decir con eso?

Bien: aquello lo decia por las muchas malas que hay, y esto lo digo por las medianas, porque buenas enteramente ya yo sé que no existen; si están locas tambien como los hombres:::: Deje V. que ya las clasificaremos á su debido tiempo, sin embargo de lo dicho.

¡A una misa nos casamos!
¡Tanto me soy yo como tú!

Por mas que me doy de testeradas en construir el verdadero sentido de las dos frases antecedentes, encuentro que solo pueden ser aplicables al género femenino, que como mas débil no sabe ó no halla otro medio de hacer la guerra sino con palabras. Nunca alabaré yo que la muger se muestre orgullosa cuando vé á su marido inquieto sea con fundamento ó sin él, porque al buen callar le llaman Sancho, y es muy puesto en razon que cada cual ceda un poco de su dere-

cho: á mas de que es preciso conceder que mas alcanza la prudencia que el desacato; pero me persuado que estas tigeretas ó las originó un pique demasiado acalorado, y en este caso aparecen como insultantes, ó son hijas de la ignorancia ó fatuidéz, y entonces en lugar de dar pábulo á la desazon, el hombre sensato las mira con el mayor desprecio. No puedo convenir en que una muger regular y de un mediano talento quisiera labrar su desgracia á costa de voces tan pobres y ruines..., pero malo es que se empiece.

¡Para lo que tú trajiste! Mire V. por donde se apea el muchacho, don Tibucio: señorito, cuando V. se dirigió por principios á conquistar la plaza ¿para qué no entró con los mismos fueros á ver si por miedo se la rendia? ¿ó llevaba V. ya su plan de composicion que no era conveniente descubrir por entonces? Bravo: así me

gusta á mí que los hombres engañen á raja tabla, que de este modo veremos si hay quien me dispute el campo: Con que hasta conseguir mentir: ¿es esto? bendita sea tal moral y la madre que la parió. No don Tiburcio, eso ya pasa de raya, y es preciso que el hombre sea infame por activa y por pasiva para producirse con tal vileza. Unale la ilusion á su esposa ó cualesquiera de las muchas miras que el hombre es capáz de concebir al decidirse en la eleccion de ella, por su propio honor debe guardarla consecuencia, y nunca atormentarla con recuerdos demasiado sensibles para un corazon noble. El ser pobre no infama á nadie, porque no hay quien contraríe el órden de las cosas, ni someta la fortuna á sus caprichos ni aun á su talento y virtud. Harto querria una buena esposa tapar la boca en tales ocasiones á su marido con ponerle á su disposicion en el acto un cau-

dal doble que el que él llama suyo; pero ¿la quedan otros recursos que el deseo? Ah ¡amigo mio! y qué de males, qué de disturbios son consiguientes á los matrimonios cuando no hay un medio proporcional entre los contrayentes. Y... No crea V. que yo doy á esta regla de proporcion la preferencia, no señor, al contrario cambiaría siempre cualidades por intereses, despreciando éstos por aquellas; pero como hoy todo se hace por especulacion ::: ¿Con qué te casas?-- Sí amigo: ¿Y qué tal la novia? Vieja y fea pero con pesetas y... la cuenta que yo me he hecho: con un cedazo viejo compraré uno nuevo y Santas Pascuas. ¿Quién vive? don dinero: abance el comandante y déjese de cumplimientos. Jóvenes locas: conoced una vez vuestros derechos, no saqueis jamas de la nada á quien luego ha de ser cuchillo para heriros el pecho; y los que quieran comer hacienda de sue-

gros que se hagan primero acreedores á la estimacion de las hijas, descubriendo prendas nada equívocas de su probidad y juicio, pero que sea antes de que os llamen suyas. Me direis que al principio todos son ó aparentan ser excelentes; algo hay aquí de exageracion. La pasion os encubre sus defectos, y la locura de algunas llega hasta el extremo de verles obrar mal y disculparles só color de efectos de un amor entusiasta. Haced alguna resistencia á las flechas de Cupido, disimulad algo la gana que teneis de casaros: sed imparciales en el exámen, y apurad cuanto sea posible la conducta pasada y presente del aspirante, y vereis como lo que teniais por canario es un *buho* con hocico de demonio... No diga V. mas, don Tiburcio, ya yo sé que las señoras mugeres atacan por el mismo flanco al hombre cuando la tortilla está al revés; pero se lo digo á V. para que lo entiendan

ellas. Por eso yo haria con infinito placer la felicidad de una muger honesta y pobre si la suerte me llega á tender sus brazos, y nunca sucumbiré á que ella me la haga á mí, que yo tengo mis motivos para pensar así; cada uno se entiende. Pero convengamos en que los males que origina la desigualdad en los matrimonios son incalculables, y que en un siglo, en que se desconocen los principios del honor, si aquella es mucha, no arriendo la ganancia á ninguno de ellos. Bien que no nació ayer el interés de los matrimonios, don Tiburcio, porque ya hace dias que dijo un amigo que entendia de esto.

"*Sur l'argent, c'est tout dire, on*
est déja d'accord.
Ton beau pere futur vuide son coffre
fort.
Et déja le Notaire a, d'un stile ener-
gique,

Griffonné de ton joug l'instrument
authentique!"

V. no entenderá ese galimatias ¿eh? yo tampoco; pero oiga V. como la traduce mi doncella que estuvo dos meses sirviendo á un francés.

Cuanto al dinero, que es lo que se
busca,
Todo corriente está, segun me han
dicho,
El suegro os tendrá ya los patacones
Muy bien contados, y un notario activo
Los esponsales en solemne forma
Sin perdida de tiempo habrá extendido.

¿Qué si lo hace bien?... ¡Si es una muchacha que vale un imperio! Cada vez estoy mas contento con ella, porque al momento saca á cualquiera de un apuro. Vea V., si no por ella, ni V. ni yo sabriamos lo que queria decir aquel francés con su gerigonza.

Bien dicen que no hay cosa como.... todo lo demas es una tontería.

En mi casa me estába, gran tunante, no haberme buscado. Mire V. don Tiburcio, aquí voy á echar una peluca á las mugeres, y no es por el huevo sino por el fuero. Si omitieran eso del gran unido al adjetivo *tunante* de su oracion pase; pero eso de insultos poco á poco que por la boca muere el pez, y no hay que extrañar que las tales expresioncitas les cueste un silletazo en caliente, porque eso va en encarnaduras. Una cosa es que se defiendan con la pelada cuando la razon se lo ordene, y otra que lo echen por las de pavías; y si se las dejára á rienda suelta, harian lo que el tonto de Coria, que por no pedir las cosas á su dueño, se tomaba la molestia de agarrarlas sin contar con nadie. ¡Vaya una tontuna!

Bien, vaya V. con Dios; pero que procure indagar esas ocurrencias, y

vuelva V. á contarme lo que haya, porque no descansaré hasta saberlo, y ya vé que estamos cabalmente en el asunto de que se trata... ¡pues pudieramos no estarlo! me rió yo de tales sentencias; ya, ya tiene pelos el cuento, don Tiburcio; agur.

El Mundo

TAL COMO ES,

Ó TODOS LOCOS.

Por Don Pedro

Martinez Lopez.

N. V.

MADRID:

POR LA HIJA DE D. FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,

Impresor de Cámara de S. M.

1829.

Véndese con los anteriores en las librerías de *Novillo*, calle de la Concepcion Gerónima, de *Perez*, en la de Carretas, y de *Amposta*, calle del Príncipe números 5 y 6, á dos reales cada uno.

EL MUNDO TAL COMO ES,

Ó TODOS LOCOS.

Locos de solteros,
Locos de casados,
Locos rematados
Con hijos y nietos:
Palo pues á todos,
Y no han de valer
Dignidad, poder,
Fueros ni respetos.

Eso y mucho mas ya me lo sabia yo antes que V. se acordára de venir á verme. Es un dolor, don Tiburcio, y no sé por qué razon se hace la vista gorda en semejantes casos. Pues qué ¿es por ventura el matrimonio algun juego de niños? ¿Les parece á esos trastos que no hay mas

tio páseme el rio, que hoy me caso, y mañana me canso y me separo? Sin duda será así, cuando en tan corto tiempo como el que ha mediado desde que estuvimos en las bodas ya no se oye hablar mas que de divorcios, separaciones políticas, enemistades familiares, y botaratadas de esta naturaleza. Sostenga V. ahora tambien que soy severo, que exagero y que todo lo hago igual... ¡Ah! ¿con que ya cayó V. de su asno eh? me alegro: mire V. que cosa que se me ponga á mi aquí... no falla. Si yo conozco mucho á los hombres, si sé sus inconsecuencias y raterías tan bien como cualquiera: si..... Pero suspendamos este asunto para luego, que aun cuando no deje de serme sensible en extremo, todavía tengo otro acá dentro que me hace mas cosquillas.

¿Qué ha oido V. acerca del aprecio, ó del modo con que ha recibido el público sus primeros números?....

No; sea V. ingenuo... Pues yo todo lo contrario, y si no el tiempo lo dirá. Mucho será que al descuido con cuidado no nos planchen la ropa, porque el tratar con locos no deja de ser expuesto, y esta clase de gentes tarde ó temprano hacen una de las suyas. V. por supuesto que nada habrá oido por ese mundo; pero, amigo mio, yo no me duermo en las pajas; y si no pregunte, pregunte á mi doncella el cisco que se ha movido: ¡friolera!... no, y le aseguro á V. que me servirá de gobierno. ¡Para el tonto que estuviera fuera de su casa en anocheciendo! Qué ¿se asusta V.? entonces lo dejaremos, que yo sabré ponerme la capa segun venga el aire y... Bueno, si quiere vivir prevenido préstame V. atencion por un momento.

Pues señor, mi doncella, que como V. sabe las caza en el aire, pasaba dias atrás por una calle, y la santa curiosidad la hizo aplicar el oido á la

conversacion que tenian unos seis ó siete *hombres de capa* á la puerta de una librería, en la cual se trataba nada menos que del papelito del *Mundo tal como es*. Los insultos, las blasfemias y las invectivas que vomitaban contra el miserable don Tiburcio que anda en él, dice la muchacha que no se podian oir sin escandalizarse; y por remate de fiesta se convenció de que á buena cuenta intentaban darle una buena felpa para hacerle ver que él es el *loco* y no los demas... Y si el daño se limitára á V. solo, que tiene la culpa de todo, vaya con mil santos; pero lo malo es que me alcanzará á mí. Verdad es que no creen que yo tenga parte en este proyecto; mas como todo el pueblo sabe nuestra amistad; y cabalmente estos dias siempre nos ven juntos... Á lo menos el susto y un continuo sobresalto no me lo quitará V. ni nadie. Nada menos que esta mañana vino

mi señor barbero á afeitarme; y ya se vé como los de esta facultad son corredores de noticias y novelerías le pregunte inocentemente qué se decia por fuera; pero, amigo, á la primera palabra me metió la espada hasta la guarnicion, porque con cierto aire de importancia, y queriendo echarla de sabiondo, me dijo: "*hoy no se habla mas que de ese papelucho de un tal don Tiburcio....*" Perdone V. le replique yo; ese es un error muy trascendental, no hay tal don Tiburcio, á quien pudieramos colgar el milagro, porque el pobre hombre es solamente un amigo del.... ¿Y aún se atreve V. á defenderle? pues yo á él culpo aun mas que al autor; y le juro por estos cinco, que al uno y al otro, y al otro y al uno como fueran *parroquianos mios*, no tardaba mucho en sacarle las agallas.... ¡Atiza! ¿Y le parece á V. que yo tuve espíritu para replicarle? un domonio: ni

tampoco me acuerdo haber visto mas de cerca la muerte en todos los dias de mi vida, porque cabalmente cuando estaba tan furioso con estas amenazas, andaba su navaja en mi garganta. ¡Canario, si él hubiera sabido con quien hablaba!... Déjeme V. que aun me tiemblan las carnes, con solo acordarme de semejante escena. ¿Sabe V. lo que hice? le pagué el mes, le despedí poniendo por pretexto mi pronta ausencia, y ofreciéndole que caso de mudar de intencion le pasaria recado, y al avío; porque de los enemigos los menos... ¡Ah! ya lo creo que es bueno estar advertido contra las avenidas; pero yo no sé qué clase de armas hemos de elegir para defendernos; V. no sabe tirar al florete ni manejar la espada, uno de los puntos principales que exige la buena educacion del dia, porque nuestros padres fueron tan sandios que descuidaron la escuela de enseñarnos á ma-

tar; y ya vé V. que si nos retan á un duelo no hay mas remedio que dar la pelleja por el honorcillo::: ¿Qué garrote ni que calabaza? no señor. Yo he oido decir que en estos casos se le concede al retado la eleccion de armas, y si me ponen en tal apuro, lo que hago es proponer que me conformo en satisfacer agravios, pero con la precisa condicion de que mi contrario y yo nos hemos de sentar sobre un barril de cinco arrobas de pólvora, y luego que los padrinos nos hayan amarrado bien á él, le han de poner fuego y... firmes, verá V. como así en un decir Jesus el ofendido y él ofensor vuelan juntitos á cenar con Cristo: y se acaban de una vez resentimientos y disensiones. Es fuerte cosa que siempre hemos de estar en un continuo choque unos con otros, y si se vá á buscar la causa, apenas podriamos hallarla. Mire V. el barberito que buenas explicaderas tenia: ya

se vé, de esta gentecilla::: ¡Ah, don Tiburcio, qué libres podiamos estar de estos sofocos, si V. hubiera sabido conducirse! Pero lo peor es que se ha comprometido V. y me ha comprometido á mí, poniéndome en la precision de llevar adelante una empresa que nos ha de costar azotes á buen librar, porque el que es loco no puede ser agradecido, ni imparcial, ni justo, ni formal en sus tratos, ni constante en sus empeños, ni consecuente con sus semejantes: es así qué á todos los declaramos tocados de aquella manía, conque ya vé V. qué resultado podemos esperar de nuestra empresa... Vamos ahora recorriendo esos adjetivos que hemos indicado, y despues continuaremos nuestras observaciones que por el hilo se saca el ovillo. Sea el primero

¡Agradecido! agradecer, agradecimiento, &c. &c. Á cada paso un tropiezo, don Tiburcio, bien dicen

que quien guarda halla. Si cuando nosotros despojamos al *desinterés* de la primera sílaba la hubieramos puesto en conserva, veria V. como ahora no teniamos que pedir prestado al vecino. A buen seguro que aquí nos venia como de molde; pero no hay que darle vueltas; no nos queda otro recurso mas que contarle entre los muertos. Este *agradecimiento* me huele á mí, así como á una buena voluntad que se contrae en favor de aquel de quien hemos recibido un beneficio, el que, cuando no podemos recompensar como quisieramos, nos hace conservar un deseo interior de reconocimiento, por el cual miramos al bienhechor con mas aprecio é interés que á los demas hombres. Si este, pues, es su verdadero sentido, ya puede V. llevar el agradecimiento á la Y... griega, don Tiburcio, porque aun cuando estuvieramos hasta el año que viene no despachariamos un adar-

me. Me persuado que segun el genial de V. no habrá dejado de hacer mil y mil favores en todas épocas y circunstancias, porque gracias á Dios siempre se ha visto con medios para socorrer al prógimo. Y bien: ¿ha hallado V. algo de agradecimiento?.... Toma, lo que es buenas palabras y cortesías, mucha cosa. Yo lo que busco obras, obras: pero nada de eso: y aun hay mas; que muchos despues que recibieron un favor con cualquier falso pretexto se declaran enemigos irreconciliables de su bienhechor para sacudir la obligacion en que están, y echarse de encima el peso del agrademiento. Es regla general, y muy conocida ya, que el hombre solo abate su orgullo mientras espera sacar alguna ventaja por este medio; pero una vez adquirida vuelve inmediatamente á recobrarle aumentándolo hasta aquel grado que cree propio de la altura en que le puso el favor reci-

bido y el mismo favorecido, y para desquitarse con usuras de aquella humillacion que le parece haber sufrido. Esto sí que se llama saber jugar al *tira* y *afloja*, don Tiburcio.... Yo no sé qué enlace ha formado la sociedad y aun la misma naturaleza entre los hombres, que nos ha puesto en la precision de necesitarnos unos á otros, y de tal manera que el hombre mas poderoso y mas infeliz, entre quienes parece no puede haber relacion alguna, tarde que temprano tienen que prestarse servicios mutuamente, y aun bien mirado, no puede existir el uno sin el otro.

No se me oculta que muchos de estos servicios se prestan á veces solo por forzosos respetos, por recíprocos intereses ó por mal entendidos miramientos y débiles condescendencias, y por consiguiente parece que en tales casos pierden de su valor;

pero hágase el milagro, &c. Los agraciados á favorecidos contraen una obligacion terminante, que les precisa á demostrar su agradecimiento en cuantas ocasiones se les presenten; pues no es causa suficiente el que sus protectores les sirvieran por miras particulares, para que ellos dejen de apreciar el favor y á quien lo dispensa, y para que se desentiendan de la preciosa calidad de agradecidos. Si se observará esta máxima, don Tiburcio, todavía podiamos contar con algo bueno, porque pronto vendria á establecerse entre nosotros la *generosidad*; pues al hombre que hizo un favor, nada le prepara y estímula á repetir otros como el ver la gratitud que se muestra por el primero. Pero en estos tiempos no hay que esperar tal cosa; pues no se vé á cada paso mas que, militares (1) favorecidos

(1) En ésta y demas clases hay muchos sugetos dignos de todo elogio y estimacion;

sin merecerlo, empleados en candelero que debieran estar cabando viñas, abogados abrumados de pleitos que no han visto mas leyes que las de Toro, escribanos cargados de expedientes y negocios que no saben que quiere decir traslado, Galenos con gran crédito autorizados para acabar con la especie humana, sin haber leido un aforismo. Ministros de Dios con pingües prebendas que con su ignorancia y desarreglada conducta estan dando pábulo á la murmuracion y á sospechas y declamaciones que mancillan la pureza de nuestra religion; pues todos estos al instante que se ven en el rango que no podian esperar, léjos de manifestarse contentos y agradecidos, no hacen mas que murmurar y pujar contra los que están un poquito mas arriba, y contra los mismos superiores que los han co-

y el autor respeta su conocida probidad. Habla contra los malos, si acaso hubiere alguno.

locado, por la ambicion de subir un escaloncito mas. ¿No es esto lo que pasa con demasiada frecuencia, don Tiburcio? ¿no son estos los hombres de nuestro siglo? ¿y no son estos locos? Pues mire V. que aquí no solo hay locura de parte de los que reciben, sino tambien de los que dán. Si volvemos la cabeza á los casados, tambien nos va á dar chasco el agradecimiento, porque si entre ellos existiera veriamos á muchos mas felices que lo que son. Con frecuencia estamos notando las especulaciones que los hombres hacen en esta clase de contratos, siempre con la idea de asegurar su subsistencia en el caudal de una infeliz huérfana, viuda ó soltera tonta; y que despues de conseguidos sus fines, no solamente se olvidan de lo que fueron, y de que su esposa le sacó de la nada, sino que la insultan, la maltratan y aun no están contentos, despues de haberle bebido la san-

gre. ¿Es este modo de agradecer? Pues amigo mio mas clarito no lo canta un papagayo: V. fie si quiere en el agradecimiento, que yo por mi parte no puedo menos de desterrar á éste y á todos sus compuestos.

¡Imparcial! imparcialidad, &c.&c. Don Tiburcio, ¿sabè V. que las dichosas voces me ponen de un humor del diablo? ¡Qué miserables son nuestros propositos! Ya se acordará V. de que, cuando dividimos el *juicio*, hice voto de no pedir ni demandar en justicia, y vea V. por qué casualidad me tengo que arrepentir de semejante proposito... No se acalore V. hombre; pues ¿no considera que aun cuando conceptuemos de poca importancia el valor de la *imparcialidad* entre la mayor parte de los hombres, respecto á sus decisiones privadas, es muy esencial buscarla en las públicas que diariamente pronuncian los señores Jueces? ¿Qué duda tiene? pero yo difi-

culto que podamos dar con ella; mas si tuvieremos la dicha de encontrarla le prometo á V. que la hemos de obsequiar de lo lindo. Yo quisiera que la necesidad no me hubiera puesto en el caso de tener que matar las liendres á una gente tan respetable como son los ministros de Astrea, porque su poder es demasiado notorio, y me hace temblar solo el recuerdo de aquella ley exterminadora *sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas;* pero como todas mis estocadas van dirigidas á los que las merecen, no hay que temer que se resienta de ellas ninguno en particular, y menos el hombre de bien. Los códigos civil y criminal, segun lo dicen letras de molde, están muy conformes con el derecho natural y de gentes: los Jueces se arreglan á ellos y obran segun ellos; luego la imparcialidad no debe estar muy léjos. Demos otra mano á ver si salta. Supongamos que los Jue-

ces se ajustan á las leyes, y que no exceden los límites que ellas prescriben; pero demasiado confiados en el retrato que de las causas les hacen los *escribanos*... son muy contados los casos en que brille una resolucion enteramente acertada. Me esplicaré. Los escribanos parecidos en todo á los médicos, siendo las dos clases enemigas del género humano, y sus asesinos, ó por ignorancia ó por malicia, siguen tambien el cruel sistema de éstos de alargar la cura, y prolongar los males cuanto pueden, pues son de contrario parecer del de algunos tontos que dicen que en *la tardanza está el peligro*, porque ellos saben bien que en la tardanza está la ganancia. Aquí me veo yo en la precision de sacar la cara por nuestro ínclito oculista, de quien hemos hablado ya otras veces, y hacer ver á la faz del universo que piensa con mucho mas honor en favor de sus

semejantes que los escribanos. El, aunque no lo conseguirá, quisiera acabar con los ciegos á cuyo importante servicio le debieramos estar agradecidos; y los señores escribanos, cuando no encuentren otra cosa que sacar, han de intentar el sacarnos los ojos. Estos no conocen mas leyes ni reglas que las del embrollo, de la dilacion, la intriga y la mala fé, y de todo cuanto les parece conducente á la destruccion de los litigantes ó procesados y ruina de las familias; sin mas objeto que satisfacer su ambicion y su interés. Renuncio de tales sabandijas, y mas se debe temer á sus plumas que á cañones de treinta y seis... Estos *entes* en quienes está depositada la fé pública, que en su primera creacion se consideraron acreedores á cuantas prerogativas y consideraciones pudierá tributar la confianza de los hombres en sociedad á los depositarios

de su honor y de sus intereses: esos *entes*, que se duda si son engendros de la infamia, de la mala fé y de la discordia, ó fueron ellos sus autores puesto que se hicieron necesarios en las repúblicas, al propio tiempo que aquellas se empezaron á conocer entre los hombres: esos *entes*, digo, que á fuerza de intrigas, sofismas y parcialidades han envilecido su honroso oficio son... no lo dude V., don Tiburcio, los que dieron garrote á la *imparcialidad* que buscamos vanamente en los Tribunales, por mas que los Jueces la tengan y crean de buena fé que existe en ellos. Que no se hallára esta bella cualidad en los demas individuos del estado, malo es; pero podriamos consolarnos con tal que la halláramos siempre que la buscamos en el templo de la Justicia, y en sus oficinas y dependencias pero; amigo mio, en unos falta por desidia ó pereza, en otros por interés, en otros

por venganza, y en todos porque como suele salir á paseo acompañada del *desinteres*, sugeto ya proscripto, tienen á menos saludarla siquiera. ¡Pobre señora! ¿Qué remedio tiene? si ya dejó de hacer papel en el mundo, conténtese con la memoria de que cuando era jóven no dejaría de tener algunos adoradores; porque el tiempo lo trae y el tiempo lo lleva.

¡Justo! Aquí tiene V. una voz bien señora, don Tiburcio, y que recrea efectivamente el oirla; solo que me parece demasiado general en razon de que se refiere á casos, cosas y personas. Casos: cuando, verbo y gracia, dice uno: *un cuarto de hora justo he estado esperando á V.* Cosas: *este pantalon me está justo...* Personas... *Ya, ya lo sé, trás de ellas andamos*; y solo en este sentido quiero que tomemos la voz *justo*, y sus descendientes. Pero, don Tiburcio, ¿cómo es posible que nos podamos ajus-

tar á un descubrimiento semejante?::: Oiga V. hombre, reflexione un poco, y verá que los artífices ó ajustadores de las cosas están dias y mas dias para ajustarlas, el sastre para ajustar un vestido, el evanista las piezas de una cómoda, el carpintero las de una puerta, el cerrajero, el platero, el relojero, el abaniquero, el zapatero, &c. es decirle á V. que cada uno en su oficio pasa la vida en ajustar y jamas lo logra de modo que dejen de notarse las faltas. ¿Y se persuade V. que los hombres sin mas que de golpe y porrazo podrán ajustarse unos con otros? No señor, el ajuste entre éstos solo puede verificarse á fuerza de rebajas que deben hacerse por todos cuatro costados, pues para cualquier cosa que V. les destine ó son grandes, ó son chicos; si son grandes era preciso pasarles el cepillo, y no respondia yo de la operacion; porque es

madera que á contra pelo salta como un diablo, y si la entra V. por la hebra al mas leve descuido se embota el hierro, y se lleva mas que era necesario. V. me dirá que una marra en tal caso podria cubrirse con cola; no faltaba otra cosa, ¿quiere V. que nosotros demos tambien doble por cencillo? No, amigo, al que yo he de llamar justo, ha de ser porque esté convencido de que lo es en todas sus obras públicas y privadas, al que no se separe jamas de la recta justicia, al que con la ley en la mano en competencia de su padre con un enemigo, dé á éste la razon, si la lleva, sin mas miramiento ni respeto humano que el cumplimiento de su deber; pues el verdadero hombre justo, si existiera, no sería dominado del miedo, del interés, ni de ningun respeto ni pasion: para él no debe haber Rey ni Roque que le obligue á salir de la senda que le marque la

justicia::: ¿Que así no le hallarémos, eh? Demasiado me lo sé yo, y no siento poco que perdamos una voz tan excelente; pero no hay mas que conformarse, ó ajustarse con los hombres tales cuales son.

¡*Formal*! formalidad, formalmente: estas voces debiamos sentenciarlas bajo de providencia, don Tiburcio, porque se parecen mucho á las viejas que siempre andan con el colorete á vueltas, y para mí todo lo que huela á artificio *san se acabó.* ¡El demonio la formalidad! Lo que hace que entramos en estas cuestiones se ha formalizado V. tres ó cuatro veces, y yo otras tantas, porque tambien gasto malas pulgas; pero con la misma facilidad que entra el *arrechuzo* se sale, y como si tal cosa. Ya estoy apestado de oir... *Vamos sea V. formal: ¿vendrá V.?.... ¿Lo hará V.?.... ¿podré contar con ello?....* con formalidad... Yo soy muy formal en

todas mis cosas: lo que ofrezco lo cumplo: lo he dicho, se hará... ¿Quiere V. mas formalidad, don Tiburcio? á fé que son palabras de forma y figura todo en una pieza. Pues mire V. no se fie de ellas, porque el maldito del colorete las presenta bajo de un aspecto algo halagueño, y si no fuera por él vería V. qué arrugas y dobleces llevan sobre su alma. Quite V. el interés que se proponen los hombres en todas sus operaciones, y verá qué formalidad halla en éstas y en sus palabras. Desengañémonos, lo que V. llama formalidad es un especie de moderacion aparente que la emplean los hombres con buen exito muchas veces cuando se proponen adquirir un concepto que en realidad no merecen, en cuya adquisicion fundan ellos ventajas poco menos que evidentes. En todo encontramos fines particulares que les estimulan á semejante ficcion, con que ya puede V. ver lo que vale, y lo que

hay que fiar de la tal *formalidad....* ¿Se convence V.? pues borrarla tambien del Diccionario. A bien que al último sacaré yo la lista de todo lo borrable.

¡*Seguro!* seguramente.... seguridad, &c. &c. Con tiento, señor don Tiburcio, que tenemos poca en este artículo. Nada hay estable, nada hay seguro, y seguramente no se que pueda contarse con los hombres para nada. ¡Mire V. qué atolladero tan terrible! es que ignoro por donde podremos entrarle... ¡Ah! espere V. hay *seguros mutuos*, hay tambien *cartas de seguridad*:.: toma, toma; y creí yo que aquellas voces eran insignificantes: bien dicen que debajo de una mala capa suele haber un buen bebedor. Vamos á verlo. Pues señor, *seguros mutuos...* tiene V. razon, pero dejemos este punto, que al cabo nosotros no tenemos casas en la Córte. *Cartas de seguridad...* en efecto, don Tibur-

cio; pero con nosotros no se entienden tampoco porque somos empleados. ¡Hay tal apuro, como el que nos presentan las dichas voces!... No hay que cansarse éstas sin duda son si no hermanas, á lo menos muy parecidas á todas las derivadas de la voz constante que ya expatriamos. Ese era el motivo de nuestras dudas, ya se vé, satisfechos de la veleidad humana que lo que hoy quiere mañana aborrece, y lo que mañana promete al otro dia lo niega, ni por asomos caíamos en la cuenta. Con que es decir que nada hay seguro, ni nadie está seguro: ¿no es esto? Claro está cuando conozco un proverbio de los que se pueden jactar de rancio, que dice; *á segura llevan preso.* ¡Desdichada seguridad, qué suerte te ha caido!

¡Consecuente! consecuencia. Vamos ésta ya es harina de otro costal, y aunque tengamos algun trabajillo en cernerla, podemos prometernos que

nos dé el pan mas sabroso. ¿Sabe V. lo que quiere decir *consecuente*, don Tiburcio?... Yo entiendo por consecuente al hombre que nunca comete falta ninguna en sus amistades y tratos, pagando siempre beneficio con beneficio y favor con favor; siendo ademas muy puntual y exacto en todas sus operaciones: á lo menos así lo comprendo, don Tiburcio... ¿es esto? Pues bien, en tal caso nos vamos á quedar sin *consecuencia*. Los que mas se aproximan á la formalidad pagan un beneficio con un desprecio, y gracias si quedamos en esto solamente; los que se jactan de puntuales, reciben un favor, y persuadidos de que todo se lo merece su cara bonita, si solo se contentan con darle al olvido, no debemos quejarnos. Los mas exactos no saben mover un pie que no medie el allanamiento de alguna retribucion importante segun su modo de especulizar; y los unos, los otros y to-

dos mantienen siempre el dictadillo de consecuentes, no porque lo son ni saben serlo, sino porque sus semejantes creen honrarles echándosele en cara á cualquier cosilla por vía de lisonja. Estos y otros tales términos son metafísicos, y como cuesta tan poco trabajo el poseerles, quiere decir que cada cual se le aplica á su modo... Dale: si esos son cuentos de viejas santo hombre. ¿Qué tiene que ver tal cual rasgo de consecuencia por el transcurso de un mes ó un año, si despues la tenemos que echar a los perros? Al cabo lo es, no lo niego; pero yo la quiero duradera tanto como las personas; y de esta manera se podrá decir que estaba fundada en principios; pero si en tan corto término se destruye, hay sobrado motivo para suponer que solo se afianzaba en miras particulares, y por consiguiente interesadas. Toma, pues qué ¿queria V. otra cosa? En tal caso el mismo derecho de

admision les quedaba á la *constancia*, á la *fidelidad*, á la *virtud*, al *honor* y á la caterva de voces que hemos echado al pozo. No señor, no, han de ser perennes. ¿Qué la cancele? pues *consecuencia cancelada* hasta que Dios disponga lo que guste.

¡Qué diantre, cómo va á menguar el Diccionario!... Tiene V. razon, no habia yo dado en ello, supliremos esta falta con sobras que busquemos en otra parte por camino opuesto, y vaya, como dicen, lo que me hallo por lo que se me pierde, y lo que quito por lo que me roban.

Volviendo á nuestro asunto de matrimonios, digo que ya tenemos realizada la idea que de ellos formó *Nantenil*, cuando se atrevió á asegurar que solo tenian dos dias buenos, el de la celebracion, y el en que la *Parca* corta uno de los dos hilos. No se canse V., he dicho y sostengo que quien mal anda mal acaba, y nadie me persuadirá

de lo contrario. ¿Ni cómo podiamos esperar buen resultado, cuando estabamos convencidos de la general depravacion que tiene corrompida á la juventud? Al hombre es preciso conducirle por grados á la senda del honor si se quiere hacerle de algun provecho. Esta empresa requiere tiempo, tino y mucha sagacidad, y exige tambien un continuo cuidado en todas sus operaciones; porque hasta estar seguro de que ama la virtud no se le debe perder de vista. Empeñarle en un cerrar y abrir de ojos en obligaciones, cuyo peso y trascendencia desconoce: precisarle á prestar juramentos, cuya fuerza ignora; y unirle á un objeto que no ha podido inspirarle un verdadero afecto, es precipitarlo en un profundo lago de amarguras, que solo han de acabarse con su vida.

Yo ya sé que por todas partes hay cien leguas del mal camino; y que por cualquiera lado que dirijamos

nuestras miras hemos de encontrar muchos atolladeros, porque, ¿dónde está el ente que sea capáz de contrariar los decretos del Sér supremo? Pero, entre los muchos estados que se le ofrecen al hombre para pasar esta mirable vida en sociedad, el del matrimonio es sin duda el mas serio, el mas complicado, y el que exige cualidades mucho mas acrisoladas que otro ninguno: en él se pretende hacer de dos voluntades una (circunstancia que tiene pelos, don Tiburcio), y esto de querer disponer sin mas ni mas de un corazon extraño, cuando no podemos dominar el nuestro, al mas guapo se la doy. Tiene ademas la enorme y delicada pension de criar y educar prole, obligacion que si se hubiera de desempeñar como corresponde mas de cuatro se tentarian la ropa; pero no, señor, ninguno se para en bagatelas. ¡Así sale ello! Si en esta clase de contratos se gastára el amor

que yo tengo arrinconado, si los hombres desposeidos de toda ambicion y guiados de un examen sério y prudente se dedicáran en busca de mugeres virtuosas (que las hay, don Tiburcio), y no dejándose deslumbrar de un falso y aparente brillo, prefirieran el talento, las costumbres y la educacion, al artificio y á intereses mal entendidos y peligrosos, no seria tan rara la felicidad en los matrimonios, y no se veria tan frecuentemente lleno de lepra el talamo nupcial; y veria V. tambien como haciamos de un camino dos mandados, porque las melindrosas, las coquetas, las elegantonas y las, las::: ya se vé, envidiosas de la preferencia que dispensabamos á las modestas y virtuosas, vendrian á imitarlas por tener parte en la oracion; porque V. crea que la envidia ó llámese deseo de agradar es, en las mugeres, el único artículo que guardan religiosamente: ademas, que por

por fuerza habian de conocer y mirar por su interés. Con todos estos requisitos aun habrá que ofrecer á Dios de cuando en cuando, porque no siempre está el campo para flores; pero, amigo mio, cuando se procede sin ellos, como sucede en el dia, no se pueden esperar otras resultas que las que estamos viendo... Déjese V. de órdenes, don Tiburcio. ¿Sabe V. lo que sucede? el Soberano manda y el vasallo se hace el sordo; y sobre todo no hay cosa buena por fuerza. Mil y mil veces hemos visto decretos en que se previene y ordena la reunion de matrimonios, y mil y mil matrimonios estamos viendo que se han echado algunos pasos atrás por no darse de hocicos los consortes impensadamente, aunque distaban ya uno de otro lo que hay desde la ecliptica hasta el círculo polar ártico. No; á fé que éstos no quieren hallarse en el apuro que se encontró un zapatero amigo mio. Se

lo contaré á V. en un momento. Pues, señor, el tal zapatero se las habia con su bizarra muger muchas veces al dia, y si unas quedaba el campo por él, otras por ella, porque era de las de armas tomar; pero en una de las escaramuzas zapateriles hubo de agarrar el maestro una orma, y la dirigió hácia su competidora con tan feliz exito que la aplastó las narices. Los gritos, las maldiciones y el frenesí de una muger maltratada, trajeron á la casa multitud de gentes, y á muy poco tiempo la justicia. Como el deber de ésta y sus atribuciones se extienden á tanto!!!! Despues de informada del hecho preguntó al zapatero ¿cómo habia tenido la osadía de cometer atentado tan cruel en su propia muger? á lo cual él sin descomponerse contextó: señor Juez, una equivocacion la padece cualquiera, y mi muger es en este caso la culpada, porque la orma iba cuando ella venia, y se encontraron... ¿A qué

no se encuentran aquellos, don Tiburcio? Cada vez que me acuerdo de los tiempos en que nada les era tan grato á los hombres como sus mugeres y sus hijos; y que las injurias hechas á estos objetos de su ternura eran heridas incurables para sus corazones, no puedo mirar con indiferencia ese total abandono en que viven los casados del presente siglo, por solo dar pábulo á sus desordenados y criminales placeres. Lo mas malo es que si se trata de indagar el orígen de semejante proceder apenas podemos hallar la razon que le motivó, ni cuál de los dos consortes tiene la culpa. Oye V. al marido, y le presenta un cuadro digno de compasion, porque hace ver á cualquiera en su muger una segunda Alecto, y algo mas si me apura V. un poco. Oye V. á ella, y le vuelve la tortilla tan perfectamente que nadie dirá sino que su marido es hermano carnal de Mr. Tardieu en lo

concerniente al gobierno doméstico, y respecto á ella un Phalarais hecho y derecho. Para mí son ambas defensas insignificantes y dignas de todo desprecio, porque son contados los casos en que de semejantes batallas resulten muertos ni heridos. Aquí no hay mas motivo que el de querer vivir cada uno á sus anchuras desde el momento mismo en que se les sentó en el estomago el pan de la boda: y validos de pretextos frívolos, correr barbaramente por ilícitos senderos que está marcando casi claramente la fantasma poderosa encubierta con el emblema del *gran tono*. No ha faltado quien fuera mas celoso en dejar á sus hijos gloria, que riquezas; pero en este siglo ni se piensa en lo primero, ni se trata de lo segundo. Los sueldos, las herencias, ganancias y propiedades se invierten en lupanares y casas de juego, ó sostenimiento de uniones clandestinas; y la gloria que segun yo quisiera en-

tenderla nos habia de presentar felices resultados , se convierte en oprobrio, puesto que con la mayor desvergüenza se establece en las familias la escuela del desenfreno. ¿Qué puede prometerse un padre vicioso á cara descubierta? hijos viciosos tambien..... ¿Qué, si á su vista insulta y maltrata á su esposa? ¿Qué, si abandona sus obligaciones principales? ¿Qué, si le ven mal acompañado? ¿Qué, si falta de su casa noches y dias invertidos en la embriaguéz, disolucion y vagancia? Nada, don Tiburcio, porque por fuerza se han de parecer los cascos á la olla. Si los recien casados que ahora traemos á vueltas hubieran recibido de sus padres una cuidadosa educacion, si en proporcion á la edad se les hubiera ido suministrando maximas juiciosas y fundadas en principios de razon, y si antes de cargarles un yugo tan pesado como es el del matrimonio, se les hubieran grabado

en su corazon las obligaciones que en sí lleva, los disgustos que le están anexos, los trabajos que le rodean y el amor que le es debido para contrarrestar á aquellos enemigos de la *felicidad*, que todos quisieran, sin que ninguno ponga nada de su parte para hallarla, veria V. como nos cantaba otro gallo; pero no señor, llénense las miras de la ambicion y los fines particulares que mueven al hombre en sus determinaciones, y poco importa que despues salga pez ó salga rana.

De aquí se deducen muchos males que gravitan sobre la sociedad entera, pues si al fin solo fueran individuales, pase. Unidos los consortes, parece que giran de buena fé, y indudablemente procuran el aumento de sus casas por el interés que les resulta: ellos encuentran comunmente este bien, y la sociedad disfruta de él en cualquier concepto que se mire. Desunidos desaparece aquel cuidado, las

propiedades mueren, digámoslo así, la útilidad no existe y la sociedad se priva de un producto que para su sostenimiento se vé en la precision de reclamar á otro individuo, y se siguen dos perjuicios, el que el primero se origina con su pérdida, y el que ocasiona la runina del segundo cargándole un peso que no le es posible soportar. Si este modo de proceder fuera tan general en la gente de baja esfera como en la clase media, y mas que en ambas en la elevada, púdieramos creer que la costumbre autorizaba tan escandalosa tolerancia; pero es el caso que para hallar un matrimonio separado entre los pobres, contaremos ciento en la fortuna media, y tres mil en la de mayor distincion y brillo; con que yo no se á qué viene el proverbio *los duelos con pan son buenos.* Los miserables jornaleros cargados de hijos, (porque á perro flaco muchas pulgas) sin educacion, sin talento, y última-

mente máquinas ambulantes en figura humana, reconocen tal cual freno y poder en este Sacramento que les sujeta á seguir soportando la pesada carga que se echaron encima. Los de una medianía regular, aunque algo mas débiles; siguen sin embargo algunos años, y muchos toda su vida, cumpliendo, si no en el todo, al menos en parte las obligaciones en que por igual razon de estado se constituyeron: pero los grandes, los altos empleados, los titulados hombres finos y de educacion, y los ricos propietarios tienen á menos el seguir al lado de sus esposas; se encuentran perfectamente empleando su vida en galanteos, y lès importa poco que el pueblo note y murmure su desarreglada conducta. ¿Qué, así viven en paz? ¡Ah! don Tiburcio, permitiré á V. que diga cuanto quiera por no volver á las andadas. Pues qué, ¿tan fuerte es el enemigo que les hacía la guerra? ¿A qué pueden re-

ducirse las hostilidades que cause el bello sexo? á jarabe de pico y nada mas: pedir celos, querer satisfacciones de cuanto el hombre haga y determine, dar cuatro gritos, y prodigar algunas lágrimas en tiempo oportuno; he aquí el estrepitoso cañoneo que se puede esperar en la mas sangrienta lucha; y en tales casos no hay mejor que hacerse el sordo y despreciar dicharachos: á mas de que, don Tiburcio, ¿dónde está la muger tan imprudente que se queja sin causa?.... No, seamos imparciales: yo no me separo de que tal cual vez haya algo de ilusion; tambien sé que algunas abusan de la buena fé y condescendencia de sus esposos, y que otras acabarian con inmensos caudales por engalanarse si se les dejará á su disposicion; pero esta es muy pequeña parte en comparacion de la crecidisima que se halla predispuesta á complacer y obedecer á sus esposos. Los hombres, amigo mio,

dán lugar, ó por mejor decir, buscan mil rodeos para llegar á un rompimiento eterno: no ven en su esposa una amiga, una compañera, una mitad de su corazon, como la decantaban antes de obtenerle, sino un demonio en figura de lo mismo: su amor cambió en aborrecimiento, su ilusion en horror, su felicidad en desgracia, su gusto en desesperacion y... ya en tal caso es menester seguir sus caprichos á rienda suelta, sufrir mil desavenencias infundadas, sucumbir á la mas infame esclavitud, ó ser victima del furor insaciable que alimenta el hombre puesto en semejante altura:::

Veos benditos de Diós, que tiempo vendrá en que os vuelva á echar el guante, y puede que me pidais por misericordia que os sirva de mediador para que vuestras abandonadas esposas os reciban entre sus brazos, y olviden las injurias que las estais haciendo; porque con locos no hay que atar

un ochavo de hilo; y hoy buscan con ansia, cosa que mañana la arrojarán por la ventana; pero si llega este caso, don Tiburcio, le juro á V. á fé de amigo que mas de veinte y cinco matrimonios se han de mirar en lo sucesivo antes de que se decidan á separarse mutuamente.

V. no deje de observar la marcha familiar, y si fuese necesario haga tambien sus apuntes correspondientes de las cosas mas notables; que yo por mi parte no omitiré medio ni fatiga hasta patentizar á V. de un modo incontestable la locura humana y... ¿parece que arruga V. el hocico...? Pues bien hombre, volveremos si en eso consiste al estilo jocoso ¡qué aprension! Es menester tambien de cuando en cuando discurrir con gravedad, que no siempre está el horno para pasteles, ¿Y por eso una cara tan indigestible? Ave María.... A la disposicion de V. don Tiburcio.

DOS PALABRAS

DEL AUTOR

POR VIA DE CONTESTACION

Á

D. CAYETANO PUCH Y PORTOLÉS.

Como otra mas diestra mano
No se mezcle en la contienda,
No creo que Cayetano,
Por mucho que se defienda,
Salga bien de este pantano.

En el suplemento del Correo literario n.º 139, me hizo el señor Portolés unas cuantas preguntitas algo superficiales, relativas á la impugnacion que dirigió contra el primer cuaderno de la obra que yo he escrito y publicado titulada *El Mundo tal como es, ó todos locos*; y aunque merecieran quedarse sin contestacion por intempestivas (1), como ofrecí al público en mi primera defensa probar algunos de los hechos que se dieron por sentados contra el mismo Portolés, me es preciso entrar por segunda vez en la contienda en cumplimiento de aquella oferta. Antes de todo corresponde defender mi folleto, porque así me lo ordena mi Antagonista; y despues me entraré, como es justo, en el examen de la *breve historia de las partidas Porotolesianas*; porque dije en mi primera contestacion que tenia sus retacitos de plagio, y con el público se ne-

(1) Y porque el abogado de los locos se ha metido á crítico de bote y boleo, y observa las reglas de crítica á la violeta, que suelen ser inaguantables.

cesita la mayor circunspeccion y respeto; no se le debe engañar jamás, ni menos entretenerle con charlatanerías y abultadas frases de aquel tiempo *probaré* tan favorito del caballero Puch y Portolés.

Este quiere que yo le pruebe *que el título de mi folleto es cierto, justo y adecuado*; quiere *que le convenza de que todos, todos los hombres son locos*, y quiere *que le haga ver lo recto de este modo de hablar tan general y extensivo*

Y... dile á tu madre que me envie el real.

Que en el mundo serán pocos
Los que dejen de estar locos,
Ya lo veo;
Pero que se encuentren tres
Mas locos que Portolés,
No lo creo.

Y si no, dígame V. ¿á qué vienen las tres preguntas antecedentes, cuando cualquiera de ellas, aunque con diversas palabras, encierra el mismo sentido?... Si yo le pruebo á V. que el título de mi folleto es justo y adecuado, ¿no quedará probado el que todos los hombres son locos? ¿no habré demostrado lo recto de este modo de hablar tan general y extensivo? A mí me parece que sí, á menos que V. no mande otra cosa (1). A pesar de todo no puedo complacer á V. en esta ocasion, porque la causa impugnada no está recibida á prueba todavía; y hasta que haya aquello de concluyo, reproduzco y contradigo; abandono, desprecio y no respondo á las fastidiosas repeticiones de V. Respecto á lo cierto del título saldremos á la orilla con mas facilidad, porque todo el que sabe leer verá que es cierto, y acertará con lo que dice: ¿qué quiere V.?

(1) No señor; porque el impugnador quiere sin duda que yo me dirija contra personas determinadas.

cada uno bautiza á sus hijos como se le antoja. Yo creo, señor Portolés, que esas frases tan campanudas de que abundan sus escritos, solo las usó con el objeto de entretener el tiempo y divertir la atencion del enemigo para hacer una retirada mas segura: empero sí así fuese reflexione V. un poco el sentido de los siguientes versecillos.

Yo creí que en Aragon
No habria loco ninguno,
Pero ya pegué con uno
Que dá grima y compasion:
¡Qué mal guisada cuestion
Me propone! ¿no lo vés?
De una pregunta hace tres,
Tan hijas de un mismo intento,
Que nos muestran el talento
Del insigne Aragonés.

Por no haberle hecho ver *lo sabio de mi advertencia y los versos del primer cuadernito* dice: que tenemos la cuestion en pie. En efecto; y ha sido una imprudencia muy grande no haberle hecho tomar un asiento, señor Portolés; pero como la tal cuestion no era digna del ceremonial acostumbrado, confieso que la recibí con desaire, esperando que otra vez vendría mejor recomendada. Yo no he dicho en ninguno de mis folletos que la *advertencia* del primero tuviese algo de sabio; y si V. no ha alcanzado á comprender su irónico sentido, á Salamanca, que allí estudió mi hermano. ¿O lo dijo V. porque no le dí un prólogo mas largo que el mismo cuaderno? En tal caso sepa V. que el público ya no juzga las obras por los prólogos, y mi folleto de ninguna manera le necesita. Con que hasta ahora todas las declamaciones de V. están reducidas á una pequeña impropiedad de estilo que no-

tó en los dos últimos versos. Yo procuraré imitar en lo sucesivo el estilo poëtico, buen gusto y sobre todo la cadencia que advierto en aquello de

. . . . *la extinguió sin duelo*
E hizo asomar las sombras que ahuyentaba.

. . . .
. . . .
. . . .

Aun en mis oidos zumba de tal hora

. . . .

¡Bomba, y que tirada! peró espere V. un poco:

No de otro modo que azucena pura
Olorosa y primera, al corvo hierro
Cede sus galas y marchita yace
En polvo roedor compadeciendo. (1)

Con un par de lecciones de esta clase me atreveré yo á desafiar al mas pintado en esto de poesía; y diré como si fuera cosa mia:

¿Qué sirve componer divinamente
Con largo estudio en retirada estancia,
Si delirar no sabes de repente?

Y.... ¡pobre del que se me resistiera todavía! que pronto le acacheteaba con el siguiente terceto

Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel domine pedante
Tu banda siempre fué la desgraciada..

Qué tal, ¿eh?

Pasa despues el articulista discurriendo con filo-moderna gravedad hasta que se tropieza con la pomposa voz de *falsedades*, nombre con que confirma las notorias verdades de mi folleto. Aquí es preciso tomar un polvo, y suplicar entre tanto al señor Portolés, que nos haga el favor de decir, si

(1) Rasgos poëticos de don Cayetano, en sus cantos fúnebres.

por una aquivocacion involuntaria, echó mano de un sustantivo que el público tachará de impropio; y si no, que nos cite en qué parte del referido folleto existen esas *falsedades*... Pero tenia V. gana de hablar ¿es así? pues hable V. cuanto quiera que no por eso dejaremos de ser amigos, y por mi parte suspendo esta cuestion hasta que V. la explore con otras razones mas fundamentales que las que hasta ahora nos tiene presentadas.

Entremos, pues, en el escrutinio de la *breve historia de las Partidas* que V. ofreció al publico, en la cual no nos hallarémos con una *estravagante advertencia*, sino con un *preliminar* que respira sabiduría por todos cuatro costados, ainda de un poquito de amor propio en aquella *intentona* capaz de inmortalizar su nombre. Por lo demas, claro está que la tal historieta es un pozo de ciencia, y el decir lo contrario seria proceder de muy mala fé; porque al cabo se nos dán en ella noticias que á nadie se le pasaron por la devanadera de sus sesos. Yo no quisiera molestar al público, pero es de absoluta necesidad el que éste me permita hacer las siguientes observaciones á dicha historieta.

1. Sotelo en su historia del Derecho Real de España, libro 3, cap. 17, pág. 430 al final, dice lo mismo que el señor Puch y Portolés en su historieta, pág. 17, lín. 21 y siguientes (1).

(1) Es á la verdad muy chocante el que el caballero Portolés pretenda vender al público, como cosa propia, las noticias que debemos á Sotelo y otros acerca de las Partidas, sus acasos y prosperidades, y la celebridad de su mérito, con otras referentes al asunto; y mucho mas lo es el que en la narracion discurra aquel de una manera tan singular, que no parece sino que su opinion es la cierta y la sola que merece crédito: ¡loor eterno á tan exacto historiador!!!

2. El mismo Sotelo cap. 18, lib. 3, núm. 3, nos refiere lo propio que el señor Portolés en la pág. 31, lín. 25, hasta el fin de la 32; pág. final de su decantada historia empezando á contar desde la octava, y sin duda que por esto la llamó breve su autor.

3. El propio Sotelo cap. 20, lib. 3, núm. 4, discurre del mismo modo que el señor Portolés en la pág. 18, hasta la lín. 20, de la pág. 21.

4. Sotelo cap. 20, lib. 3, nns. 7 y 8 escribe en sustancia igual que Portolés pág. 21, lín. id. hasta la 22 de la pág. 24.

5. Sotelo cap 21, lib. 3, núm. 2, opina como Portolés pág. 24, lín. 10, hasta la 22.

6. El señor Portolés en la pág. 25, desde la lín. 3, hasta la 12, lo mismo mismísimo que dijo el Rey en la aprobacion del texto de las Partidas por el señor Gregorio Lopez. *Véase tomo 1, de las mismas.*

7. Yo no sé si acaso será por espíritu de contradiccion el que Portolés, en el segundo reparo que hace á la glosa del señor Gregorio Lopez, note que éste entró en la obra sin *prólogo*, siendo así que Sotelo, hablando del mismo Lopez, se explica del modo siguiente: *hallábase asimismo agrabado (como él dice en su prólogo) de diversas enfermedades &c.* Y yo tambien en el primer tomo de las Partidas he leido una cosa que dice, *præfatio auctoris*; yo no sé lo que esto significa, pero hago la cita por sí acaso alguno la comprende (1). ¡Qué afan por los prólogos señor de Puch y Portolés! ¡qué afan por robar conceptos de otro

(1) En el año de 1807 hizo la Real Academia de la Historia una edicion de las Siete Partidas, y en la pág. 31 de su prólogo, lín. 11, hablando del señor Gregorio Lopez,

apropiándoselos con el mayor descaro! Y sobre todo ¡ qué afan por enmendar, corregir y truncar frases! No, no le daré yo á V. el nombre de fiel copiante, amigo mio, sino el de un copiante de mala fé, que á guisa de ilustrado, y ansioso de hacer un papel brillante en el mundo literario antepone ideas, disloca conceptos, y se engulle opiniones para luego darnoslas como hijas legítimas de su gigantesca mollera.

8. Es de notar, dice tambien, que no nos diga Lopez, *con qué órden emprendió su obra, ni los motivos que precedieron para aquella resolucion, &c. &c.* (1). Efectivamente que procedió con muy poca cordura don Gregorio, y si yo hubiera sido el *Reparador* le habia de haber pedido cuenta del papel que invirtió en dicha obra, en qué almacen lo compró, á qué precio le costó la resma, si la tinta fué comun ó de china, qué plumas gastó, si de ganso ó de buytre, y si las cortaba él ó algun escribientillo de mala muerte, porque todas estas noticias nos eran en tal caso muy oportunas, ¿qué duda tiene? vamos, está visto que nuestro breve historiador delira.

Son cobardes y traidores
Ciertos críticos que esperan
Para impugnar, á que mueran
Los infelices autores,
Porque vivos respondieran. FAB.s DE YR.e

dice: *sin duda que pondria grande trabajo, mayormente no habiendo tenido, como dice, nadie que le auxiliase, &c.* como *dice* Ese... señor Portolés, huele á prólogo, porque no podia decirlo en otra parte.

(1) No se extrañe V. porque si no nos dió prólogo, mal podia habernos dejado tales noticias, á no ser que hubiera tenido tan poca conciencia que sin mas ni mas las hubiera ido á incorporar entre las leyes.

9. En su historia *breve* de las Partidas pág. 9, lín. 14, nos hace V. una cita del ilustre Sotelo, y aunque debiera, siquiera por respeto al autor, copiarla literalmente, pone V. *inconvenientes* por *embarazos* que dice aquel, nos omite un *y ya*, y un *Dios*, y por *hechas* que escribe Sotelo V. nos pone *dadas*.

10. Para la noticia histórica que V. nos dá en las nunca bastante encomiadas *Partidas Portolesianas* pág. 12, lín. 3, hasta la 16, lín. 4, invierte 106 líns. y Sotelo nos la dá en solas 37. *Véase su historia cap.* 16, *lib.* 3, *núm.* 7: por manera, que cualquier lector imparcial habrá de convenir en que la obra de V., siendo por lo *breve*, mas breve que las coplas de Calainos, resulta larga, pesada, despreciable y nada acreedora al nombre de original. V. don Público no se deje alucinar en lo sucesivo con *breves* de semejante naturaleza, y sin que sirva de ejemplar, débase á la generosidad de V. un olvido total de tamaña ofensa, y el cumplimiento de lo que le ordena el siguiente

EPITAFIO.

Yace aquí la breve historia
De las Partidas de Alonso:
Su autor te pide un responso
Si es que de él haces memoria;
Embidioso de la gloria,
Que al Rey sábio ha coronado,
Iba en pos de ella ¡ah cuitado!...
Se hizo su robo notorio,
Y el Juez dijo: al Purgatorio
Vaya á espiar su pecado

Ahora bien: ¿quién es mas criminal, señor Portolés, el ladron de literatura, ó el pobre ignorante que á costa de su propio concepto desliza en al-

gunos defectillos de estilo? En mis cuadernos podrá V. hallar esto último, aunque no basta que V. lo diga; pero de ninguna manera lo primero como sucede en la obra de V., ni tampoco esas *falsedades* que tanto decanta. Cítelas V. ó sea V. en lo sucesivo mas exacto y veraz en cumplimiento de los derechos que le concede una imparcial crítica, y entienda que de los vicios que yo reprendo en mis folletos solo puede lamentarse aquel que esté iniciado con ellos; pues de no ser así, en mi primer anuncio dije: *que contra nadie se dirigia mi obra.*

En otra parte de su segunda impugnacion, desconfiando de esa gente *non sancta* que V. dice que hay, asegura que este solo *temor* le impelió á tomar la pluma contra mí, por no incurrir en la nota de *cobarde ó ignorante*. Ese es un temor infundado, señor de Portolés, y de ningun modo crea V. que semejante familiota (¿si serán estos los locos?) se atreviera á bautizarle con adjetivos tan feos. ¡Alabemos á Dios! ¡Ignorante el autor de la *breve historia de las Siete Partidas*! ¡Cobarde! vaya, vaya ¿cómo tal suposicion, ni qué causas hay para ella? pues qué ¿no ha dado V. suficientes pruebas de valor y sabiduría en los crasísimos olvidos y reparos que marcó al autor del Diccionario Gegrafico (1)? ¿Es cobardía ni ignorancia el escribir y diseriar contra las funciones

(1) Señor crítico, sírvase V. expedirme la credencial para que yo pueda ejercer el destino de Procurador de pobres que V. me insinua en su artículo. Y V. señor don Sebastian, como pobre, sepa que desde hoy queda V. sujeto á mi procura, que otro dia nos darán otra cosa. Por lo demas ni V. ni yo hemos de satisfacer el deseo que tiene nuestro Aristarco de saber quién fué el que le dijo á Martinez, que Miñano no respondió á sus observaciones por desprecio: ¿á él que le importa?

tauromáquicas (1)? y sobre todo ¿le parece á V. poca hazaña el haber dirigido sus miras contra *el autor del Mundo*? Apuesto que no hubieran hecho otro tanto los Doce Pares de Francia. Ojo al cristo, señor de Portolés, y conservar siempre aquella presencia de ánimo que manifestaba mi abuela cuando entonaba estos versecillos

Sufrió Cristo en el Calvario
Mil insultos y tormentos,
Por los sofismas y cuentos
De un partido sanguinario.
Yo tambien de un temerario
Las imposturas sufrí : : : :
Quiero perdonarle, sí;
Porque al fin de la jornada,
Mi pluma aunque mal cortada
Le probó lo que él no á mí.

Bien conozco que mi antagonista sentirá los disgustos y rebeses que le ha de causar esta lucha; pero nadie le convidó á ella, y de consiguiente tampoco debe extrañar las consecuencias que produzca. Tambien pudiera decirle algo en cuanto á la interpretacion de aquello de *Jove-Cuestas* y *Jove-Llanos* que el público tendrá presente; y si se conforma el señor Portolés que yo le pruebe ser, en esta parte, cierto mi aserto, búsqueme cuando quiera, á ver si yo puedo presentarle diez o doce amigos suyos cansados de oirle aquella quijotesca

(1) ¿ Quie uzte caiaze, Niño? Que adelantamos con que el Evangelio, los Santos Padres y otras autoridades respetables le alumbráran á V. con veinte y cinco mil antorchas, para que no resvalase en la carrera tauromáquia, si V. no quiso ó no supo aprovecharse de la luz que aquellos le prestaban para haber salido victorioso? El sol alumbra á todo viviente; pero no por eso falta algun *torpe* que en mitad del dia se aplasta las narices contra una esquina.

comparacion ó mas bien *superioridad.*

Ultimamente, ageno yo de pretender sorprender al público, apelo en corroboracion de cuanto queda referido á los lugares citados respecto á las *Partidas Portolesianas.* Toda la parte sustancial de éstas que tan atrevidamente se apropia el autor (1), es un robo hecho á la referida historia del Derecho Real de España, con la pequeña diferencia de que en lo que invirtió Sotelo seis líneas, por ejemplo, el señor de Puch y Portolés llena veinte y cuatro, olvidándose de aquel *breve* del título de su obra. Me he extendido á pesar mio mas de lo que yo quisiera; pero me persuado que el público ilustrado habrá de hacer justicia á mi defensa, mucho mas cuando me vé retado sin causas evidentes que dieran márgen á ello; y con respecto á mi adversario le suplico tenga la bondad de no entender tan material y generalmente el título de mi folleto, reflexionando lo que le dice la siguiente decimilla, con la cual me despido hasta la primera.

La locura que yo indico
Aunque cierta es maliciosa,
Y el curarla es facil cosa
Con el remedio que aplico.
Si á tu gusto no me explico,
Yo lo siento; pero quiero
Que conozca el mundo entero
Tu locura y ligereza,
Y lo bien que la endereza
De Martinez el tintero.

Pedro Martinez Lopez.

(1) De corage te pones amarillo:
Lo sé, y enfurecido me maldices:
Pero ¿cómo ha de ser? yo he de decillo.
SAT. DE D. M. T.

El Mundo

TAL COMO ES,

Ó TODOS LOCOS.

Por Don Pedro

Martinez Lopez.

N. VI.

MADRID:

POR LA HIJA DE D. FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,

Impresor de Cámara de S. M.

1829.

Véndese con los anteriores en las librerías de *Novillo*, calle de la Concepcion Gerónima, de *Perez*, en la de Carretas, y de *Amposta*, calle del Príncipe números 5 y 6, á dos reales cada uno.

EL MUNDO TAL COMO ES,

Ó TODOS LOCOS.

Hay habladorzuelos
Que de sí preciados
Dícense agraviados
Si les llamo locos.
A fé que lo siento,
¡Lo siento en estremo!...
Y mas porque temo
Que cuerdos hay pocos.
Pasan mil sofocos,
Critican, murmuran,
Contra el mundo *juran,*
Y su autor sin pena,
Con aire sereno,
Jovial y burlesco
Les dice muy fresco
Sea enhorabuena.

Dices bien, Antonia: y por mas que los hombres se empeñen en de-

sacreditar al bello sexo, la razon y nuestra defensa le han de sostener aquel aprecio que por tantos títulos merece. Jamas me acomodé con los estremos, no me gusta hacerlo todo bueno ni todo malo, y por lo regular me ajusto á poner las cosas en un buen medio, porque de este modo ni es tan facil errar, ni me adquiero el concepto de exagerador. Conozco un escritor muy respetable que supo descubrir con gracia los vicios y defectos mas comunes en las mugeres; y á pesar de todo vino á confesar la posibilidad de hallarse alguna buena cuando dice

Si escandalo en Atenas y Corinto
Dieron Frinée y Laïs prostituidas,
Mas de una Penelope honró su siglo:
Y aun hoy en dia habrá muger honesta
Capaz de entrar en parangon tan digno.

¡Qué memoria tan feliz tienes muchacha! en efecto que es Boileau quien

lo dice... No, yo no entiendo el francés, sinó que se lo oí traducir á un amigo; y no se me ha olvidado el nombre del autor.... Y no digo yo éste, si que cualquiera se verá obligado á hacer semejante confesion. Y si no vayanse tomando votos individualmente en órden á las inclinaciones particulares, ó á la pasion que cada uno tiene al objeto de su cariño, y notaremos que cada cual y el que menos, ve en abstracto en el ídolo de sus ansias, el mérito, la virtud y la misma divinidad: son pues infinitos los adoradores, luego es consecuencia clara que las mugeres de mérito son infinitas tambien. Todos esos mismos jóvenes que con poco temor de las leyes acaban de abandonar á sus consortes serán los primeros que afirmarán con juramento la existencia de seres femeninos amables, encantadores, dotados de mil cualidades apreciables, y dignos de toda veneracion; no obstante

al vilipendiar cada uno á la compañera que le dió la Iglesia pretenden comprender en sus dicterios mordaces é infundados á todas las mugeres en general, porque de esta suerte creen que aparecerán sus quejas mas imparciales y fundadas. ¡Mentecatos! ¿Qué eran vuestras esposas en el dia en que os consagraron su fé ante las aras? Deidades. ¿Qué causa os precisó á darlas la preferencia, entre tantas y tantas de su clase? Mil gracias, mil atractivos, mil habilidades, mil grados de belleza, de talento, de buena figura y arte que hallabais en las vuestras mas que en todas las otras; y en una palabra veiais en ellas todas las cualidades que constituyen una muger perfecta. ¿Y qué son hoy? Furias del infierno. Pero ¿dónde se fueron tan buenas prendas? Señor á..... ya ve V. la posesion se las llevó en un cerrar y abrir de ojos. A mas de que, como V. sabe, el *sol de casa no calienta*. ¿Qué

tal chica, me fundo ó no?... Mira solo por eso me gusta entrar en contiendas contigo y... No sucede así con don Tiburcio; que es mas tenaz!... En verdad que me estraña no haya venido ya á verme porque hoy le toca. No, no es tarde todavia; pero haga lo que le acomode, si viene será bien recibido, y si no que lo deje. ¡Calla! pues ya está ahí. Abre, abre la puerta, que precisamente vendrá cargado de noticias...

Amigo mio sobre V. estabamos dando mi doncella y yo.... Vamos ya empieza con las suyas. No sea V. tan material hombre, quiero decir que estabamos hablando de V.. Vaya, niña, dejanos solos y vé adespachar tus tareas.

No, arrímese V. aquí al brasero, que hoy no está el dia para chanzas y fiese menos en su robustéz. Tendremos grandes cosas, ¿no es esto? Por Dios no me diga V. que todo está en perpetuo silencio; si no puede ser ::: ¡Bendito sea el que todo lo cria! ¿Con que ya

hay paz? me alegro: entonces son muy tontos los casados descontentos que no quieren abandonar sus mugeres sin detenerles otro miramiento que el que dirán. A la verdad es una ganga esto del matrimonio, y en orden á libertad estamos mejor que los Sultanes; ¿qué duda tiene? ¿De qué le sirve á un Sultan encerrar en su Harem 400 ó 500 hijas de sumision, si al cabo le prohibe el profeta cohabitar con mas de nueve? y este número se le concede en último recurso; es decir, cuando la necesidad de un heredero al Trono le precise á correr la escala. A fe que entre nosotros no pegaria bien semejante precepto, porque habrá hombre que se tragaría tantos nueves como pudiera multiplicar el mas diestro aritmético en veinte y cuatro horas. Si señor, ¿pues le parece á V. que es broma? Ojalá no dominára tanto el vicio, que otro pelo tendriamos. Sin embargo no faltan

algunos matrimonios prudentes y dóciles que caen en la cuenta, y proponiéndose jugar á la gallinita ciega cuando dice el uno á que no me encuentras, dice el otro á que no te busco. Ya se ve mientras dura este juego hay una paz aparente. ¿Quién lo duda? En yendo á desquita cuerno es el partido general calla tú y callaré yo, ó dame lo que quiero que yo callaré. Solo de este modo puede haber paz. ¡Animalitos de Dios! ¿Quiere V. apostar á que muchos de esos matrimonios desconcertados están antes de un mes unidos y al corriente?.... Pues bien. Yo acá para mí comprendo el orígen de estos accidentes, pero no puedo esplicarme de modo que todos me entiendan; solo si diré que no hallándose en los hombres, subordinacion, respeto, sensibilidad, convencimiento, confianza, ni arrepentimiento de sus culpas y pecados; no debemos espererar que haya enmienda en

esta parte. Y si no, vamos analizando estas voces, y verá V. como nos quedamos sin ellas tambien. Venga pues acá la.....

¡Subordinacion! subordinar y sus hijos son voces muy corrientes en la ordenanza militar, y muy del caso en las republicas bien concertadas. Es como si dijeramos sumision á las leyes, obediencia á los Gefes y Magistrados, y exacto cumplimiento de sus preceptos en cuanto no se opongan á los sistemas religioso y político que rijan en las naciones. Esto supuesto, don Tiburcio, confesará V. la poca ó ninguna necesidad que tenemos de hacer el analisis de voces que todo el mundo conoce y observa con la mayor escrupulosidad. Cabalmente lo vemos en todas las clases del estado, y no hay nada tan de sobra como militares obedientes y bien disciplinados, capaces de vender á su patria por un galoncillo (ó una charretera); entre estos

amigo mio el honor es lo primero!!!! Ministros de justicia que apenas recibieron una órden superior, cuando ya se les hace tarde por diez ó doce años, lo mas, que esperen á darla cumplimiento; vasallos tan ciegos y embebidos en las tales voces que desean la ocasion de ser mandados para marchar por opuesta ruta, y burlar las sabias miras del Legislador. En fin si descendemos á la subordinacion familiar, tambien se encuentra su merced bien avecindada; porque hay esposas que moririan de tabardillo si no se opusieran á todo cuanto determine su marido; hay hijos que agarran con mucho miramiento un garrote, y corren tras de las madres que es un podigio; y en cuanto á criados no digo nada, porque el que menos se rie de las disposiciones de sus amos, y basta que las avacuen á las horas que les dé la gana. ¿Puede darse mayor fortuna don Tiburcio? ¡Está la subordinacion tan arraigada

que... ya... ya!!! El Rey manda á sus Ministros, estos á los oficiales, y se vá descolgando aquel primer mandato de rama en rama sin que el que lo busca ó lo necesita pueda saber en donde se escondió el gato. Y si no oiga V. la rutina en un solo ejemplo que puede hacerse extensivo á todos cuantos debiera abrazar el asunto en cuestion. Se le dice á S. M., Señor: por las razones y motivos expuestos en la humilde súplica que elevo á las Reales manos de V. M. reclamo tantos meses ó años de atrasos de mi paga. Decreto: = Enterado el Rey nuestro señor de la solicitud de don F. de T. empleado en T. se ha servido resolver que por esa Tesorería del cargo de V. S. se la abone el haber de &c. &c. &c. = Hasta aquí vamos bien, ¿pero vamos á cobrar?... = Señor: por Real órden está mandado que V. S. me satisfaga tantos miles de reales, y quisiera que S. S. se dignase darla el debido cumplimiento cuanto

antes, porque mis necesidades son tan urgentes... Basta, basta: no hay dinero por ahora... Pero señor... Vamos no sea V. impertinente, ya he dicho cuanto tenia que decir... Vuelve la espalda y como si tal cosa. ¿Quiere V. mas subordinacion, ni mas exactitud? Pues no crea V. que faltaba dinero en Tesorería, porque en el mismo dia ví yo dar unas cuantas pagas adelantadas á ciertas señoritas pensionadas; aunque segun decian malas lenguas, este rasgo de generosidad era nacido de ciertas consideraciones, que S. S. les debia, y que bajo ningun aspecto podia desentenderse de ellas.... Con que todavia no le gusta á V. esta clase de *subordinacion*? ¡Qué don Tiburcio tan escrupuloso! Pues, no hay de otra amigo, como no haga V. un viage á la Trapa; porque la buena y legitima que nos solia venir de la Arabia Feliz se desterró de Europa desde el fallecimiento de Fromosanta Princesa de

Babilonia, que se cuentan ya veinte y siete mil años, ocho meses y no sé cuantos minutos. ¡Ah! pues sino por este accidente ¿para qué queriamos mas viña? Dispuestos todos los miembros sociales á gastar cada cual, segun sus posibles, la necesaria *subordinacion*; ya podian jactarse los legisladores, los ministros, los padres de familia y todos los que están en el caso de mandar ó en el de obedecer, que vivian en la gloria. Un pueblo bien subordinado, es un fuerte que ni por mar ni por tierra se atreve nadie á atacarle; y si algun loco lo intentase, mas tardaría en concebir la idea que en ser víctima de su fanático proyectó: pero como los grandes políticos del dia siempre quieren estar en dimes y diretes, no se acomodan de buena gana con la *subordinacion* que V. quisiera recobrar. Y... pues, ¿qué quiere V. que hagamos con ella, quemarla?.... Bueno, queda de mi cuenta y pasemos al...

¡Respeto! respetar y sus parientes, &c. &c. Estas voces son un poco imponentes, y si á V. le parece don Tiburcio las trataremos con decoro: es decir, con el sombrero debajo del brazo y un guante puesto, ¿estamos? Adelante. Pues, señor; antes de meternos en mas laberintos es preciso convenir en que la voz *respeto* es muy parecida á los tapices; esto es, mirada por el derecho presenta una figura bastante perfecta y acabada, y por el revés, no enseña mas que hilachos y nudos sin ningun órden ni simetría. La mucha conexion que tiene con la subordinacion que ya reducimos á cenizas, casi me quita la gana de emprender su definicion; pero si mal no me acuerdo goza el *respeto* otros atributos de que aquella carece. Fuera del que se recomienda como debido á los mayores en edad, dignidad y gobierno; hay otro perteneciente á las propiedades individuales: y de ambos será

preciso tratar con la posible claridad. El primero por supuesto me concederá V. que no existe (acuérdese V. que se trata de un hombre de 18 años para arriba)... Hombre de los demonios no proceda V. tan de ligero; si eso que llama V. *respeto* no se acuerda de serlo ni con mucho: ¿sabe V. lo qué es? *miedo.* Respete V. á la justicia... Respete V. á su padre... Respete V. á sus gefes... Respete V. á sus superiores y... pues bien no hay mas que eso. Se aguantan como putos y con razon que así les sale mejor la cuenta; porque digame V. ¿qué adelantaría un perseguido por la justicia con no respetarla? agravar la pena. ¿Qué un hijo que no respete á un padre de humos? Sufrir una descarga de palos. ¿Qué un subalterno si perdiera el respeto á sus gefes? aventurar su colocacion y acaso ir á una carcel. Luego hacen bien el cambiar *miedo* por *respeto* una vez

que por su semejanza pasa sin que nadie lo distinga.

No obstante hay tambien á veces sus altos y bajos como en todas las cosas, y gracias á Dios no hace mucho tiempo en que la justicia iba á prender á unos cuantos que estaban en las torres que estableció Baco celebrando sus logias; y sus mercedes en lugar de huir se la agarráron de un brazo y la llevaron presa y muy presa:::::: *Sí*, yo tambien me persuado que seria en chanza, pero al cabo la pusieron en la cárcel con mucho modo, y nadie les dijo la mas mínima palabra. El segundo que corresponde á las propiedades, es en mi entender tan esencial como el primero; pero tiene muy mala recomendacion para que los hombres le protejan porque no puede vivir sin el *desinterés*, y ya vé V. qué salida podrá tener::: *Salida de pie de banco*, como se suele decir. Podia V. ir á los

Escribanos á ver si se habian de respetar las propiedades individuales, puede que le rompieran las muelas de un tinterazo: y no son ellos solos; yo conozo sujetos que por grito mas ó menos concibieron la gigantesca idea de hacerse *ricos homes* á cuenta del sudor del prójimo. ¡Tambien es discurrir! Sin embargo concretémonos á la clase agricultora, y por ella se desengañará V. el ningun papel que figura en todas las demas este género de respeto. Divididas las heredades por la mera separacion que forma un sulco tirado en línea recta desde lindero á lindero, está en la buena fé de los propietarios la conservacion íntegra de lo que á cada uno corresponde: mas como falta tambien aquella buena fé, á obscuras y sin candil se alzan y mudan los testigos divisorios, se van internando poco á poco en las posesiones vecinas, y si luego el propio dueño intenta recobrar lo que el de la

inmediata le usurpó, se vé en la precision de hocicar con los escribanos, y gastar dos veces mas que lo que importa el mango: causa por la cual lo abandonan casi las mas veces... ¿y á las mugeres? Ese respeto que V. quiere y cree se concede á las mugeres es ilusorio tambien. Bien digo yo que V. ha oido campanas, y no sabe donde las tocaron. Murió la tal costumbre de respetar á las mugeres cuando la *constancia* dias mas ó menos; y si viviera *Dulcinea* no me dejaria por mentiroso, pues ella fué solamente respetada y ninguna otra despues ha gozado de semejante felicidad, y si no, que lo digan ellas... ¿Está V. satisfecho? Vaya me alegro, pues ya vé V. que no se encuentra respeto en parte ninguna, y por lo mismo fuera con él.

¡Sensibilidad! sensible, &c &c. á buen cepillo va V. á echar limosna, don Tiburcio: no nos faltará que ofrecer á Dios, si hemos de desenredar la

enmarañada madeja que nos presentan las tales voces, y eso que á proposito me reservo la larga prole que han dado al mundo nuevo.

Aquí en lugar de ponerme yo en el *alma del negocio* es el negocio el que se me pone á mí en el alma: dígolo porque dichas voces son afectos que enjendra aquella cuando se encuentra amagada de algun infortunio de los muchos que persiguen á la especie humana; y aproporcion de la entidad de ellos, padece el espíritu. Negar absolutamente su existencia, seria lo mismo que decir que el hombre no siente; pero probar que es de mala condicion la *sensibilidad existente* me es muy facil, don Tiburcio. Cuando los hombres reciben un rebés de fortuna se á flijen extraordinariamente, se lamentan y se muestran sensibles á los males que experimentan ó ban á experimentar; pero si V. pudiera escudriñar los motivos de su

agitacion y sentimiento, pronto se penetraria de la mala calidad del género, haciéndosele aun peor si ellos mismos le quisieran confesar el orígen de sus males y las causas que los prepararon. V. me dirá que al cabo sienten y que por consiguiente son sensibles, ¡pues pudieran no serlo en asuntos propios! ¿ha visto V. que alguno se olvide de sí mismo? Yo busco sensibilidad respectiva, es decir; que el mal de V. se haga sentir en mi corazon y en el de los demas que le adviertan ó le lleguen á entender... ¿Qué eso no? pues hijo eche V. lo otro en escabeche, ¿qué gracia tiene el que yo sienta que se me incendie la casa ó se me hielen los trigos? ninguna; porque mi propio interés lo exije así. Lo laudable estaria en que V. y otros sensibles á mi desgracia y prontos á socorrerla con los medios de que les es facil valerse, vinieran corriendo á consolarme y á prestarme

aquellos auxilios que en las desgracias agenas, mayormente en las fortuitas é imprevistas, reclama la humanidad y ordena la verdadera sensibilidad. Si esta no hallamos, escusemos rompernos la cabeza en indagaciones inútiles, y haga V. lo que le acomode de la *sensibilidad* que le he descubierto, en inteligencia que yo no entro á la parte... ¿Qué no la quiere? pues cruzarla tambien, y allá se las den buenas.

¡Convencimiento! convencer, &c. Estos sí que son artículos de primera necesidad y de esencial acopio; seguro de que por mi parte me contentáre con que cada uno se lo coma con su pan, y todos engordaremos. Pero ¿le parece á V. que las tales voces ofrecen resultados mas felices que las anteriores? Pues no lo crea V. La sensibilidad la queria yo respecto del prójimo, y solo la hallamos aislada en la propia casa que la alimenta sin prestar jamas un favor al

vecino: y yo me llamaria feliz con que encontrasemos el *convencimiento* siguiendo las propias huellas. Es decir: quisiera que el necio se convenciera de que lo es, y lo mismo el malo, el vicioso, el imprudente, el inhumano, el orgulloso, el presumido, &c. &c. porque de este convencimiento se seguirian ventajas muy considerables y demasiado conocidas. Hoy por ejemplo, estamos viendo pasear las calles de Madrid una semejanza de hombre con su *lebiton* color de pollo á medio asar: que el miserable, como modelo del buen gusto, se despepita por ver si puede lograr que todos los espectadores vistan segun él. Gracias á Dios hasta el dia no es cosa mayor el número de secuaces que ha tenido; pero le aseguro á V., don Tiburcio, que si la tal invencion se propagára ya podian las fábricas francesas (sí, porque las nuestras son despreciables) proveerse de paños con abundancia;

¡pues si el maldito del hombre lleva en cada cartera tela para un chaleco...!!! y no es la primera vez que ha dado pruebas de hallarse mal con la economía, porque á su aprension se debe la gran manga en figura de jamon que saca el bello sexo. Ahora bien, si este *severambo* quisiera y pudiera convencerse de que, no obstante vivir entre locos, es el hazme-reir de la gente regular por su afeminacion, rediculez, rareza y titiritadas; se guardaria muy bien de alterar el órden de las cosas, y mucho menos á presencia de un público ilustrado, tal como el que le mira dentro de la capital de España. Los males que lleva tras sí semejante aprension son incalculabes. Por decontado nadie me puede negar que el lujo y la continua variedad en las modas destruyen las casas, y preparan las familias para que se entreguen á vicios escandalosos por no salir á la calle sin *tal cosita que sacó*

el domingo fulanita. Los empleados públicos, no permitiéndoles su sueldo dar toda la estension que ellos quisieran á lo que se llama *gran tono*, hacen que los pretendientes les paguen servicios peculiares á sus destinos, y sin esta circunstancia se olvidan de su deber; como si el sueldo que les abona el Rey fuera solamente en recompensa de lo que les cuesta el leer la gaceta y el diario sentándose al brasero, ó hablando de las conquistas que se hicieron en el bayle de la noche anterior... ¿Que lo deje? Pues hombre, cabalmente estamos tratando de un punto en el que tengo gana de enfangarme á toda mi satisfaccion::: Amigo aguantarse. ¿Podria yo pasar en silencio un rasgo de locura de esta naturaleza? Y digo bien, si al cabo se guardára proporcion y cada uno se arreglará á gastar segun se lo ordena el cuantaque, menos malo seria; pero no señor: va V. á un mi-

nisterio y como el ministro no entre de gala y gran uniforme es facil confundirle con el último portero, porque estan todos tan soplados, y se dán una importancia::: ¡Vaya! diga V., don Tibucio, ¿nos tendrán por hombres á los que por desgracia ó por locura tenemos que hablar con ellos? Pues mire V. yo lo dudo, porque aquella seriedad y aquel desprecio que hacen del infeliz que les pregunta cualquier cosa, me los hace presumir de distinta condicion que nosotros...

La naturaleza se mostró prodiga con toda clase de animalitos, y proveyó á sus necesidades de una manera estable: pero al hombre al paso que le dotó de una razon que le hace superior á todos los demas, le dejó abandonado á las intemperies, como quien dice, discurre comerás, te vestirás, te pondrás al abrigo de lluvias y vientos, y serás señor de todo lo criado; que para tí y para tu diversion lo de-

jo. Esta ley tácitamente nos autoriza á que llenemos tales necesidades; pero don Tiburcio que sea con moderacion: bueno que se coma porque es necesario, bueno que se vista, bueno que se preparen habitaciones, y *bueno todo lo bueno*; pero que sea con decencia y nada mas; que en ella solo existe el buen gusto: lo demas es aprension, es *locura*, es fanatismo, es pobreza de alma, es debilidad, es... Nada; porque un hombre tan acicalado como el del *lebiton* es animal anfibio que ni le quiere el agua ni la tierra.

Bien, pues, dejemos el convencimiento ya que V. se convence que nadie le quiere, y item menos para la academia.

¡Confianza! confiar, &c. &c. vea V. aquí unas voces que si se las ajusta la cuenta por quebrados mal, y si por entero repeor. ¿En qué pensaria el inventor de ellas, don Tiburcio? Por fuerza seria loco tambien. Oiga

V. su definicion, empiezo por quebrados, quito el *con* por indivisible y me quedan *fianza* y *fiar*. En este concepto paso una mirada rápida sobre todos los casos á que pueden ser aplicables, y sudo con solo acordarme que quedan infamemente bajo de las crueles uñas de los escribanos. En estos, amigo mio, existen y existirán eternamente, y aunque siempre revestidas del embrollo, gracias que alguna vez pueden ser útiles. Toma, ¿pues que le parece á V., que en esta parte sus mercedes siguen el espíritu de la ley? No, señor: puesta la ley puesta la trampa, y para esto se pintan solos ¡Cuántos infelices gimen en las cárceles que en rigor de justicia debieran salir de su prision bajo fianza comentariense, y aunque ofrezcan la de estar á derecho, se les niega! ¿por qué? eso no es cuenta de V.; *porque no está la causa en estado.* En cambio estamos viendo asesinos y

ladrones, convencidos de tales, que cuando el pueblo se está preparando para asistir á verles bajar por la carrera entre dos padres de almas, se encuentra con ellos en la calle libres, *sin costas* y absueltos de culpa y pena... Ya estamos en que sin costas no, porque los escribanos no se convienen con eso que llaman indulgencia plenaria; pero ellos se soplan las pesetas y á los jueces les hacen ver las cosas al revés.

Ajustada la cuenta por enteros ya es otra cosa muy distinta, y entonces aquellas voces son de esencial existencia en todos los seres racionales. Pero hijo, yo por mi parte no confió ni en la camisa que llevo puesta.

Pareciéndose mucho la confianza á una satisfaccion interior en el cumplimiento de lo que al hombre se le promete, ya puede V. conocer que si las voces anteriores nos dieron mico estas nos han de dar *miçazo....* Pues

pare V. de contar. En donde únicamente por casualidad podremos hallar alguna confianza es entre los enamorados: ¿qué duda tiene?... por fuerza si su amor es verdadero.... ¡Alto! No existe ese amor. Tiene V. razon: pues fuera con la confianza, porque hacemos un beneficio al público con esterminarla: ¡ya se ve que si...! ¡A cuántos ha perdido la confianza! Y sin duda que por eso dicen en mi pais cuando ven que alguno confia demasiado en las promesas de otro. = Obras son amores y no buenas razones. ¡Para el tonto que se fiára! No, señor, no. A lo menos á mí me salió muy mal la demasiada confianza que me inspiró el deseo de heredar y poseer lo que otro habia grangeado: le referiré á V. el caso conforme sucedió

Dios me dió una tia
Con muchas talegas:
Vieja, solterona,
Ridicula y fea;

Tan ruin y avara,
Que ni una peseta
En toda su vida
Se supo invertiera
En placer alguno,
Lujo ó conveniencia:
Pues pasion ó vicio,
Ni aficion si quiera
Á nada del mundo
Se conoció en ella.
Así que, á mis solas,
Me hacia estas cuentas.
Deudo ni heredero
Á su grande hacienda
No tiene, pues claro
La atrapo por fuerza.
Mañana ó esotro
Se muere la vieja;
Y á mí... ¿quién lo duda?
Y estando tan cerca....
No hay que hacer; Perico,
Te chupas la breva.
Con esta esperanza
Le hacia la rueda,
Y estuve diez años
Tan fino con ella,
Que solo á su obsequio

Y hacerla las fiestas
Yo me dedicaba;
Y siempre ojo alerta.
¡Qué gusto me daba
El verla tan puerca,
Rota y andrajosa,
Y ver á la mesa
Servirle unas sopas!!!
Su colchon de gerga,
Sábanas de estopa,
En invierno yerta
De frio, sin lumbre,
Y que ni agua fresca
Tenia en verano.
Bueno va esto: ea,
Para tí Perico
Serán las pesetas....
¡Qué pronto en muriendo
Mudará la esceua!...
¡Cómo he de vengarme
Yo de su miseria!!!
Dispongo un entierro,
Hago unas exequias
Propias para una alma
Vil y cicatera.
¡Con qué gusto entonces
Abro las gavetas,

Y los patacones
De dos mil maneras
Voy distribuyendo!!!....
Y sin cesar cuentas
Hacia yo solo;
Pero sin la huespeda.
Por fin de repente
Un dia, sin muestras
de mal, de un insulto,
Cierra el ojo ella;
Y yo quedo... ¿cómo?
Con la boca abierta.
Acudo al instante
Á su papelera,
Abro el testamento
Y hallo... ¡quién dijera!
Que á don Bruno... ¡Ah infame!
¡Cuánto tiene deja!
Por ser un sugeto
De tan buenas prendas,
Que de mil servicios
Deudora le era.
Siempre que este chasco
Se me representa,
Digo que en el mundo
Mucho mejor fuera
Llorar la esperanza,
Reir la miseria,

Que ésta á quien le abriga
Siempre le atormenta,
Y aquella mil veces
Mata ó desespera.

¿Lo ve V. qué chascos dá la confianza? Por eso digo que debemos desterrarla tambien, y vamos á otra cosa.

¡Arrepentimiento! arrepentirse &c. ¿Conoce V., don Tiburcio, el significado de estas voces? Yo por mi parte confieso que no le tenia presente, pero fuí dias pasados á buscarle en el diccionario, y vi que es un pesar de haber hecho ó dicho alguna cosa; pero no dice si buena ó mala; así es que arrepentimiento de una accion buena, cuando no le ha salido la cuenta al que la echó, lo vemos cada dia, y lo mismo sucede de una accion mala en igual caso; pero yo no veo este pesar de haber hecho una accion solo por el perjuicio que ha causado al prójimo; y de aquí infiero que la planta fina y legítima del arrepentimiento no se cria en nues-

tro suelo, sí solo la horde y venenosa, y cuyo fruto es amarguísimo y rara vez útil: mas si á V. le parece, don Tiburcio, no lo desterraremos por ahora, y solo lo condenaremos á encierro perpetuo en la casa de las Arrepentidas, que estando allí algunos años á la sombra quiza mejorará de calidad, porque esta planta es algo fosfórica que nace y crece arrebatadamente siempre por efecto de ardoradas estraordinarias, y no conservándose con mucha frescura rara vez llega á florecer. Vea V. el arrepentimiento, si le pudieramos aclimatar lleva unos cucuruchos muy parecidos á las calabazas de cuello, que la primera cabeza es de conocida virtud para curar las enfermedades del cuerpo, y la segunda, que algunos llaman *culo*, es esquisita para limpiar la caspa que cria el alma: mas como ni en valles, ni en montañas, ni en poblados, ni en jardines, ni en tiestos, ni en nada prospera, nos deja á todos con la boca abierta, y si mo-

mentaneamente anuncia alguna sensacion, como que va á brotar ciertas hiemecillas, aunque estemos ya en san Antonio el de junio se presenta una escarcha y nos le vendimia el sol por la mañana. ¡Ah! pues si no yo le aseguro á V. que estariamos mas sanos y robustos, pero... Nada. Lo que V. dice, nosotros no temos la culpa en pertenecer á la Europa, sea ó no sea por error de cálculo geográfico: que se hubieran ido nuestros padres á vivir á la Siria, y comeriamos colas de carnero de cincuenta libras de peso cada una, ¿cuánto pesarán las?... Corriente; por suprimido que á buen bocado buen grito.

Vamos, don Tiburcio, hágame V. el gusto de esperar un momento, pues bien conoce V. que no es regular quedarme con la palabra en la boca... que, si concluyo en un instante... Dijimos anteriormente que los esposos desconcertados princicipian de nuevo sus galanteos, con la misma libertad y fran-

queza que lo hacian antes de jurar ante las aras la fé conyugal. Prevalidos de los justos motivos de su separacion ya tienen por rotos los vínculos mas sagrados, y se les figura que la razon y las leyes están de su parte. Sin embargo; yo no sé qué gusano roedor les hace marchar con tibieza y les reprende interiormente la falacia de sus ofertas amorosas; pero de cualquiera modo vencen obstáculos y buscan en posesiones agenas la imposicion de un feudo demasiado trascendental á los propietarios.

En la gramática hallamos un género comun de dos, y seame lícito decir que supo muy poco su autor cuando no nos hizo relacion de otro que es comun de todos los *doses ó endosados*.. Sí señor, el género femenino es... Dale: ¿pues que le parece á V. que yo soy de contraria opinion? no señor; demasiado sé que el atrevido casi siempre triunfa, porque *audaces fortuna juvat,* y si los hombres no fueran seductores ni falsos veria V. como las mugeres gozaban

mejor reputacion; pero alucinadas con promesas halagüeñas correspondientes á la altura en que se encuentran, sucumben á reiteradas instancias, y luego sacan... *lo que el negro en el sermon.* Hace muchos años que buscan los filosofos un medio de establecer en el mundo su decantada felicidad (voz puramente metafísica) que haga todos los bienes comunes: en valde se molestan, porque fuera de la comunidad femenina ninguna otra es conveniente ni de fácil adquisicion... No señor, no quiero yo decir que esta comunidad nos convenga, todo lo contrario; pero bien ó mal hecho existe y no se promulga su extincion tan á secas y sin llover como se promulgó la de los Monacales, *in diebus illis.* Verdad es que á éstos se les llama manos muertas ó miembros muertos, y los otros son miembros vivos; y hay una diferencia muy notable: pero amigo mio si quisiera clasificar las operaciones y consecuencias de unos y otros halla-

ria las de estos últimos, generalmente hablando, malas, detestables, perjudiciales en extremo, opuestas al bien general y dignas de un ejemplar castigo; mientras que las de los primeros si, porque no sean santos de su devocion, no quiere que las llame útiles y laudables, á turbio correr las caracterizaremos de insignificantes, y así evitaré el que crea me dejo arrastrar del espíritu de partido.

Ya me espantaba yo que V. no saliese con alguna pata de gallo. ¿Con que no hablo con los casados he? pues á quienes comprendo; ¿á los niños de teta? Vaya que la observacion es juiciosita, ¿qué tiene que ver una comparacion sacada por carambola con el principal punto en cuestion? Maldita la cosa: y últimamente sigo con la mayor exactitud las reglas principales de todo escritor; tengo polvos, obleas, tintero, tinta y pluma, papel no me falta; con que haciendo uso de ello cumplí con mi deber: ¿quiere V. mas?

hombre no se marche V. por eso; ya no se ha de añadir el puchero... Pues como guste, vaya V. con Dios.

P. D. ¿He? don Tiburcio venga V. aca: suba V. corriendo y oirá lo que dice mi doncella... Vaya muchacha repite, repite esos versecillos que los oiga don Tiburcio.

Juzgan por locos á todos
Don Tiburcio y mi señor;
Y yo advierto con dolor,
Que ellos lo son de mil modos.
Ó lo son, ó estan beodos
Cuando ambos dicen unidos,
Que no hallan arrepentidos
En las clases del estado:
Claro está que no han contado
Con millones de maridos.

Que tal ¿he? Ahora me hace recordar que tambien tropecé en el diccionario con un refran que dice = *casado y arrepentido.* ¡El demonio es esta bribonzuela!.. vele V. porque yo quisiera tenerla siempre á mi lado; pero amigo, soplar y sorber no puede ser... ¡Oh! si la tiene: demas que lo se. Agur, agur.

